



Los días grises

de

Antonio
Isasi-Isasmendi

La memoria de un niño de la guerra

Lectulandia

Todo el mundo tiene derecho a su memoria. Cada individuo la ejerce libremente, legitimado por la experiencia de las horas vividas, de los momentos pasados, del tiempo que se consume y que para uno mismo siempre son historia. En esta ocasión el cineasta Antonio Isasi-Isasmendi ha creído que era bueno manifestar la suya propia, ahora que su oficio de hacer películas queda lejos, ahora que está sentado frente al mar de Ibiza en compañía de su perro, aunque sólo sea para convertir la nostalgia en melancolía, la imaginación del pasado en la belleza de un tiempo que regresa y que dibuja tímidas sonrisas.

El presente de aquellos días grises de la guerra que habitan entre sus recuerdos y que se proyectan sobre las olas. Y junto a sus hermosas palabras, llenas de emoción y experiencia, rememoramos en su compañía los pequeños avatares que constituyen el tejido de la vida y que alcanzan toda su profundidad en la escalera de casa, en la esquina del barrio, en el rostro de los vecinos, en la ropa íntima femenina colgada en los tendederos del patio o en los juegos eróticos con una niña en el rellano.

Todas las cosas grandes están hechas de cosas pequeñas. Mediante esta urdimbre cotidiana de sensaciones primarias Antonio Isasi-Isasmendi atraviesa la Guerra Civil y la guerra europea, involucradas en la propia pubertad sin saber si era más importante el desembarco de Normandía que la primera caricia femenina aceptada con todo el sabor del pecado.

Lectulandia

Antonio Isasi-Isasmendi

Los días grises

La memoria de un niño de la guerra

ePub r1.0

Titivillus 18.09.16

Título original: *Los días grises*
Antonio Isasi-Isasmendi, 2009
Prólogo: Manuel Vicent

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, ser maravilloso...

La memoria de Antonio Isasi

Este hombre tan soleado bajo la sal de Ibiza es Antonio Isasi, cineasta, tal vez de los pocos, por no decir el único, en el mundo del cine español que tiene un diseño de haber sido pasado, vuelta y vuelta, por la plancha de Hollywood. Su figura encaja en el perfil que uno imagina para un gozador de la vida al que los placeres le han dejado una mirada azul muy viva y una piel batida por todas las sensaciones del arte. A una edad lo más importante es que te siente muy bien la ropa.

Antonio Isasi ha hecho películas de éxito con factura internacional, alejadas de la caspa hispana. Ahora, cuando aquel oficio ha hecho historia, se ha sentado en un sillón de mimbre en una terraza frente al mar de Ibiza y se ha puesto a recordar en medio de un intenso azul que le corona el presente aquellos días grises de la guerra que están en el recuerdo. Todo el mundo tiene derecho a su memoria. Para uno mismo toda memoria siempre es histórica. Antonio Isasi ha creído que era bueno manifestar la suya propia aunque sólo sea para convertir la nostalgia en melancolía; la imaginación del pasado, en la belleza de un tiempo recobrado.

Viéndolo en el presente no es concebible que este hombre pasara penalidades de niño. Es evidente que fue un niño feliz en medio de la miseria de aquella España que se desesperaba por matarse. Con una sencillez muy elaborada va contando en este libro los pequeños avatares que constituyen el tejido de la vida y que alcanza toda su profundidad en la escalera de casa, en la esquina del barrio, en el rostro de los vecinos, en la ropa íntima femenina colgada en los tendederos del patio, en los juegos eróticos con una niña en el rellano, toda la energía que se concentraba en los juguetes, en las ruedas metálicas con bolas de acero que servían para fabricar un patín. Los primeros viajes, el primer mar, las canciones en la radio de capillita, las voces de algún vecino que decía que se habían levantado los militares en África.

Todas las cosas grandes están hechas de cosas pequeñas. A través de esta urdimbre cotidiana de sensaciones primarias Antonio Isasi atraviesa la Guerra Civil, la guerra europea, involucradas en la propia pubertad sin saber si era más importante el desembarco de Normandía que la primera caricia femenina aceptada con todo el sabor del pecado. Los días grises en Barcelona desde 1936 hasta 1945, donde Antonio Isasi pasó la niñez, es una memoria histórica. Después de tantas calamidades, un placer.

MANUEL VICENT

Los días grises

Hoy ha amanecido aquí un día luminoso. Camino por el campo junto a Pepo, mi perro. Lo hago habitualmente cuando el resplandeciente sol penetra entre los densos pinares que circundan mi casa.

Voy andando. Tengo la suerte de ser absolutamente consciente del momento en el que vivo. Mis 80 años recién cumplidos me hacen pensar y reaccionar de forma distinta a cuando era algo más joven; me parece que ahora, después de haber vivido tanto y tan intensamente, lo que voy a contar es, así lo siento, como si no hubiera sucedido. A lo largo de esos años, las cosas, los hechos trascendentales pasados, me dan como la sensación de que han perdido todo su valor, su autenticidad.

Pertenezco a esa generación que se va yendo despacio, sin hacer ruido, que está viviendo su último tiempo, la que lleva encima el estigma de haber pasado una cruel guerra; una juventud que se truncó en una lucha estúpida, sin sentido, como suelen ser todas las guerras; una juventud que no pudo disfrutar de ese maravilloso momento de la vida en el que se forjan las más elementales ilusiones. Fueron años de angustia, ansiedad, horror, en los que fundamentalmente predominaban el hambre, la incertidumbre, las bombas y el desastre, un tiempo en el que parecía que los niños como yo no teníamos futuro.

A estas alturas de la vida sorprende contemplar cómo la generación actual, con sus problemas de hoy, se va alejando lentamente de todo vestigio histórico pasado por muy importante que haya sido, y a la vez, resulta curioso ver cómo esa misma generación también se va anteponiendo a la anterior, y la anterior a la precedente, y constatar que así ha ido sucediendo desde que el primer habitante del mundo tuvo la más leve noción de que algo se movía.

¿A quién puede interesar esta historia que voy a contar?, si ya parece que todos los acontecimientos dramáticos y tremendos vividos durante nuestra guerra, como he dicho, se van alejando hacia el infinito, desapareciendo como si se fueran «deshaciendo en el aire»...

Qué importa hoy el millón de muertos que la triste historia se llevó por delante. ¿Y el hambre?, ¿y la miseria?, ¿y el miedo a todo lo que nos rodeaba? El terror que veinticuatro millones de mis contemporáneos tuvimos que soportar.

Cuando ahora he intentado relatar algún pequeño episodio de aquel oscuro tiempo, he tenido la sensación de hablar en el vacío, de que mis interlocutores reaccionaban igual que si les estuviese contando detalles de las guerras púnicas o de

la hecatombe numantina. Pienso que el tiempo también se muere, y se muere lentamente, sin prisas, pero se muere.

Ese paseo del que hablo es frecuente; generalmente lo hago cuando puedo. Me suelo llevar a Pepo hasta el mar; un rincón precioso de la isla de Ibiza, donde vivo ya hace algún tiempo. Al llegar me siento un rato sobre los restos de una pared medio derruida que se había levantado hace muchos años sobre unas rocas de un sitio llamado «La Changa», y cuyos decadentes muros actuaban de compuerta para suministrar agua a las inmensas salinas que existen en la zona.

Mientras me mojo los pies, en la pequeña playita que hay entre las rocas, Pepo suele hacer lo mismo, se mete también en el agua, pero sólo hasta la barriga. Luego chapotea un poco y viene a sentarse junto a mí, en eso nos parecemos mucho; yo nunca, desde muy niño, me encontré a gusto flotando entre las olas.

Para mí es el momento maravilloso del día; reflexiono sobre lo cotidiano intentando poner en orden lo que a diario tengo pendiente, y luego, casi siempre, aparece el instante en el que de una forma u otra, ya absolutamente relajado, suelo viajar intensamente por mi larga historia personal, mirando al mar y perdiéndome en el horizonte de los días.

Hoy lo tengo fácil para penetrar en mis recuerdos, repasando los días grises de mi vida. Nada parece moverse en este bello rincón; también el mar está quieto. Todo me invita a que entre en ese largo túnel del tiempo que ha quedado atrás. Hasta soy consciente de tener el mejor seguidor del relato que voy a contar. Me refiero a Pepo, que se ha sentado a mis pies y con los orejas levantadas empieza a mirarme intrigado, dispuesto a escucharme sin rechistar.

Pues ahí voy.

¿Sabes, Pepo? Hubo una vez una guerra...

Mis ojos se dirigen hacia la cercana orilla...

Lentamente levanto la vista y la fijo en las cristalinas aguas que bañan la cala. Mi mirada empieza a deslizarse sobre la tranquila superficie del mar en busca de una época que aparece ante mis ojos tremendamente confusa; visión que poco a poco se va precipitando desde la lejanía como en un potente *zoom* cinematográfico que empezara a avanzar vertiginosamente para mostrar, sobre una pantalla imaginaria situada frente a mí, y en rapidísimos *flashes*, formas fantasmales que me sitúan vagamente en unos años felices, años en que la vida nos sonreía; lugares, hechos, objetos y figuras que apenas puedo reconstruir en esa visión surrealista que emerge sobre el horizonte indefinido de mi memoria.

Imágenes interpuestas de mi vida se van sucediendo a velocidad de vértigo mezcladas con esas fugaces apariciones de personas y situaciones que en algún momento discurrieron a mi alrededor. Retazos visuales de mi padre y de mi madre en un mundo nebuloso y contradictorio, aparecen fragmentados junto a sus grandes amigos de entonces: doña Pepita, Emilio y su hija... ¿Esperancita era su nombre?

También surgen en medio de esa amalgama de hechos muchos de los lugares

donde vivimos esporádicamente: la Ciudad Lineal, el piso de Álvarez Castro, la calle de la Escalinata en Ópera... Asimismo aparece con fugacidad la época de nuestra estancia en el pueblo de San Martín de Valdeiglesias... ¿Cuál sería la razón por la que iríamos a parar allí?

Ése fue el tiempo de Madrid.

En la mezcla de imágenes remotas surge igualmente la Barcelona de Pueblo Nuevo, con la vieja familia, abuela, tíos, primas, sus novios (¿Celestino, Pedro?), y los largos recorridos en coche, y en la flamante motocicleta Indian, viajes aquellos con mis padres por aquel sinfín de carreteras perdidas.

Entro en la historia...

Capítulo I

El Bugatti

1936. Las guarniciones militares españolas del norte de África se sublevan. Ese alzamiento desembocará en una guerra cruel que durará tres largos años.

Me pierdo en los años lejanos. La primera imagen que viene a mi memoria de todo aquel tiempo oscuro me sitúa en una parte de la carretera de Gerona a Barcelona; concretamente en los primeros kilómetros de una recta que hay a la salida de la población de Malgrat y donde siempre, yendo o viniendo, me había llamado la atención la magnífica perspectiva que ofrecía aquel tramo del camino.

Desde mi asiento improvisado, entre el de mi padre y el de mi madre, el pobre espesor de los cojines que me habían colocado entre los dos para que pudiera ir más cómodo y la nada relevante estatura de mis 9 años recién cumplidos, apenas me dejaban ver el paisaje que se nos iba echando encima a través del pequeño parabrisas de aquel Bugatti azul de carreras que nos devolvía a casa. Tan sólo podía ver sin esfuerzo, desde mi hundido sitio del descapotable, el paso fugaz de las copas de los altos plátanos que limitaban la visión de casi todo el panorama. Y aunque he vivido lo suficiente para ver las mil transformaciones que se han hecho en esa carretera que nos unía con Francia, la imagen enfatizada de aquellos corpulentos árboles deslizándose vertiginosamente contra el cielo, algo difuminada por el paso de tanto tiempo, me situaba siempre de nuevo en aquella experiencia viajera que, sin saberlo, tendría lugar en una fecha que iba a quedar fuertemente marcada para todos los españoles: el 18 de julio de 1936.

Fue, sería ésa, la primera visión que tendría de la guerra, y que de una forma u otra alteraría sustancialmente nuestro destino.

En realidad la insurrección contra el Gobierno leal establecido empezó un día antes del 18 de julio y tuvo lugar en el Protectorado de Marruecos y no en España. El general Mola, cabeza visible de la sedición militar, había ordenado mano dura contra todos los que se opusieran a ellos. Incluso dictó orden de fusilar sin previo consejo de guerra a cuantos elementos pudieran enfrentarse a la rebelión que empezaba. Esa insurrección, término que la retórica franquista endulzaría más tarde al reemplazarlo por palabras como «alzamiento», «levantamiento» y, la más conocida, «movimiento» nos cansaríamos de oírlas después durante años y años... A la sublevación de Marruecos siguieron capitales como La Coruña, Vigo y Lugo, y a continuación fueron Álava, Navarra, Sevilla y Castilla la Vieja...

El Bugatti se deslizaba suavemente por la carretera, una agradable brisa refrescaba nuestras caras mientras seguíamos avanzando por aquel túnel frondoso de árboles. Los kilómetros iban quedando atrás.

De pronto, frente a nosotros se presentó algo inesperado. Al salir de una curva, unos pocos kilómetros antes de llegar a la población de Mataró, cerca de Barcelona, varios grupos de milicianos armados, que ocupaban casi todo el ancho de la carretera, nos daban el alto y antes de que mi padre llegara a detener el coche, mucha de aquella gente, fusil en mano y gritando cosas incoherentes, ya nos había rodeado. La expectación que despertó la llegada del coche de carreras en ese momento fue tremenda.

Desde mi asiento, y con la pobre perspectiva que tenía delante, impresionaba ver, como si fueran pequeños gigantes, a aquellos tipos que hablaban y gritaban todos a la vez sin que pudiéramos llegar a entender nada de lo que decían. De uno de los grupos, se adelantaron un par de individuos en mangas de camisa que llevaban unos brazaletes imprecisos, pistolas al cinto y unas ostentosas cananas llenas de cartuchos colgándoles de los hombros. Recuerdo que el que parecía mayor nos pidió la documentación, a la vez que el otro nos preguntaba qué buscábamos en esa carretera en un día tan señalado como aquél, circulando alegremente con un coche de carreras.

Fingiendo una serenidad que yo nunca le había visto, mi padre abrió la guantera, agarró unos documentos que guardaba allí, y ocultando su verdadera condición de militar retirado, saltó por encima de la pequeña puerta del coche y mostró un viejo carné de mecánico que tenía desde hacía tiempo, mientras mi madre, desconcertada, apenas podía contener la respiración.

Después de haberles convencido de que el Bugatti lo tenía en calidad de prueba en esos días, nos dejaron seguir adelante advirtiéndonos que no podríamos llegar a Barcelona, que había estallado una revolución, la guarnición militar se había sublevado y se luchaba fuertemente por las calles. Ante la insistencia de mi padre por continuar el viaje nos advirtieron que de la población de Badalona no podríamos pasar, ya que estaba cortada la carretera en las afueras de la ciudad, en el linde con el río Besós.

Cruzando el Maresme, al llegar a Badalona, se repetía de nuevo la historia. A lo largo del trayecto que habíamos recorrido últimamente, mis padres no cruzaron una sola palabra. En sus caras se reflejaba una preocupación indefinida ante aquel súbito panorama que volvíamos a tener delante: grupos gritando y cantando, fusil en mano, nos detenían de nuevo. Banderas rojas y negras. La confusión era inmensa por todas partes. Hogueras en las esquinas. Gente tirando muebles y enseres al fuego. La multitud empezó a rodearnos sin que nuestro coche pudiese avanzar apenas. Un

grupo que estaba situado delante de nosotros nos iba señalando el camino a seguir, nos llevaron ante la Casa del Pueblo. El local estaba abarrotado de gente y un viejo altavoz colocado en uno de los balcones del antiguo edificio no paraba de dar consignas revolucionarias. Allí un destacado activista obligó a mi padre a personarse ante el comisario político de turno, mientras mi madre y yo, dentro del coche, nos quedábamos rodeados de curiosos que nos miraban como si fuésemos bichos raros.

Pasó un largo rato antes de que mi padre saliera de aquella casa. Le habían dado órdenes severas. Teníamos que quedarnos en Badalona hasta que comprobaran la veracidad de la declaración que había hecho. Su amigo Prat, de la Generalitat de Cataluña, conservador del Palacio Real de Pedralbes de Barcelona, muy amigo nuestro, respondería por nosotros, pero eso *tenían* que comprobarlo, mientras ocurría no nos *podríamos* mover de Badalona, *quedaríamos* retenidos en la fonda El Figueral —¿era ese su nombre?—, que estaba situada enfrente del comisariado, y tendríamos inmovilizado el coche hasta nuevo aviso. El Bugatti, por el momento, quedaba precintado.

Dos días más tarde, el 20 de julio, el general Mola, eje de la sublevación militar, llegó a Burgos ante el fervor patriótico de las fuerzas de la ciudad. Burgos se convirtió durante el tiempo que duró la contienda en la capital del mundo fascista.

LA INCERTIDUMBRE

Creo que en aquella fonda de Badalona estuvimos retenidos casi una semana, hasta que por fin nos dejaron marchar. Prat había llamado desde Barcelona al comisario político diciéndole que respondía por mi padre, que era una persona querida por él y sabía a ciencia cierta que era absolutamente adicto a la República, al Gobierno leal establecido.

Los interminables días que pasamos en Badalona flotan ahora en mi imaginación como los restos de algo caótico, difícil de clasificar desde mis pocos años. ¿Una revolución...? ¿Qué era eso? Las imágenes que recuerdo me llevan hasta mi padre, que por prudencia elemental apenas salía de la fonda, esperando que llegara la hora de recibir el aval de Prat para poder continuar el viaje de regreso.

Una mañana, callejeando, mi madre, que me llevaba agarrado de la mano, intentaba encontrar infructuosamente un teléfono libre con el que pudiera ponerse en contacto con la familia de Barcelona. Íbamos andando en medio de un creciente vendaval humano que lo invadía todo. En aquellas algaradas protagonizadas por grupos anarquistas incontrolados llegamos a presenciar hechos y situaciones extrañas, incomprensibles, raras a mis ojos y que, desde entonces, han sido imposibles de olvidar, como la de aquel convento de clausura ardiendo por todas partes. Envuelto en llamas, por las ventanas humeantes se tiraba a la calle lo que había dentro: camas, armarios, colchones, sillas, libros... Todo iba al fuego, a la quema general, mientras

la multitud que asistía al espectáculo jaleaba aquellos lanzamientos.

A lo lejos se oían los tiros. No nos pudimos acercar al barrio alto, las calles estaban cortadas. Un grupo de guardias civiles cercados en un cuartel seguían defendiéndose. Aquel pequeño reducto de sublevados llevaba varios días disparando a todo el que se acercara por las esquinas. Con las horas, agotados y sin más recursos, los pocos que quedaban con vida se fueron entregando. Luego supimos que allí mismo, a las puertas del propio cuartel, los habían fusilado...

Ese mundo de desconcierto pasaba por encima de los días y de las horas. Por las noches la actividad revolucionaria no cesaba. Sucesos como ése eran promovidos por grupos que, aprovechando el ataque a la legalidad vigente, intentaban realizar una revolución anarquista. De aquel comisariado entraban y salían sin cesar tipos fuertemente armados.

Desde la ventana de la pensión veíamos ese tenebroso ir y venir nocturno. Se decía que era el momento en el que se producían las «purgas» y que desde allí, una vez celebrados los juicios sumarísimos dirigidos por un jurado popular improvisado, sacaban a la gente por la puerta trasera y en unas camionetas se la llevaban para hacerla desaparecer por los montes cercanos antes de que amaneciera.

La fobia anticlerical era tremenda, como si en ella se conjugasen venganzas y revanchismos pendientes. No recuerdo bien de qué iglesia se trataba. Seguíamos insistiendo en llegar hasta un locutorio desde el que se pudiera celebrar la conferencia pendiente con Barcelona, cuando pasamos por una plaza que estaba llena de gente enardecida. Yo estaba asustado y agarraba a mi madre fuertemente de la mano. Gritos, cantos de guerra. Una impresionante humareda lo invadía todo. Al fondo, el templo estaba ardiendo. La visión que teníamos delante era como una ceremonia del fuego. Del rosetón frontal, destrozado, salían unas impresionantes llamaradas, mientras las figuras de los santos arrancadas de sus altares, confesionarios, cuadros, efigies religiosas, cruces, libros y bancos eran lanzados a la calle desde su interior, todo coreado por gritos y aplausos de la multitud, que parecía estar encantada con aquel insólito espectáculo.

La cripta de la iglesia había sido invadida por un grupo de jóvenes. De pronto, entre las llamas aparecieron unos cuantos activistas portando lo que parecía un viejo baúl cubierto de una rara ceniza. Detrás, otro grupo más numeroso siguió sacando del interior del templo aquella especie de extraños sarcófagos.

Ya eran siete u ocho los ataúdes que habían reunido frente a la explanada. Allí, cuando los tuvieron todos en fila, fueron arrancando una a una las tapas, dejando entrever los restos de los cuerpos calcinados que los ocupaban. Decían que eran momias de monjas que estaban enterradas desde principios de siglo. Mientras el fuego lo invadía todo, aquellos exaltados fueron lanzando por la rampa, calle abajo, el extraño botín, destrozando contra los adoquines los cuerpos y las maderas de aquel pedazo de historia que había permanecido oculta durante años y años en los sótanos de la iglesia. Pero ¿qué era aquello que estaba pasando?

VOY HACIA ATRÁS

Un mes y medio antes de que ocurrieran esos sucesos, circulábamos por la misma carretera, pero en sentido contrario. Íbamos hacia Gerona, donde mi padre había reservado una celda en el Santuario de los Ángeles. Nunca supe el motivo por el que nos trasladamos a vivir a ese lugar. ¿Fue ese viaje una oportunidad que propiciase la reconciliación de mis padres?

Hacía poco que habíamos regresado de Ibiza, donde permanecimos casi tres años. Tampoco sé bien las razones que nos llevaron hasta allí en aquellos días... Por lo visto, en Madrid algún amigo de mi padre le había hablado de la isla como si de un paraíso se tratara. Era un lugar al que acudían artistas de todas las partes del mundo y en donde verdaderamente la vida no costaba casi nada.

De las imágenes que uno no olvida nunca, me parece ver aquel momento de mi niñez en que el barco que nos trasladaba desde Barcelona doblaba el faro de Es Botafoch. De ese instante recordaré siempre la maravillosa visión que en las primeras horas del día ofrecía la impresionante imagen de Dalt Vila, con el viejo castillo coronando la bella población ibicenca.

Vivimos primero en la ciudad, donde mi padre montó un restaurante en el mismo puerto. Lo bautizó como «La Bola Negra», nombre premonitorio que, después de un tiempo de prueba, lo abocó a un rotundo e inesperado fracaso. Más tarde nos trasladamos a San Antonio, en la parte opuesta de la isla, allí mis recuerdos se pierden en la infinitud del tiempo...

Se superponen en mi cerebro imágenes dispersas de aquellos días...

Así

... En Ibiza, mis paseos solitarios por ese puerto oyendo por el altavoz del viejo bar infinitas repeticiones de la canción mexicana... *La cucaracha, la cucaracha ya no puede caminar...*

... Las reuniones bohemias en el viejo bar de La Marina, donde los artistas se reunían todas las noches enfatizando éxitos y contrastando puntos de vista sobre el desarrollo de sus lúdicas actividades...

... Mi padre y sus amigos yéndose en la canoa de Obras Públicas de merendola hasta la isla de La Conejera, en la bahía de San Antonio...

... El señor Morera, huésped también de la fonda La Esmeralda, que nunca se quitaba el *canotier* de la cabeza, emulando a Maurice Chevalier, y que siempre protestaba porque le servían la sopa demasiado caliente...

... La extraña imagen de dos perros que, tirando cada uno para un lado, iban enganchados por la calle en aquella rara postura sin poderse separar...

... Los pescadores de la bahía echando las redes a mano desde la orilla, junto a nuestra casa, y la recogida de los peces que habían agarrado...

... En el cine del pueblo viendo películas mudas (aún no había llegado el sonido) del *Far West* amenizadas por un tipo que tocaba el piano durante la proyección...

... Cuando descubrí encima de un armario los juguetes que debían traerme los Reyes Magos y supe que eran mis padres quienes los habían comprado, perdiendo ya, para siempre, la ilusión del dulce y maravilloso engaño...

... Y las meriendas que organizaba mi madre con la familia Prat y mis amigos, sus hijos...

En las últimas semanas de nuestra estancia en la isla parece que entre mis padres surgieron problemas sentimentales motivados por la aparición de una modelo alemana por la que mi padre había perdido la cabeza: «Antonio..., tu padre nos ha abandonado. Se ha ido con la nariguda. Tendremos que hacer las maletas y regresar a casa».

Cuando, de vuelta de Ibiza, entrábamos en el piso de Barcelona, mi padre nos esperaba avergonzado.

Capítulo II

Escarbo entre los recuerdos

El 1 de octubre de 1936, en la ciudad de Burgos, Francisco Franco era nombrado Generalísimo de todos los ejércitos insurgentes.

El Santuario de los Ángeles está situado a pocos kilómetros de la ciudad de Gerona, en lo alto de un monte que domina prácticamente toda la provincia; es un espectáculo maravilloso desde el que puede verse todo el macizo del Montseny y la Costa Brava hasta la población de Rosas, con el fondo de los montes pirenaicos que nos separan de la frontera francesa.

A estas alturas me resulta imposible intentar reconstruir la cronología del tiempo pasado en aquel monasterio, pero grandes destellos de nuestra vida allí dan protagonismo a los personajes y a las circunstancias que siguen estando vivos en mi cerebro. Era un lugar apacible, solitario, bello; rara era la vez que aquella paz se alteraba por visitantes ocasionales.

En la entrada que daba acceso a la escalera que conducía a las celdas había unos bancos de madera. En ese lugar, cada tarde el cura rezaba el rosario, ceremonia a la que era difícil sustraerse y que a mí me parecía de una pesadez insoportable. Esa nave daba paso a la iglesia, y siguiendo un largo corredor oscuro llegabas a la sala de los exvotos, estancia que me producía tremendos espasmos de miedo desde la primera vez que la vi. Figuras fantasmagóricas de cera lo poblaban todo. Junto a cirios y velas encendidas, piernas, manos, barcos, remos, corazones con lazos, banderolas y los más extraños objetos que uno pueda imaginar colgaban del techo ocupando casi todo el espacio del fúnebre lugar.

El cura, mosén Josep, un hombre ya mayor, y Celia, su sobrina, regentaban el santuario. Ella, que era una joven de buen ver, cada dos o tres días bajaba a Gerona a por provisiones. Lo hacía en una motocicleta Harley Davidson con sidecar, lo cual constituía en aquellos tiempos algo verdaderamente insólito. Alguna vez la habíamos acompañado en nuestro deportivo hasta la ciudad, siguiéndola a lo largo de aquella peligrosa carretera de tierra llena de vueltas y revueltas. Recuerdo la expectación que siempre se producía entre la gente cuando llegábamos frente al mercado en nuestros raros vehículos.

La celda que ocupábamos era grande. Estaba presidida por una gran cama de matrimonio y al otro lado de la habitación habían instalado un jergón para mi uso. En uno de los rincones, el viejo armario, y a su lado, colgando de la pared, un extraño lavabo y su toallero correspondiente.

Alguna noche, ya de madrugada, cuando el silencio lo dominaba todo, un hecho singular me había llamado la atención, despertándome. Cuando teóricamente yo tenía que estar en mis mejores sueños, unos ruidos compulsivos apenas perceptibles llegaban desde la cama de mis padres acompañados de unas respiraciones entrecortadas y jadeantes. A través de las sábanas que me cubrían la cabeza y en medio de la semioscuridad que invadía la estancia, presencié por primera vez en mi vida lo que más tarde conocería por el término de «hacer el amor». Mis padres hacían el amor en aquellas madrugadas. Fue mi primer encuentro con una sensación que me inquietaría con el tiempo...

UN DÍA...

Creo que fue un viernes a media mañana cuando aparecieron por el Santuario unos seres extraños muy bien trajeados. Se reunieron con el cura y con mi padre, comieron juntos y se pasaron muchas horas charlando intensamente. Cuando se puso el sol ese día, hacía rato que se habían marchado.

—Cariño, las cosas se están poniendo muy mal en este país. Hay mucha inquietud política. Han asesinado a Calvo Sotelo y las tropas están acuarteladas. Mañana volveremos a Barcelona —le decía mi padre a mi madre.

Debían de ser las nueve de la mañana cuando llegábamos al hotel Ter de Gerona para desayunar. El tiempo del Santuario había quedado atrás y ya estábamos de vuelta. El ambiente por las calles era raro. Las tiendas estaban cerradas y pequeños grupos charlaban por las esquinas. En el comedor del hotel se palpaba un ambiente extraño. En medio de aquella expectación una voz se destacó diciendo que en África se habían sublevado las tropas de un general llamado Francisco Franco.

Por lo visto, Franco no perdonó nunca a Azaña, presidente de la República, el que éste le reemplazara como jefe del Estado Mayor del Ejército y que, para sacárselo de encima, lo mandara lejos, a las Islas Canarias, como comandante general.

Chocante, aquel viaje de vuelta en el que el único coche que se dirigía a Barcelona era el nuestro, mientras se cruzaban camino de Francia los que huían de la hecatombe que, sin saberlo bien, se nos iba acercando.

Dos horas más tarde, como he contado, nuestro Bugatti llegaba a Mataró, donde los milicianos nos paraban en plena carretera.

VUELVO...

Badalona había quedado atrás. Ahora, Barcelona era una ciudad distinta a la que habíamos dejado un mes y medio antes. Resultaba difícil circular por sus calles. Todo andaba revuelto. Montones de adoquines arrancados del pavimento habían servido

para levantar barricadas en los sitios más estratégicos. La Plaza de Cataluña presentaba un aspecto desolador, hasta el día antes de nuestro paso por allí se habían producido duros enfrentamientos. En unos camiones se estaban cargando los cuerpos de varios caballos muertos que estaban frente al edificio de Telefónica. Una mezcla de canciones revolucionarias saturaba el aire mientras a lo lejos se seguían oyendo disparos y cañonazos. Íbamos circulando. A cada momento las patrullas nos paraban para pedirnos los papeles. El salvoconducto que le habían entregado a mi padre en Badalona era leído y releído por los controles antes de que pudiéramos seguir. Según en qué sitios, nos hacían bajar para registrar el coche.

Intento ver la cara de mis padres en aquellos momentos de tensión, pero me pierdo frente a la espesa bruma acumulada desde entonces. Imagino la angustia que sentirían ante esa gente que nos miraba incrédula, con una extraña mezcla de curiosidad y desprecio.

Pienso que gran parte de los problemas que íbamos teniendo en el camino nos los creaba la aparición de nuestro coche. ¡Qué hacía un deportivo de carreras en medio de una revolución! Era como una provocación andar entre aquellas algaradas con ese signo representativo de un rancio capitalismo.

Cuando enfilamos las Ramblas ya nos faltaba poco para llegar a casa. También en la calle Hospital, nuestra calle, todo había cambiado. El paso era estrecho a causa de la gran barricada levantada con adoquines para controlar el paso hacia la plaza de San Agustín. Frente al bar La Flor, un considerable grupo andaba pendiente de las noticias que llegaban a través de la radio. Aún no se sabía bien en qué puntos de España había triunfado la sublevación de los militares.

De cualquier forma, nuestra llegada fue sonada. Siguiendo la misma pauta de lo sucedido en otras paradas, la gente se arremolinó junto a nosotros, sin dar crédito a la anacrónica estampa que tenían frente a sus ojos. Ya en el portal, el dueño del bar y varios de los clientes que nos conocían calmaron los ánimos presentando a mi padre como una persona buena y querida por todo el barrio. Por fin habíamos llegado, parecía mentira.

Capítulo III

Ya estábamos en casa

En muchas ciudades se seguía luchando por el poder, lucha que partiría España en dos, estableciendo un frente infinito.

Barcelona, una ciudad obrera y reivindicativa, fue llamada «la Rosa del Foc».

A medida que ha ido pasando el tiempo, le he dado mil vueltas a la cabeza, en un intento por saber también por qué alquilamos el piso de la calle del Hospital, situado casi esquina a las mismas Ramblas, en una casa vieja construida a principios del siglo XIX.

Siempre supe que a mi padre le gustaba mucho Barcelona. Desde la primera vez que mi madre lo llevó a la Ciudad Condal, él se quedó prendado de su estructura, de sus calles, de su modernidad y de sus gentes. Siempre le oí decir que era una ciudad que tenía un aire europeo. Al principio, cuando se paseó por las viejas Ramblas, se quedó entusiasmado y decidió que teníamos que vivir allí.

Recuerdo vagamente que hasta entonces todas las viviendas que habíamos tenido eran lugares de cierto nivel. Entre todas ellas destaca en mi memoria aquel estupendo chalet de la Ciudad Lineal de Madrid, el regio piso de Moncloa y algunos otros que se pierden, indefinidos, en el laberinto de mi tiempo.

Y este piso de ahora era horrible. Creo que se alquiló porque tenía que ser un lugar de paso entre los viajes que hacíamos continuamente, y estábamos a la espera de que saliera otro mejor para mudarnos enseguida. Pero lo que no sabíamos al llegar de Ibiza es que esa casa estaba predestinada a que en ella pasáramos buena parte de nuestra vida y a que sucedieran allí acontecimientos importantes, acontecimientos que cambiarían radicalmente nuestro futuro, que se acercaba inexorable.

Ha pasado bastante más de medio siglo cuando escribo esto y la extensa narración que sigue a lo largo de sus páginas tuvo siempre como punto de partida, en mi complicado mundo adolescente, ese lúgubre edificio, ese portal, esa escalera, esos pisos con sus gentes, ese entorno, hasta llegar a convertirlo con el paso de los días en el eje fundamental de la historia que cuento, siendo difícil sustraerse al gran protagonismo de aquellas viejas paredes...

¿LA ESCALERA?

Parece mentira que se hubiese podido concebir una escalera como aquélla. El portal

no debía de tener más de un metro de ancho y la puerta que daba a la calle era de cuarterones y la habían hecho de una madera tan gruesa que la hacía pesadísima. Tan pesada era, que rozaba el suelo y se tenía que hacer un verdadero esfuerzo para poder moverla. Incluso con el tiempo, con su uso, el pavimento había quedado marcado por un importante surco. En su frontal, la aldaba, de un pesado latón. Con un golpe se llamaba al primer piso, con dos, al segundo y así sucesivamente.

Al entrar, la escalera se estrechaba aún más, en una rara e inexplicable curvatura, y los escalones se tenían que abordar con cierto cuidado, ya que entrabas en una zona de tal oscuridad que apenas se veía, penumbra que no desaparecía hasta que se alcanzaba la tercera planta. La barandilla era raquítica y estaba hecha de hierro, de un hierro pegajoso al que daba cierta grima agarrarse; tenía como infinidad de capas de pintura que, con el paso del tiempo y la humedad de siempre, habían formado una especie de raras costras que hacían que su tacto resultara altamente viscoso. Al pasar por la planta del principal, los ladrillos se movían y había unos cuantos que siempre estuvieron rotos.

Hasta la azotea se podían contar ciento trece escalones, y a medida que ibas subiendo parecía que la barandilla y la pared se juntaban, dejando un escaso hueco para acceder al terrado.

Si el portal era estrecho, parecía un milagro que los que construyeron el raquítrico edificio hubiesen podido llegar a levantar cinco pisos en aquella pequeña superficie. Una vez en el terrado, al que se accedía por un viejo portalón, estaba la buhardilla, un pequeño habitáculo de unos veinticinco metros cuadrados; en él, con los días, dejaríamos parte de nuestras vidas.

Sobre la misma buhardilla se había levantado un cochambroso cuarto que contenía los depósitos del agua del edificio. Por medio de unos escalones metálicos clavados en la pared se llegaba a todo lo alto. Cuando apartabas las herrumbrosas tapas que protegían los cilindros, se podía ver, no sin cierta repugnancia, que aquellos depósitos no se habían limpiado nunca. La cantidad de cal acumulada durante tantos años había creado un poso sólido amarillento de gran espesor, hasta el punto de que parecía imposible que hubiésemos podido beber, tiempo y tiempo, el agua de aquellos recipientes sin contraer alguna enfermedad infecciosa.

LA PESADILLA

Primero fueron sesenta, luego, como he dicho, hasta ciento trece escalones los que tenía que subir para llegar a casa durante los largos años de vida pasados allí. Los subía a saltos, de cuatro en cuatro, a todas horas, con los ojos cerrados, tal vez por eso, en un rincón de mi ajetreada cabeza ha quedado fuertemente marcada hasta hoy la pesadilla de aquel fatigoso ejercicio.

¿Cómo era el piso?

Empezaré por describir su entrada. La puerta era maciza, también de una pesada madera. Nunca supe el color que tenía, ni cuándo se debió pintar por última vez. La escasa luz que entraba por la pequeña ventana enrejada que daba al patio interior y que se asomaba al rellano guardaba el secreto de la pintura que se debió utilizar en su montaje. En su frontal había una cerámica blanca que enmarcaba una pequeña mirilla oxidada en forma de abanico, desde la cual era imposible ver quién llamaba, dada la precaria luz de la escalera. Un poco más abajo tenía un pomo blanco, del cual había que tirar y que servía para llamar a la puerta al hacer sonar una especie de extraño timbre. Y en su centro, un asidero, también de la misma cerámica, completamente descascarillado. Las bisagras, deformadas desde tiempo inmemorial, siempre chirriaban con el movimiento, a pesar de que se engrasaban con insistencia.

PASEN, PASEN...

Al entrar, como no había ningún espacio a modo de recibidor, la puerta, al abrirse, daba a la pared de enfrente y eso tenía lugar en el centro mismo de un largo, oscuro y estrecho pasillo, por el que quedaban unidas la parte delantera y la posterior del extraño piso. Tenía la misma longitud que un vagón de tren, un vagón que no tuviera compartimentos y cuyo habitáculo existiera solamente en los dos extremos del mismo. Las paredes estaban empapeladas con unas viejas tiras de papel a rayas, de las que pendían en muchos sitios flecos despegados por el tiempo. Era una época en la que apenas se pintaban las paredes. La parte frontal tenía la composición clásica que era habitual entonces. Sala y alcoba estaban separadas por una vieja cristalera. Enfrente, el balcón que daba a la calle. Nunca pudimos pensar que desde él asistiríamos en directo al espectáculo de ver pasar a una buena parte de la triste historia que enmarcó aquellos difíciles años.

A medida que recorrías el pasillo, pisando ladrillos que siempre temblaban y yendo hacia la parte de atrás, donde estaban, en un rincón, mi pequeña habitación, el comedor y la cocina, te envolvía la oscuridad más absoluta, siendo imprescindible encender la luz eléctrica para hacer cualquier cosa. Luego, una pobre repisa con dos huecos a modo de hornillos, para meter la leña o el carbón donde cocinar, daba paso a una galería descubierta, junto a ella, «la comuna», término catalán que se refiere a una especie de letrina con tapa de madera donde poder desahogarse de las imprescindibles necesidades fisiológicas. Ese retrete se había construido en un patio comunal presidido por una humedad generalizada, que en la época de frío te podía dejar helados todos los huesos del cuerpo, y donde el griterío constante de la vecindad te obligaba, siempre que podías, a tener cerrado el balcón que la separaba del piso.

Lo de cambiarnos de casa fue una utopía. Allí nos enganchó la guerra y allí nos quedamos por los días de los días.

LA JOYA

Cuando lo vimos por primera vez, antes de la revolución, aquel balcón raquíptico, en el que apenas cabían dos sillas y una mesita, era como la pequeña joya de nuestra particular corona. Era como el palco proscenio de un gran teatro, en cuyo escenario se representaban los espectáculos más dispares e interesantes de la vida barcelonesa.

Desde lo alto se dominaba, en primer lugar, la entrada de la pintoresca calle del Hospital, donde la infinidad de letreros comerciales que colgaban por todas partes era el símbolo de la gran actividad que se desarrollaba junto a nosotros. La célebre Casarramona y sus conocidos trajes de confección; el hotel Moderno, un hotel para todo; la célebre droguería Vidal y Ribas, donde no faltaba casi de nada. La comadrona María, famosa desahuciando fetos; la farmacia Genovés, que más adelante traería cola; el doctor Rumbau, que a lo largo del tiempo pasaría a ser como de nuestra familia. La joyería de la esquina, Bagués, con su arriesgada mercancía; la Corsetería, adonde habían llegado las primeras medias de seda natural tan deseadas por la juventud femenina de aquel tiempo; el bar La Flor...

Y el Pla de la Boquería, corazón vivo del casco viejo de la ciudad y centro de atención de esa genial vía que son Las Ramblas, un paseo verdadero, para eso, para pasear, para ver, para sentir, para disfrutar. Torrente de cosas, fachada universal llena de flores, pájaros y palacios, lugar de exultantes comercios, de celebraciones, de pasacalles y procesiones; famosa la del Corpus Christie, con sus gigantes y cabezudos. Asidua ruta del pintoresco personaje «La Moños», que más tarde vería exhibirse también al original «Ocaña». Avenida de grandes y frondosos árboles, donde a medida que se va recorriendo, todo cambia, transformándose en un mercado mágico, distinto y multicolor.

El tramo de Canaletas, junto a su célebre fuente, sitio de grandes reuniones donde se discuten con verdadera pasión los más variados eventos deportivos, junto a los quioscos abarrotados de toda clase de libros, revistas y diarios de todo el mundo. La Rambla de los Estudios y sus pajarerías con las aves domésticas de los distintos continentes. Y después, ¡las flores! La maravillosa Rambla de las Flores, con sus tradicionales puestos, muestrario de la más diversa y exuberante jardinería.

El célebre Mercado de la Boquería. La Rambla del Centro, con su Teatro del Liceo, templo sagrado del *bel canto*, y el café de la Ópera, refugio de una bohemia distinguida. Siguiendo un poco más abajo, el cambalache de un toma y daca de la filatelia mundial, y yendo hacia el mar, la zona en la que se plantean y resuelven extrañas transacciones de un ganado invisible de lejanas cuadras.

Y La Rambla de Santa Mónica, centro de diversiones furtivas donde proliferan y compiten, entrelazados, los más diversos mercadeos del ocio oculto, vena femoral del distrito quinto, parque temático del sexo, pasacalle de mujeres de la noche, pederastas, carteristas, profesionales de la mariconería... mercadillo de tiendas de

gomas y lavajes, antros de cazalla por los callejones de Arco del Teatro y de Santa Mónica y en las calles de Tigre, Robador o la Virgen. Y en su extremo, al final de todo, el monumento a Colón, que no se cansa de señalar con el dedo el viejo camino hacia las Indias Orientales.

ESO ERA YA HISTORIA

A lo largo del paseo, ahora todo había cambiado. Ya ni se vendían libros, los kioscos estaban cerrados y no cantaba ni un pájaro, los improvisados puestos con tradicionales jaulas habían desaparecido. En las esquinas de las calles que confluían con Las Ramblas se habían levantado barricadas con los adoquines del pavimento y con sacos terreros que se traían en camiones. Sonaban himnos, se levantaban banderas, apenas se podía circular. El espectáculo era desolador. Detrás de aquellos muros, improvisados grupos de hombres armados controlaban el paso de las gentes. La Rambla de las Flores estaba triste, sin ningún atisbo de color. Ya no pasaban tranvías. Habían desaparecido las sillas de alquiler, en las que por unos céntimos podías pasarte horas sentado viendo el interesante trajín de los tiempos buenos, el ir y venir y el pasar de todo.

Ahora el Pla de la Boquería era un desierto, las farolas destrozadas, el suelo sucio, por todas partes había cascotes, papeles en el aire. La Rambla del Centro sin apenas nadie. El célebre Teatro del Liceo estaba clausurado, y la Rambla de Santa Mónica permanecía cerrada desde la muerte del anarcosindicalista Francisco Ascaso, ocurrida días antes, cuando al frente de un grupo de milicianos intentaba reducir a una pequeña fuerza militar que se había hecho fuerte en los muros de las viejas Atarazanas.

En esos días, en Barcelona, las fuerzas leales, los mozos de escuadra, los miembros del PSUC y del POUM, acompañados de grupos de la Guardia Civil leales, al mando del coronel Escobar, salieron desde el primer momento a combatir contra los sublevados.

Al mismo tiempo, Madrid resistía el envite. Se contaba la hazaña de un joven de 26 años, llamado Valentín González. Se había distinguido reclutando voluntarios, y en camionetas requisadas se los llevó a Buitrago, donde les entregó un mono, un fusil y las instrucciones para usarlo. Valentín se haría famoso al cabo de unos meses al frente de unas compañías que lucharon denodadamente en el frente de Madrid. Se le conoció desde entonces como «el Campesino».

Noticias tristes nos llegaban continuamente de los cuatro puntos cardinales. Hechos trascendentales cuya dimensión histórica yo tardaría muchos años en comprender.

A los pocos días de la revolución, el 19 de agosto, moriría fusilado en Andalucía Federico García Lorca, nuestro maravilloso poeta.

Otro día de noviembre, en el hospital Clínico de la Ciudad Universitaria de Madrid fallecía de dos disparos el héroe anarquista Buenaventura Durruti. ¿Fue un asesinato? ¿Una venganza de sus correligionarios? Nunca se supo. Ese enigma ha quedado pendiente de aclaración en la historia. La tragedia en uno y otro bando no cesaba, en esa misma fecha era ejecutado en la cárcel de Alicante José Antonio Primo de Rivera, artífice del movimiento falangista.

La encarnizada y desigual lucha fue siempre patente. El pueblo iba armado con escopetas de caza y con armas cortas, y el gran tesón de sus combatientes hizo inclinar la revuelta hacia la República en los primeros meses. Por un lado, se va destruyendo el viejo mundo caduco; por otro, se fusila a los que se han señalado como enemigos de la clase obrera y de la revolución, se queman archivos, se abole el dinero... Era la desolación. A ella nos enfrentábamos...

Capítulo IV

En el día a día

La incertidumbre y el temor a cuanto se avecinaba invadían toda nuestra vieja piel de toro.

Recuerdo que la primera vez que subí por la escalera de la horrible casa, al pasar por el piso entresuelo, me llamó la atención la voz de una aspirante a tiple que no paraba de hacer gorgoritos, repitiendo una y mil veces todas las notas de la escala musical. Luego supe que era Paloma, una jovencita bastante entradita en carnes, que quería ser cantante y que era acompañada al piano con una constancia irremediable por su padre, que en su juventud había sido un conocido barítono especializado en representar muchas de nuestras más conocidas zarzuelas.

Durante todo un año, los vecinos de aquel siniestro edificio tuvimos que soportar sin remisión los do-re-mi-fa-sol que la inefable e incansable Paloma nos mandaba por el patio interior de la casa a todas horas del día.

A pesar del tormento que representaba oír el continuo martilleo de la niña, la vida de aquel entresuelo respiraba una inefable ternura, ya que la madre de Paloma, que había sido corista en la compañía donde cantaba su marido, se pasaba las horas embelesada, sentada en un sillón, siguiendo las clases que tomaba su hija.

Un día, inesperadamente, dejó de oírse el fondo musical al que ya nos habíamos acostumbrado, y nadie supo la verdadera razón que motivó la marcha e inesperada desaparición de aquella escasa y pintoresca familia. ¿Cosas de la guerra?

Al cabo de un tiempo de estar vacío, el entresuelo cobró vida de nuevo. Un joven muchacho barcelonés montó en el local una muy rudimentaria peluquería de señoras. Magín se llamaba el chico, y poco podía suponer en aquellos momentos de ilusión la tragedia que se desarrollaría tiempo después y que culminaría con el asesinato de Elena, la joven aprendiz que había contratado para que le ayudara en el negocio.

Elena, que era del sur de Francia, había llegado hacía poco a Barcelona. Era una chica mona y cordial que irradiaba alegría y simpatía a cuantos nos asomábamos a la peluquería, le caía bien a todo el mundo y fue sin duda una de las artífices de que el local se pusiera de moda en todo el barrio al poco de abrirse.

No había pasado mucho tiempo cuando Magín se enamoró perdidamente de ella, hasta el punto de jugarse muchas veces la vida pasando clandestinamente a Francia por barrancos y senderos de muga para ir a verla a Toulouse, cuando, por motivos del aislamiento político franquista, las fronteras de España quedaron cerradas durante varios años y ella tuvo que dejar la peluquería y regresar a su casa materna precipitadamente.

Cuando todo recobró la normalidad, ella volvió a Barcelona y se casaron. La peluquería iba viento en popa, por lo que el hermano de Magín, Enrique, tenía que ir de cuando en cuando para ayudarles, viéndose obligado, además, a contratar a una nueva dependienta para atender a toda la demanda de la creciente y nueva clientela que iban teniendo.

Así fue pasando el tiempo.

Magín estaba muy ilusionado con tener descendencia. Recuerdo que a todo el mundo le decía que pronto iba a ser padre, pero, por desgracia, cada vez que la chica se quedaba embarazada, perdía el feto.

La tragedia empezó a caer sobre ellos cuando Magín supo, por algún alma caritativa, que Elena se entendía desde hacía tiempo con el farmacéutico de la esquina, y que aquel individuo era el culpable de los frustrados embarazos que soportaba y que era la persona que le practicaba los abortos correspondientes.

¿Abortos, fetos? ¿Qué era eso?

Magín mató a Elena de veinte cuchilladas. Él se cortó las venas en un intento de suicidio, y después de estar internado en un hospital reponiéndose durante un tiempo, mi madre y yo le fuimos a ver varias veces a la Cárcel Modelo para llevarle cosas.

Al cabo de unos meses, en el entresuelo se montaba una pequeña y anodina inmobiliaria.

EL PISO PRINCIPAL...

Creo que en todas las casas hay un piso raro, extraño, en el que no se sabe bien quién vive ni para qué es utilizado. Eso pasaba en el principal. Era la planta más horrible de toda la escalera, sin apenas luz, daba cierto «repelús» atravesar su rellano oscuro. Pocas veces, en el largo tiempo de nuestra estancia allí, hubo movimiento, los vecinos casi nunca vieron abrir su puerta o encenderse luz alguna.

En pocas ocasiones, muy esporádicamente, al subir o al bajar la escalera yo me había encontrado con algún tipo misterioso que salía o entraba en el piso, casi siempre eran personajes distintos y solitarios que parecía que lo hacían furtivamente. Se comentaba en el barrio que debía de ser el picadero de algún personaje poderoso, pero en mi memoria no recuerdo haber visto nunca una mujer llegando a la casa.

¿Habría otro tipo de citas?

Clasifico las circunstancias del piso principal en ese apartado de las cosas que no se entienden y no hay por qué esforzarse en querer entenderlas. Nunca me lo propuse.

EL PISO SEGUNDO...

Pocas cosas que contar de ese piso. En él vivía doña Encarna, una viejecita canosa,

delicada, de muy poca estatura, que llevaba siempre una falda oscura que le llegaba hasta los pies, personaje que realmente parecía salido de un cuento infantil. Mi madre había hecho muy buenas migas con ella, y era a quien yo siempre acudía cuando me quedaba solo durante el tiempo en que mamá se iba al frente de Aragón, para actuar en los teatros que improvisaban los soldados de las columnas de Durruti y Líster. Representaciones que organizaba el Sindicato de Actores y por las cuales mi madre percibía un poco de dinero que nos ayudaba en la subsistencia diaria. Ahora estoy viendo, como si fuera una fotografía en movimiento, aquellos autocares que salían del centro de la misma Rambla de las Flores, repletos de gente, y que casi con frecuencia semanal se pegaban unos tremendos viajes para confraternizar con las tropas que luchaban contra las de Franco.

Era todo un espectáculo el lío que se organizaba en Las Ramblas, al que acudían curiosos de todo el entorno. Siempre se solía repetir la misma escena. Cuando el autocar arrancaba llevando a los actores que formaban parte de la compañía en la que iba mi madre, ella sacaba el brazo por la ventanilla, agarraba mi mano con la suya y yo corría todo lo que podía, hasta que la velocidad nos obligaba a soltarnos.

«Sé bueno, Antonio, no hagas rabiar a doña Encarna y ayúdala en lo que puedas».

Me parece que sigo viendo la marcha del autocar en medio del gentío, y cómo la imagen de mi madre, que lleva puesto en la cabeza, como la mayoría de los que la acompañan, el clásico gorrito de la CNT y de la FAI —las dos organizaciones anarquistas promotoras de esas salidas— va desapareciendo Ramblas arriba, camino del frente.

Mi madre era una más de aquellas heroínas que, convertidas en milicianas, sanitarias, maestras, periodistas, como Dolores Ibárruri o Federica Montseny, lucharon y trabajaron en la retaguardia y en los frentes de batalla para conseguir la supervivencia cotidiana de todos en ese difícil tiempo.

Doña Encarna vivía con sus dos nietas, dos guapas y simpáticas chicas de las que no supimos, al principio de instalarnos en la casa, cuál era su verdadera ocupación, aunque más tarde fue fácil adivinar que la mayor parte de su trabajo consistía en sacarle el máximo partido a alquilar la disponibilidad de sus horas nocturnas, quehacer que permitía a la singular familia femenina vivir sin demasiadas complicaciones.

LOS CÓMICOS DEL TERCERO...

Como creo haber dicho anteriormente, el edificio tenía una estructura rara, de alguna manera era algo piramidal, quiero decir que, aunque su anchura general no debía de pasar de los cuatro metros, a medida que ascendía todo se estrechaba y las habitaciones se iban reduciendo de tamaño, y como ya conocemos, la composición en todos los pisos era siempre la misma. Resultaba chocante ver que en esas

dimensiones escasas del habitáculo pudieran convivir ocho personas de distintas familias, procedentes todas ellas del mundillo del teatro.

Un viejo actor en plena decadencia, Manrique Gil, y su mujer fueron los que alquilaron el piso. No pasó mucho tiempo sin que las precarias circunstancias económicas les obligaran a subarrendar a la familia Sillero la mejor habitación, la que daba al salón y a la calle. Allí se instaló Juanita con su pareja, Manolo, que apareció afectado de una tuberculosis galopante, enfermedad que le conduciría a la tumba poco tiempo después de llegar. Les acompañaba Matilde, la hija de la primera, que por aquellos días tenía 15 años y estaba de bastante buen ver. Al poco, la suma de los huéspedes seguía engrosándose con la aparición de Ana, la hermana del enfermo, y su marido, que era un famoso representante de actores, y el hijo de los dos.

No habían pasado muchos días desde la muerte de Manolo cuando se instaló en la casa un galán madurito, Emilio Fajardos, que empezaba a dar los primeros pasos por los escenarios y, según se contaba por todas partes, era amigo de tiempo de Juanita, con la que se entendía íntimamente y quien lo mantenía.

En aquel piso reinaba siempre un caos decadente y estrepitoso. Yo no sé cómo podían vivir allí todos juntos, cocinar, comer, dormir, desnudarse, vestirse, lavarse. Mientras Manrique Gil no paraba de contar a quien tuviera delante sus mil batallitas vividas en su profesión de actor, allí entraba y salía gente a todas horas. Se organizaban «bolos», se hablaba de decorados, la radio sonaba continuamente, y los gritos, peleas, discusiones y portazos eran el pan nuestro de cada instante.

A mí me parecía raro que Emilio viviera allí y se acostara con Juanita, que era mayor, gorda, fea y sucia, pero al cabo de un tiempo de haber llegado se aclaró aquello que, a mis pocos años, tanto me llamaba la atención: el galán también se entendía con la hija en los ratos en que Juanita se marchaba de casa. Con los días, la cosa fue mejorando, por cuanto la partida terminó desarrollándose a tres bandas ante la indiferencia de todos. Cuando se terciaba, Emilio alternaba la cama indistintamente con la madre y con la hija.

Siempre me había llamado la atención Matilde, mejor dicho, las tetas de Matilde, y aunque ella me llevaba algunos años y mucha experiencia en el tema, nunca perdí la esperanza de tocárselas y sacar algún provecho de ellas. Mi reconocida timidez, la falta de información sobre la función del sexo y sus consecuencias, y en la raya de los 10 años, no evitaron que en alguna ocasión —difícil ocasión, ya que el panorama de la casa no daba demasiadas oportunidades—, yo me metiera en la cama con ella para intentar hurgar en los sitios prohibidos. Pero recuerdo que siempre, cuando se presentaban esos momentos, me quedaba cortado en el avance, algo extraño me echaba para atrás... Al final descubrí que todo el problema era de olor. No me gustaba cómo olía su cuerpo, había algo en su sudor que me echaba para atrás, que no toleraba, y así poco a poco fui perdiendo aquellos esporádicos momentos de placer que creí haber encontrado en la joven Matilde.

El piso, el jolgorio, la gente, fue desapareciendo lentamente, como todo.

Al final, sólo quedaron allí, y no por mucho tiempo, Ana y su marido, el representante de actores.

El barrio

¿La calle de las Cabras?

Más que calle, Las Cabras era un callejón corto y siniestro, en donde no creo que haya entrado nunca un solo rayo de sol. Era, es, un acceso al mercado de San José desde la calle del Hospital. Mercado al que la gente de Barcelona siempre ha conocido por el de La Boquería.

La entrada de la calle de las Cabras es estrecha y hay que atravesar un arco que enlaza dos viejas casas para recorrer los cincuenta metros que debe de tener de largo, hasta llegar a una pequeña escalinata que, subiendo, desemboca en el mismo mercado junto a la panadería del barrio. En aquellos tiempos la callejuela era un paso lleno de una suciedad constituida por los despojos del mercado. Sus adoquines siempre estaban húmedos y en ellos era fácil pegar algún resbalón peligroso. Flanqueaban la calle unos locales indefinidos que nunca supimos a qué se dedicaban. Algún traperero, extraños almacenes, portales oscuros de casas más oscuras aún, con inquilinos que convivían permanentemente con la intensa penumbra dominante... ¡Ah!, y la carbonería del hombre pequeñito, con su raída boina, que llevaba siempre puestos aquellos guantes mugrientos, rotos, por los que asomaban las puntas de sus dedos negros tiznados de carbón.

Y AL FINAL DE LA CALLE, EL HORNO DE PAN

El pan. Más allá de la consideración bíblica de dicho alimento y representativa de tantas otras cosas, el pan siempre fue para mí, ya desde muy pequeño, algo consustancial con mi misma vida; siempre me pareció algo tan imprescindible como el aire que necesitaba para respirar, y a él creo que le debo una buena parte de mi saludable desarrollo físico.

Yendo de visita con mi madre, era frecuente que las únicas palabras que permitía pronunciar mi incomprensible timidez de niño —a la vez que le pegaba pequeños tirones de la falda y escondía mi cara en su vestido— eran las de «mamá, pan». «Por favor, tienen un pedazo de pan para el niño. Si no, no nos va a dejar tranquilos», decía mi madre y salía al paso de aquel incómodo asunto, hasta que conseguía que me dieran un trozo de pan.

Llegó a faltar de todo durante la guerra, la escasez generalizada de los alimentos se convirtió en uno de los azotes de aquel tremendo tiempo. La gente hacía trueque de lo que podía y con lo que podía para conseguir algo. Recuerdo a mi tío Luis, que trabajaba en la compañía del gas y además era un mecánico muy hábil, recorriendo en

su bicicleta kilómetros y kilómetros, yendo por las casas de campo, haciendo toda clase de reparaciones y chapuzas para que le pagaran con patatas, legumbres y hortalizas el precio de aquellos arreglos. Le veo cargando sacos de hasta cincuenta kilos, montados en el cuadro de la bicicleta, llegando a su casa casi desfallecido después de sus frecuentes y largas salidas. Patatas, legumbres y hortalizas que luego repartía generosamente entre la familia.

Volveré con lo del pan...

LLEGÓ ENERO...

Fue un paréntesis inesperado y sorprendente en aquellos días de profunda incertidumbre y general desconcierto. Parecía mentira, pero llevábamos dos noches durmiendo en las mismas habitaciones reales, a la espera de que nos despertáramos aquel día para ver qué es lo que nos habían dejado los Reyes Magos junto a nuestros zapatos.

Todo lo tenían organizado desde tiempo atrás. Con el palacio de Pedralbes cerrado a cal y canto, nadie nos molestaría y podríamos celebrar la fiesta de los juguetes sin que se enterara ninguna persona. Prat, el amigo que mi padre conoció en Ibiza y que nos sacó del apuro de Badalona hacía unos meses, tenía tres niños, y no se resignaba a pasar por alto el primer 6 de enero de esta nueva era antirreligiosa que había empezado, y donde era impensable conmemorar ningún acontecimiento de ese tipo.

Como conservador del palacio, cargo que dependía de la Generalitat de Catalunya, Prat vivía desde hacía tiempo con su familia en una de las alas del regio edificio. Nos había invitado y allí habíamos acudido mi padre, mi madre y yo. Igual que en un sueño, ajenos al terrible drama exterior, recluidos allí, pasamos unos días deliciosos corriendo por los parques y disfrutando, chicos y mayores, de todas las instalaciones del palacio, como si realmente, nunca mejor dicho, fuésemos acreedores de tal inesperado privilegio.

Con la llegada de la luz, aquella mañana, los chicos saltamos de la cama como locos, buscando por habitaciones y rincones los juguetes que para nosotros habían cargado los camellos de los Reyes Magos en su largo camino desde Oriente. Mientras lo revolvíamos todo ante el regocijo de los mayores, y como si estuviésemos viviendo un cuento de hadas, un par de camareras nos preparaban un opíparo desayuno en el comedor principal del palacio, consistente en zumos diversos, chocolate con churros, galletas, y mil golosinas más.

Al final dimos con los juguetes. Los mayores los habían escondido entre unos macizos verdes que enmarcaban las cristaleras de la entrada principal del palacio. Recordaré siempre que a mí me correspondieron un balón, un patinete y una cometa con una larga cola llena de lazos.

Resulta curioso pensar ahora que, después de los buenos ratos pasados con los niños de Prat en el palacio, al regresar a nuestro horrible piso de la calle del Hospital apenas pude disfrutar más tarde de aquellos tres juguetes llovidos del cielo. No hubo lugar, no había sitio ni ocasión, ni amigo con quien compartir los juegos. Arrinconados por alguna esquina perdida del lúgubre piso, fueron desapareciendo en la lejanía del tiempo, como se esfumaron de nuestras vidas el mismo Prat, su familia y la maravillosa anécdota... Nunca más supe nada, se quedó todo como si hubiese sido verdaderamente una quimera real.

Ya no hubo más Reyes. Tardaría muchos años en poder celebrarlos de nuevo.

Capítulo V

La guerra seguía

La guerra se había estabilizado. Fuerzas extranjeras llegaban a España en ayuda de las dos partes.

Era evidente que sólo una fuerza militar organizada podía luchar contra las tropas franquistas que avanzaban hacia Madrid. En la zona republicana reinaba al principio la desorganización más evidente. El Gobierno de la República autorizaba a que los soldados desobedecieran a los jefes que se habían rebelado.

Durante los primeros días de tremenda violencia y confusión general se desarrollaba en la capital, sin yo saberlo —la conocería cincuenta años más tarde—, una historia personal estremecedora, que aunque no tenía una relación directa conmigo, formaba parte de un entorno familiar que yo desconocía por ser hijo bastardo, y era demostrativa del terror y la incertidumbre de cualquier signo que se vivía en la mayor parte de los hogares españoles: se trataba de la pequeña epopeya de un militar con graduación de comandante que estaba adscrito al Servicio Topográfico Central del Ministerio del Ejército.

En ese Madrid de entonces también imperaba el caos: desorden, venganzas, ajustes de cuentas, «brigadas del amanecer», registros, detenciones, «paseos» por las riberas del Jarama, cadáveres por las cunetas, quema de conventos e iglesias, cárceles abiertas, asaltos a cuarteles, con referencia especial al de la Montaña, donde hubo una tremenda e incomprensible masacre.

ERAN DÍAS DE MIEDO...

«Tendremos que fusilarte como desertor en tiempo de guerra», fueron las palabras de un coronel de Estado Mayor del Ejército Republicano dirigidas a nuestro hombre.

«Eres un prisionero de guerra, te vamos a pasar por las armas», escuchó el mismo comandante de labios de un oficial de la Legión de las tropas de Franco, setenta y dos horas después de haber vivido la situación anterior, cuando le trasladan en un camión lleno de soldados republicanos capturados en el frente de Talavera.

Tuvo Joaquín, que así se llamaba el comandante, la vida prendida de un hilo. Estuvo tres días, los primeros tres días de la revolución, acuartelado en su oficina del ministerio, esperando órdenes. Había mandado a su esposa y a sus siete hijos a otra casa, ante el temor de que en medio de la confusión reinante alguien pudiera hacerles daño, sabiendo que eran familia de un oficial de alta graduación.

Cansado de no saber qué hacer en medio de aquella incertidumbre, una mañana salió del despacho para ir a ver a los suyos, con tan mala fortuna que, horas más tarde, se personaba en el Centro de Topografía un importante comité de mandos republicanos para pedirle información sobre los acontecimientos que se iban desarrollando en la ciudad, y al mismo tiempo tener constancia de su adscripción personal sin condiciones al ejército leal. Al no encontrarle en su puesto, le declararon «desertor en tiempo de guerra», declaración que en aquellos días llevaba aparejada, como militar importante, la mayor parte de las veces, consejo de guerra sumarísimo y fusilamiento inmediato.

Joaquín tenía una hoja de servicios intachable desde su ingreso en el Ejército, y su valedor, un general de Estado Mayor, amigo personal que seguía fiel a las tropas leales, consiguió que el asunto no fuera a más, que salvara aquella situación dramática en la que se vieron envueltos muchos ciudadanos en ese espantoso verano de 1936, donde la confusión y el desorden reinaban por todas partes.

Sabía que sus verdaderos amigos, los que habían estudiado con él en la Academia Militar, y que fueron sus compañeros en la guerra de África, se habían sublevado, poniéndose a las órdenes del ejército nacional. Cuando lo llamaron para que se presentara en el frente de Talavera, con otros jefes, para levantar planos de las posiciones ocupadas por el enemigo, no dudó un momento, y se trasladó a las primeras líneas de combate. Ataviado con su mono azul de campaña y en compañía de sus dos fieles asistentes aprovecharía la primera ocasión que se presentase para cruzar la línea de fuego y pasarse al bando llamado rebelde.

Como buen topógrafo, conocedor de todos los vericuetos del terreno, una madrugada, con un mapa rudimentario en la mano, escogió un sendero, y acompañado por sus dos servidores incondicionales, empezó la gran aventura de ir al encuentro de las tropas que tenía enfrente, al encuentro de sus viejos amigos. Tres horas más tarde, cuando aún no había amanecido, unos secos disparos impactaban junto a las tres figuras.

Se oyeron voces: «tenemos a un comandante rojo».

Pañuelos blancos, detención, entrega de armas... Se cerraba el primer ciclo de aquella inusitada aventura.

Frente a la Comandancia de Talavera, los bajaron de un camión repleto de prisioneros. En aquel momento de nada le valieron a nuestro comandante sus argumentos frente a un tosco oficial de la Legión, que era el que mandaba.

—Yo no soy un prisionero, me he pasado a vuestras filas.

—Sí, sí, como comandante rojo, lo tienes crudo amigo.

Separado de la tropa, lo encerraron en un calabozo en el que había dos oficiales capturados en el frente, que estaban a la espera de ser fusilados.

Se obró de nuevo el milagro. Esta vez sus raros apellidos vascos le salvaron la vida. Ya en capilla, un coronel que había estudiado en Caballería apareció por el calabozo. Dirigiéndose a Joaquín, le preguntó:

—¿Tú eres Joaquín I..., que estuvo el 22 en Larache a las órdenes de Franco? ¿Qué haces aquí con ese mono azul y esos galones de coña?

La sutil línea de las palabras, con todo el dramatismo de aquellos instantes, determinaría, en este caso, lo que podría llegar a ser la cara de la moneda que se debate en el aire: muerte indigna por fusilamiento, o seguir adelante con el honor de haber sido fiel a la causa.

El testimonio del sargento y de los soldados a los que se había entregado fue decisivo: «llegaron en plena noche con una bandera blanca, y nos dieron sus armas».

Aun así, se cruzaron infinidad de llamadas al cuartel general entre los grandes mandos antes de dejarle libre y darle la oportunidad de incorporarse al ejército franquista. Joaquín llegó a ser, con el tiempo, teniente general de Estado Mayor.

A muchos les había sorprendido el principio de la revolución en la zona cambiada. La sed de venganza, las muertes inesperadas, unidas a la crueldad de la propia guerra, convencieron a todos del escaso valor que tenía la vida y de la imposibilidad de tomar una actitud neutral ante aquel caos que se vivía. Gentes de la más variada ideología de las dos partes vivieron envueltas en el temor del asalto y la muerte. Joaquín era tío de mi padre, de esa familia tan alejada de nosotros.

ANTES DE SEGUIR...

«¿Mi padre? ¿Cómo era mi padre?». Hago un esfuerzo por recordar...

Mis ojos miran de nuevo hacia el infinito, perdiendo la visión de lo que tengo delante, intentando perforar el tiempo y llegar a contemplar imágenes que se han quedado casi perdidas y que me puedan transportar hasta él. Y como en otro rapidísimo *zoom*, pasan por mi cabeza ráfagas de su vida en una desigual mezcla, sin la más mínima cronología, que rescato con dificultad de mi vieja memoria histórica. Recuerdos que se desprenden de lo que estoy contando hoy.

Era joven, alto, guapo y fuerte. Tenía catorce años menos que mi madre.

Lo veo caminar por la calle del Arenal de Madrid, cuando regresaba del Ministerio del Ejército después de una jornada de trabajo en sus oficinas. Siempre le gustaron los coches.

En una ocasión probaba uno de carreras en la bajada de Santo Domingo. Era un descapotable Amílcar que había hecho pintar de color *beige* y chocolate.

Igualmente lo veo en su moto Indian recién importada, cuando nos caímos junto a la presa del río Alberche y quedó aprisionado debajo de la máquina, que ni mi madre ni yo podíamos levantar para dejarle libre.

En aquellos largos viajes en coche de Barcelona a Madrid y viceversa, que duraban más de quince horas.

Riendo con sus amigos.

Contando el regreso a casa tras despedir a los Reyes en la Cuesta de las Perdices, cuando se iban a su exilio de Italia, después de proclamarse la República.

El día que estrenó su segundo coche Bugatti, su preferido.

Al poco tiempo de empezar la guerra, cuando enfermó y le detectaron las fiebres palúdicas contraídas en la guerra de África.

La progresiva falta de los recursos económicos de que disponía, y que, por culpa de la guerra, dejó de recibir de su familia establecida en Burgos, en la llamada «zona nacional», lo que nos llevó a la ruina más absoluta.

Cuando desde la terraza de casa le vi marchar por su propio pie, por última vez, camino de la clínica, para someterse a tratamiento, al principio del dramático periplo que le llevaría hasta su muerte.

La ambulancia parándose junto al portal, cuando lo trajeron en camilla para que pasara en casa los últimos días de su vida.

Y dos años después de muerto, al destapar su féretro para meter en el mismo nicho a la tía Marta, fallecida en accidente. Sobre lo que había sido su cara, ahora irreconocible, bajo el blanco forro del ataúd, el pelo, su bonito pelo gris, que le había crecido algunos centímetros en la tumba.

CINCO MESES TERRIBLES

A los pocos días de ingresar en la clínica del Tibidabo, cuando los médicos que lo atendían nos dieron permiso, mi madre y yo fuimos a verle. La estampa era dramática. Estaba muy desmejorado y triste. El tratamiento de caballo al que le tenían sometido no le dejaba moverse apenas, y le costaba articular las palabras. Lo tenían aislado por temor a que pudiera contagiar su infección. Le estoy viendo en aquella pequeña habitación del primer piso y recuerdo el enorme esfuerzo que tuvo que hacer para salir a la raquítica terraza del cuarto para poder pasar un rato junto a nosotros.

Al llegar a Barcelona, cuando regresábamos del Santuario de los Ángeles, como militar retirado que era, se presentó en Capitanía para ofrecer sus servicios a la causa republicana, quedando a las órdenes del Estado Mayor para, en la primera ocasión que fuese necesario, poder reincorporarse al Ejército.

Los primeros síntomas de su terrible enfermedad se habían manifestado ya durante nuestra estancia en Ibiza, y últimamente la progresión de sus fiebres había hecho una gran mella en su extraordinaria fortaleza. Hasta que los médicos aconsejaron su internamiento en aquel sanatorio.

Al ver que su estancia en aquella clínica de pago se prolongaba mucho más de lo previsto, cuando mi madre vio agotadas todas las disponibilidades económicas que tenía, al llegar al fin de todos sus ahorros, no tuvo otro remedio que tomar una decisión trascendental: cambiarlo a un hospital público, que no fuese de pago.

Era un hospital municipal que estaba situado detrás del parque de la Ciudadela.

Lo llevaron allí una mañana para ingresarlo. Le adjudicaron una cama en la sala de los enfermos contagiosos, que albergaba a más de veinte pacientes.

Mi madre y yo teníamos que supeditarnos al estricto formalismo imperante en el hospital, y respetar sus horarios y días de visita. Durante los meses que estuvo ingresado allí, creo que no faltamos ni un solo día, ni una sola hora de las autorizadas, para estar a su lado.

Íbamos consumiendo la rutina hospitalaria, mientras mi padre empeoraba semana tras semana. El día que tocaba, por la mañana, mi madre preparaba la comida para nosotros dos, la metía en una fiambarrera y nos encaminábamos con tiempo suficiente hasta el parque de la Ciudadela. Allí, sentados en un banco de piedra, comíamos pronto y esperábamos el momento para entrar en el hospital de los primeros.

Fueron alrededor de cinco terribles meses... Al final, mi pobre madre tuvo que tomar otra decisión de las que rompían el alma: trasladar a mi padre a casa para morir.

Recuerdo que durante la mayor parte del tiempo que estuvo postrado en la cama, esperando a que llegaran los que tenían que enterrarlo, se produjo en casa una siniestra situación de la que yo fui el protagonista. Nunca supe la razón que me llevó a aquella especie de extraña paranoia, pero las visitas, los rezos, los lloros, los pésames de los que llegaban para compartir con mi madre el dolor que se respiraba por todo el piso, hacían que yo me partiera de risa, teniéndome que encerrar en mi cuarto para no dar el grotesco y raro espectáculo. Allí me pasé la mayor parte del duelo sin darme verdadera cuenta de la tragedia que vivíamos.

La guerra seguía; nuestro infortunio, también...

EL HOTEL RITZ...

Aunque parezca mentira, estábamos sentados a la mesa de uno de los mejores comedores del hotel Ritz de Barcelona, en plena Gran Vía, y comíamos con la vajilla y la cubertería de plata destinadas a los clientes. Era algo insólito vernos allí en plena faena.

Frente a la fachada principal se habían organizado unas tremendas colas para entrar en el hotel, y lo hacíamos con unos cupones que repartían los sindicatos a sus afiliados. A mi madre, que no perdió nunca el contacto con el suyo, la CNT, y que además era una activista destacada por lo de las funciones teatrales en el mismo frente, nunca le faltaron aquellos pases que nos permitían ir a comer en aquel lugar de lujos.

Ante la progresiva carencia de alimentos, la UGT y la CNT, las dos clásicas y potentes organizaciones sindicales, crearon lo que llamaban «Hoteles Gastronómicos», donde, casi por nada —no recuerdo bien lo que se pagaba por los

bonos aquellos— te daban de comer. En la gran requisita que hubo, las grandes fuerzas políticas de la revolución dominantes se apoderaron de las empresas privadas, y todos los hoteles famosos que había en la ciudad fueron puestos al servicio del pueblo.

Salíamos de casa pronto cada mañana y en plena calle de Lauria entrábamos en la larga cola, a la espera de que al mediodía nos llegara el turno. Era aquel, además, un lugar de encuentro, donde los amigos pertenecientes a las distintas actividades tenían ocasión de reunirse durante el tiempo que duraban los distintos turnos. Era como una hora de jolgorio continuo, movimiento de mesas, de sillas, voces, risas, gritos. El mobiliario y el resto de servicios eran los mismos que en las épocas gloriosas del hotel. La comida no era mala; generalmente confeccionaban un menú escaso, pero con el hambre que empezaban a sentir los estómagos aquella pequeña restauración sabía a gloria.

Poco duró la alegría. Era demasiado: tardaron sólo dos meses en clausurarlo.

¿ERA ABRIL, MAYO?

Los cantos guerreros, las algaradas, los movimientos de las masas con su expansión política, las huelgas, las banderas, la juventud enardecida, las armas en la mano, las consignas, los discursos improvisados en cualquier esquina, la anarquía dominante en los primeros meses de la revolución, no podían ocultar el trasfondo incierto y doloroso que se nos echaba encima a velocidad de vértigo.

¿Quién mandaba?, ¿el Gobierno establecido?, ¿los partidos?, ¿el anarquismo imperante?

Como he contado, la descomposición general se iba haciendo dueña de todo, llegando a presidir el paso de los días y de las horas. Nada era fácil. Detrás de la falta de los alimentos básicos empezaron a aparecer el fantasma del hambre y la amenaza de los bombardeos. Por los radios se hablaba continuamente de esa posibilidad. El miedo se colaba dentro de las casas y el pánico a las bombas se apoderó de la gente cuando la subsecretaría del Ministerio de Defensa empezó a pegar carteles por las calles de la ciudad, dando consignas y recomendaciones a los ciudadanos para el caso de que Barcelona fuese atacada por el aire. Esos carteles parecían pintados por un niño, pero impresionaban. Eran tristemente chuscos. En ellos, tres aviones volaban por encima de unas casas sobre las que arrojaban unos racimos de bombas que explotaban. Debajo de esos grafismos se podía leer algo así como que cuando se detectara la proximidad de la aviación enemiga, sonarían las sirenas. En ese momento lo más importante era conservar la calma y la serenidad, y actuar de acuerdo con las recomendaciones oficiales. De ser posible, había que abandonar las casas, salir a la calle, buscar sitios despejados y en caso de inminente peligro echarse al suelo protegiendo la cabeza y la nuca con las dos manos, y esperar sin moverse a que hubiese pasado todo. Al desaparecer el peligro sonarían de nuevo las sirenas,

anunciando la vuelta a la normalidad.

Pasado cierto tiempo, tal vez unos meses, sin que hubiese ocurrido nada, el ambiente, en lo referente a la posibilidad de que fuésemos bombardeados por la aviación de Franco, se había relajado. La mayoría de la gente pensaba que eso ya no iba a ocurrir nunca y que las energías había que dedicarlas a cosas más importantes, como la lucha generalizada contra el hambre, que ya se había apoderado sin piedad de todos nosotros.

DE NUEVO EL BUGATTI, ¡QUÉ CRUZ!

Pasaba el tiempo, con la línea de guerra lejos. Acompañé a mamá al depósito de cadáveres del hospital Clínico. Nos habían llamado diciéndonos que la tía Marta, la hermana de mi madre, se había suicidado tirándose a la calle desde el balcón de la casa donde vivía. En la puerta del hospital nos esperaban los dos hijos de la tía Marta, Antonieta y Juan, y juntos los tres entraron en aquellas téticas dependencias, mientras que yo, siguiendo las indicaciones de mamá, que quiso evitarme el desagradable espectáculo de la morgue, me quedaba merodeando por la calle, esperando la hora de volver a casa. Por lo visto, aquella mujer sufría trastornos psíquicos desde hacía tiempo y su estado podía hacer esperar en cualquier momento un desenlace como ése.

La muerte de la tía Marta, con la que, por cierto, no teníamos mucha relación, habría pasado a formar parte del triste anecdotario de la familia, si no hubiese sido por el Bugatti de mi padre, su coche deportivo. Coincidiendo con su grave enfermedad, cuando llevaba tiempo internado en aquella clínica de cerca del Tibidabo, el descapotable desapareció un día del garaje de la calle de la Unión, donde lo teníamos depositado, y no volvimos a saber más de él.

Recuerdo que muchas veces se había comentado en casa que su venta podía proporcionarnos un refuerzo económico para afrontar cualquier necesidad imperiosa que se nos presentara. No hubo lugar. Pasaron muchos meses antes de que mi madre, con su proverbial perseverancia, pudiera descifrar el enigma de la desaparición de nuestro deportivo. Juan, el hijo de la tía Marta, lo había vendido hacía tiempo, y se había quedado con todo el dinero, ya que mi padre lo tenía inscrito a su nombre temporalmente, para evitar el pago de una duplicidad de impuestos, que no pudo afrontar por la desaparición de las cantidades que dejó de percibir mensualmente de su familia, que estaba en la llamada zona nacional.

La necesidad imperiosa se presentó cuando mi madre tuvo que desistir de seguir manteniendo a mi padre en la clínica de pago de la Bonanova, y tomar la decisión de internarlo en el hospital municipal del parque de la Ciudadela.

Nunca vimos un duro de nuestro coche, tampoco quisimos saber más de esos mezquinos seres...

LOS DÍAS MONÓTONOS

A veces íbamos a ver a la familia, a pasear. Recuerdo que para llegar al Campo de la Bota había que andar mucho desde la casa de la abuela, que vivía en Pueblo Nuevo. Era un lugar de mala fama situado junto al mar. Allí cerca había un cuartel del Ejército y era el sitio donde los fusilamientos oficiales estaban a la orden del día. Era un trozo de la playa acotado por una larguísima valla de hierro. Decían que su arena olía siempre a sangre caliente. Como en el castillo de Montjuich, en el Campo de la Bota se ajusticiaba a cuantos salían mal parados de los continuos consejos de guerra que se celebraban en Barcelona. En esa parte de la costa, luego, la tremenda represión de la época franquista terminaría con la vida de más de mil quinientos presos, que fueron pasados por las armas en el mismo fatídico lugar.

Antes de la guerra era el sitio de baño destinado a los que no tenían medios para desplazarse fuera de la ciudad. Barcelona siempre fue una población que vivía de espaldas al mar. Fuera de la escasa playa de la Barceloneta, siempre abarrotada, en verano la gente se iba a las playas del Llobregat o a las cercanas al río Besós, las del Campo de la Bota. Aquélla era una playa larga, anodina, con el agua sucia, sin un lugar donde encontrar un poco de sombra.

Por aquellos días, cuando aún la guerra quedaba lejos, en verano, no fallaba: los sábados por la tarde, en casa de la abuela, se hacían los preparativos para ir el domingo a la playa. Se cocinaba para el día siguiente. La tortilla de patatas, los bocadillos de butifarra catalana, la fruta, entre la que no podía faltar la sandía de reglamento, y los ingredientes para la ensalada de turno formaban parte del menú del día de baño. Se abrían armarios, cajones, se sacaba y se metía ropa, zapatos...

Solíamos ir toda la familia: mi tío, mi tía, mis primas Nieves y Rosita, sus novios y yo. Además de las cestas con la comida y las bolsas con los trajes de baño y los albornoces, también cargábamos con una caseta de baño de las de la época, de las de lona a rayas, que llevaba la gente entonces para desvestirse, y con un toldo para que nos diera un poco de sombra, todo ello con sus palitroques correspondientes para sustentarlo.

Yo odiaba esas salidas a la playa, me echaba a temblar. En primer lugar, porque siempre me tocaba algo pesado que cargar, generalmente era la odiosa sandía, que no había forma de agarrarla. Después había que soportar la caminata de varios kilómetros para llegar al mar, distancia que a mis pocos años me parecía interminable, y por último estaba el miedo progresivo que se iba renovando en mí ante la llegada de cada una de las olas que se me echaban encima irremediadamente, como si fuesen grandes monstruos marinos.

De aquellos días evoco como puedo instantes de mi paso por la casa de la abuela. Siempre era lo mismo, por las noches cenábamos, y para postre mi tío me ponía en un plato dos grandes rebanadas de pan, rociadas abundantemente con el vino del porrón

casero y endulzadas con una buena ración de azúcar, asegurándome que aquello me daría fuerzas para llegar a ser un hombre.

Y veo a la Virgen. El miedo que me embargaba cuando entraba en mi habitación y veía a la Virgen de la Concepción, que, metida en una gran vitrina que estaba colocada sobre la cómoda, no me quitaba el ojo de encima y no me dejaba dormir tranquilo.

También me viene a la cabeza Yolanda, nuestra vecina. Una niña de mi edad, con la que jugando a papás y a mamás nos quedamos encerrados en el váter del piso, y tuvieron que llamar al cerrajero de turno para que pudiésemos salir. Y Rovattí, el padre de Yolanda, que esperaba en la escalera de la casa a que subieran o bajaran las niñas del colegio situado en la segunda planta, para tirarse pedos delante de ellas, provocando un formidable escándalo en la vecindad cada vez que lo hacía.

Capítulo VI

A vueltas con el pan

El general Mola, uno de los artífices del levantamiento militar, moría en un accidente de aviación el 3 de junio de 1937.

Hasta que aparecieron las cartillas de racionamiento, conseguir un poco de pan se convirtió en una tarea verdaderamente dramática para todo el mundo. La panadería de la calle de las Cabras era el centro de reunión más importante de todo el barrio y el lugar donde las peleas y disputas para llegar al mostrador antes de que se pudiera terminar el pan estaban siempre a la orden del día. Hasta que llegaron las colas. Las colas para todo. Fue un momento en que nada se podía conseguir sin hacer horas y horas de cola.

Recuerdo haber bajado a la calle al anochecer, donde ya estaba la gente dando la vez para cuando se abriera el despacho de pan a la mañana siguiente. Toda la noche, hora tras hora, en las largas jornadas de invierno, sentados en el sucio bordillo de la acera, calentándonos de madrugada con unos bidones rotos en los que se quemaban astillas y restos de madera de cajones y cestos que unos y otros traían del mercado para poder soportar el frío de aquellas horas y llegar a ser de los primeros en entrar en la panadería y conseguir la barra de pan reglamentaria que entregaban por persona.

Un día saltó la noticia de que en una calle cercana, la calle Duque de la Doncella, se había instalado una cooperativa de la CNT, en la que daban leche embotellada si demostrabas que eras vecino del barrio. Recuerdo la batalla campal que se armó durante horas y horas para poder conseguir un par de aquellas botellas. Creo que era la primera vez que llegaba a casa la leche embotellada, ya que hasta entonces, antes de la guerra, lo usual era ir a la lechería con la clásica lechera en la mano para que nos la despacharan recién ordeñada. El reparto de aquella leche en la cooperativa duró muy poco, como consecuencia de las broncas y disputas que se organizaban por conseguirla, pero en casa, por mucho tiempo, creo que hasta después de terminada la guerra, quedaron deambulando aquellas gruesas botellas vacías de cuello ancho, que se distinguían de todas las demás por el anagrama en relieve que había colocado la CNT.

La miseria en la que vivíamos y el desabastecimiento oficial habían llegado a tal punto que en algunos momentos se comentaba cómo en una ciudad de más de un millón de habitantes sólo se distribuían escasamente 300 000 litros de leche al día, y se sabía que de esa cantidad más de 150 000 eran agua pura.

LA SUBSISTENCIA...

Era la comisaría de Abastos la que se encargaba de repartir, previa presentación de la cartilla y el corte de los cupones correspondientes, los alimentos básicos, como aceite, azúcar, bacalao, tocino, garbanzos, jabón...

La tremenda escasez obligó a racionar igualmente el suministro de artículos como la gasolina o el tabaco, pero por otra parte esa misma escasez era el caldo de cultivo de un mercado negro que crecía día a día.

Apareció el estraperlo y propició la aparición de ese mercado negro que se fue desarrollando de una manera increíble. Se podía encontrar cuanto quisieras, pero con dinero, dinero que en casa faltaba la mayoría de las veces.

En medio de aquel marasmo, una tarde...

Mi pobre madre estuvo a punto de ser violada por aquel maldito sujeto, que había subido a casa a comprar un traje y unos viejos zapatos de mi padre, que ella vendía con la idea de recoger algo de dinero para poder comer ese día. Sus gritos subieron por el patio interior hasta el piso tercero. Cuando bajaron en su ayuda, Juana y Matilde la encontraron en la cama sollozando, muerta de miedo. Al entrar en el piso llegaron a tropezar con el individuo, que echaba a correr escaleras abajo.

Los actos heroicos se producían en cada casa y en cada momento. La guerra había entrado por puertas y ventanas, día a día se hacía mucho más difícil subsistir y la gente se las ingeniaba como podía para salir adelante y soportar la presión existente.

Todo el mundo se movía de un lado para otro haciendo trueques y cambiando cosas. Los que podían.

No sé bien cómo enmarcar cronológicamente el hecho que relato a continuación, pero creo que es lo suficientemente significativo de hasta dónde se podía llegar para soportar aquella tremenda situación que se estaba viviendo.

Mi madre, persona culta y refinada, que con su trabajo de actriz había recorrido medio mundo representando los más variados personajes y se había enriquecido intelectualmente del carácter de todos ellos, en esos difíciles días tuvo que interpretar en la viva realidad uno de los papeles posiblemente más duros de su vida.

La veo en casa, con su amiga Josefa, vecina nuestra, haciéndose, con una tela muy fuerte, un doble traje con compartimentos independientes entre sí. Josefa le había contado que unas conocidas suyas iban cada semana en el tren de madrugada hasta Tortosa a por arroz, que allí era fácil encontrarlo, y a buen precio, y que luego lo vendían en Barcelona mucho más caro, con una sustancial ganancia. El problema era la requisita oficial. La gente de la comisaría de Abastos recorría los trenes y esperaba en las estaciones para requisar todo lo que se transportaba sin permiso. Era habitual ver en la estación de Francia los altercados y broncas que se montaban cuando aquellos tipos registraban maletas y bultos a los viajeros que llegaban,

quitándoles a mansalva cuanto se les antojaba.

Había muchos que se organizaban y, en las paradas del tren, cuando se cambiaban las agujas para entrar en otras vías antes de llegar a Barcelona, echaban los bultos y los fardos por las ventanillas para que los recogiera gente que ya les estaba esperando. Todo se inventaba.

Durante muchas semanas vivimos de esos veinte kilos de arroz que acarreaba mi madre en el doble traje. Se levantaba a las cuatro de la madrugada para salir en el tren de las seis menos cuarto. Llegaba a Tortosa a las once y media y entraba en casa de regreso con sus veinte kilos de más, cuando ya había caído la noche.

HABLO MUCHO DE MI MADRE, PERO ¿CÓMO ERA ELLA?

Conversaciones, confidencias, datos contrastados han hecho que pudiera reconstruir un poco cómo fue su atribulada vida antes de que yo apareciera por este pintoresco mundo.

Se llamaba Nieves. A los 17 años la casaron. De una familia modesta oriunda del norte, afincada en Gerona, conoció a un industrial poderoso, uno de los dueños de la emergente fábrica Uralita, apellidado Alegrí, que se enamoró de ella, de su profunda belleza. Hubo matrimonio y tuvieron un niño. Se fueron a vivir a una zona residencial de la ciudad de Figueres, de donde procedían casi todos.

Al año de nacer Enrique, que así se llamaba el pequeño, el marido se enamoró de otra mujer, abandonando a la familia recién formada. Las tremendas circunstancias que concurrieron en ese momento se resolvieron con el secuestro del hijo y con un arriesgado viaje a Buenos Aires organizado por el desaprensivo marido. Temerario, el viaje, porque la intención del mismo fue deshacerse en aquella gran ciudad de mi madre, abandonarla a su suerte, huir, y recuperar una libertad mezquina.

Sin medios, sin la posibilidad de regresar, con el único patrimonio de su belleza, mi joven madre deambuló durante un tiempo indefinido, que yo nunca conocí ni quise saber, por la tremenda urbe, rozando todos los riesgos inherentes a una precaria situación como la que tuvo que vivir.

La casualidad la llevó a conocer a un hombre maravilloso, como ella siempre decía. Se trataba de un hombre de teatro, de un empresario importante que se debió quedar prendado de ella.

¿Beltrán era su nombre?

Por lo visto fueron grandes amantes. A su lado se convirtió en actriz y en una de sus compañías recorrió casi toda América del Sur, representando a las heroínas de un destacado repertorio de obras de los más famosos autores teatrales de la época y del teatro clásico.

En ese largo periplo, cruzó el estrecho de Magallanes, navegó por el lago Titicaca, subió al Machu Pichu, y a lomos de las llamas tuvieron que transportar

muchas veces toda la parafernalia de su teatro por la mismísima cordillera de los Andes. Fueron años de lucha por la supervivencia y en los que se iba forjando un ser maravilloso que, sin tener la mínima idea de ello entonces, tendría que afrontar el duro futuro que le esperaba.

ABRO OTRO PARÉNTESIS

Se me habían humedecido los ojos de la emoción cuando hace unos meses, en un viaje que hice al cabo de Hornos, atravesé el estrecho de Magallanes, visitando la bella ciudad de Punta Arenas.

Ante las nobles ruinas del Teatro Nacional, estuve a punto de llorar. Quedaba muy poco del teatro, tan sólo los capiteles que sostenían el frontal de la fachada. En aquel lugar, mi madre había trabajado duro, en su triste periplo americano.

VUELVO...

Mi madre nunca dejó de tener noticias de su hijo Enrique, ni de cuál era su situación en cada momento. Le sabía bien custodiado por la poderosa familia de su marido, y en lo que pudo, nunca le faltó a su hijo el calor de su cariño y la ayuda económica que en cada momento podía enviarle, y que desde España nunca fue rechazada.

Así creció Enrique, a cobijo de la orgullosa tía María, hermana del marido y matriarca del cónclave, que fue quien cuidó de él, preservándole en lo que pudo del vacío de la madre ausente. Al cabo de los años, cuando mi madre decidió volver a España, quiso recuperar a su hijo, pero ya era tarde. La aparición de mi joven padre en su vida, mi nacimiento... La larga y tremenda separación había incrustado fuertemente a Enrique en la familia Alegrí, y a partir de entonces la relación que mantuvieron los dos, madre e hijo, fue más bien un nexo de raras características.

Esta especie de melodrama viene a cuento por cuanto la intervención de mi madre fue decisiva en el destino de Miguel Estévez, un capitán del ejército que estaba casado con Catalina, una hija de la tía María. El capitán cumplía condena después de soportar un juicio sumarísimo por haberse sublevado en Barcelona, que lo llevó a estar encerrado en las mazmorras del castillo militar de Figueres con una importante condena encima.

SAN LORENZO DE LA MUGA

Esta historia también marca un tiempo algo nebuloso en mi memoria y me traslada a un pueblo cerca de la frontera con Francia, San Lorenzo de la Muga, donde paso unos

meses llenos de indefinición en compañía de mi madre, periodo al que intento dar coherencia aunando imágenes y recuerdos, como aquél, algo chocante, en el que ellos, la susodicha familia, a la hora de comer se zampaban las habas guisadas, mientras a mi madre y a mí nos tenían en la cocina dejándonos las pieles de las mismas habas como único rancho. O ver cómo cada semana mataban a una ternera en la calle, enfrente de la pequeña carnicería del pueblo, dándole un golpe en la testuz con un tremendo mazo de hierro. Hechos aislados que rescato de la memoria de niño agarrándolos como puedo, pero veo alejarse vertiginosamente hacia la nada.

A través de la intervención de Enrique, mi hermanastro, en una de las escasas visitas que éste le hizo a mi madre en los peores momentos de la guerra, la tía María nos vino a visitar a la calle del Hospital, para ofrecernos su ayuda. A la vista de la tremenda coyuntura por la que pasábamos, soportando el peligro constante de que pudiéramos ser bombardeados y la inseguridad en la que vivíamos, la tía María nos brindó la oportunidad de que fuésemos a pasar un tiempo en su casa de Figueres, donde gozaríamos de la tranquilidad que ofrecía una población alejada de todo el barullo que salpicaba a Barcelona.

Aquella invitación supina, tan generosa, por parte de la familia Alegrí, llevaba dentro una trampa zafia que iríamos descubriendo a medida que disfrutábamos de aquel sosiego envenenado.

Primero estuvimos en Figueres, donde la tía María tenía un negocio de ferretería en el mejor sitio de la ciudad, en plena Rambla. Allí debimos de pasar algo más de un mes alojados en su casa, que quedaba justo detrás de donde se encontraba la tienda. En ese tiempo, la familia empezó a desarrollar su maquiavélico plan. Sabedores de que mi padre, como militar destacado que era, había dejado a su muerte grandes amigos en el Ejército, fueron persuadiendo lentamente a mi madre, hasta conseguir que les acompañara a Madrid, con el propósito de que se personase en el Ministerio del Ejército y de que, a través de sus múltiples conocimientos, lograra la libertad provisional para Miguel, un oficial del ejército rebelde que estaba preso. Mi madre era incapaz de hacer algo así en su propio beneficio, pero se daba en cuerpo y alma a cuantos pudieran necesitarla.

Ése fue un tiempo de rosas en el que toda la familia Alegrí se desvivía por hacernos la vida agradable. Recuerdo a Catalina, la mujer del capitán, que se había entregado totalmente a nosotros y se esforzaba por conseguir todo lo que pudiera complacernos, que en aquellas circunstancias verdaderamente era muy poco.

Con las ímprobables gestiones que hizo mi madre, volvieron de aquel viaje optimistas, con la seguridad de que en pocas semanas Miguel quedaría libre, y mientras llegaba ese momento, nos trasladaríamos a San Lorenzo de la Muga, el pequeño pueblo anunciado, que estaba muy cerca de la frontera con Francia, donde toda la familia Alegrí tenía importantes propiedades y donde mucha gente pudiente de la rica comarca se refugiaba huyendo del desastre guerrero. Allí esperaríamos a que llegara el acontecimiento.

Recuerdo que en aquel pueblo llovía mucho. Pienso en la envidia que me producía ver a los chicos del lugar con unos zuecos de madera que calzaban los días de lluvia, zuecos muy bonitos que yo no me pude comprar nunca y que contrastaban con mis alpargatas, que se empapaban de barro. Y la pelusa que sentía al ver a los que iban en patinete o montaban en bicicleta, y a los privilegiados que llevaban en la muñeca un reloj. Y los que iban a la escuela, y aquellos a los que sus padres traían o llevaban en sus coches los fines de semana.

En esa espera, la familia Alegrí iba y venía desde Figueres, cargados de provisiones, las cuales era difícil encontrar en el pueblo, aparte de las frutas y verduras que crecían en los huertos de alrededor, o de la pequeña ración que te pudieran adjudicar de la ternera que se sacrificaba cada semana en plena calle.

Llegó el momento. Después de varias semanas de incertidumbre, una orden proveniente del Ministerio de la Guerra concedía la libertad provisional a Miguel, con el compromiso de presentarse cada semana al comité militar que regía el castillo de Figueres. A los dos días, el capitán llegaba al pueblo, acompañado de la mayor parte de la familia. Venía a descansar, a sacarse de encima el duro tiempo pasado entre los muros de la prisión. Miguel era un tipo afable y simpático, que hizo muy buenas migas con mi madre. Mil veces le agradeció su intervención por todo lo que hizo por él.

Casi todo en aquellos primeros días transcurría con suma tranquilidad, sin que para nada pudiéramos sentir la proximidad de la guerra ni sus efectos. Pero con la llegada de un par de amigos de siniestro aspecto, que se quedaron a vivir en la casa, todo empezó a cambiar. A la vez que allí se tramaba algo extraño con aquella gente, como un raro contubernio, la familia se fue separando lentamente de nosotros y poco a poco vimos cómo se iban cambiando las tornas a nuestro alrededor, y mamá, que siempre estaba dispuesta a ayudar en todo lo que pudiera ser necesario, se convertía prácticamente en una sirvienta más de todos ellos. El veneno anunciado empezaba a aflorar. Éramos muchos los que vivíamos allí, decían, necesitaban remodelar el acomodo de todos. Fue una excusa para mandarnos al último piso, a dormir en medio de un trastero lleno de muebles viejos y objetos extraños.

Se metían en el salón para charlar o tomar café y cerraban las puertas para que no oyéramos lo que hablaban. Como, según ellos, en el comedor no había suficientes sillas, mamá y yo terminamos comiendo en la cocina, con la fiel criada de la familia, que acababa de llegar de Figueres, lo que nos privaba de hacer comentarios íntimos y nos obligaba a comer todo lo que ellos dejaban. Llegamos a tener que soportar, entre muchas otras vejaciones, el cuento citado de las habas y sus vainas. Salían a pasear y no nos decían nada. Empezaron a no contar con nosotros y a considerarnos un lastre. Los muy cretinos nos ignoraban... Parecía que con su nueva actitud desearan que nos fuésemos de su lado cuanto antes.

Explotó la bomba una mañana. Todo quedaba claro. Habíamos ido a ese pueblo, cercano a la frontera con Francia, donde ellos se movían con cierta soltura, a

organizar la fuga de Miguel del bando republicano. Los dos sujetos extraños tenían preparada la huida y le acompañarían a lo largo de los ocho kilómetros de la muga hasta dejarlo en suelo francés. A los pocos días el capitán Miguel Estévez se pasaba por Irún a las tropas de Franco. Habían conseguido el propósito, dejando a mi pobre madre en la estacada. Ésa era la razón por la cual les estorbábamos en el último tiempo pasado en el pueblo. No querían que la tremenda argucia, tramada durante meses, quedara al descubierto frente a la ingenua artífice del asunto, mi madre.

Al poco, se fue todo el mundo de San Lorenzo de la Muga. Nos quedamos solos mi madre y yo, como otras veces. La historia de Enrique tiene un final triste. Después de sus escasísimas visitas a casa para ver a su madre, no supimos más de él. Habían pasado alrededor de veinte años cuando supe de su muerte.

Una semana más tarde tomábamos el tren que nos devolvería a Barcelona. Juntos, más unidos que nunca, de nuevo en nuestra casa, seguiríamos nuestra lucha por la subsistencia.

Entre la infinidad de cosas que llegué a hacer en ese tiempo de profunda dispersión, como en un relámpago, me veo por las tardes Ramblas arriba, Ramblas abajo, voceando, vendiendo periódicos. Recogiendo un poco de dinero para una pobre mujer que vivía de eso y a la que una artrosis galopante le impedía hacerlo... Creo que se llamaba María y que la conocimos en el hospital municipal, con su marido enfermo, postrado en la cama contigua a la de mi padre, y que murió al poco tiempo de ingresar. Venía ella a visitarnos a casa con frecuencia y en una temporada de crisis aguda de su dolencia, como casi no podía moverse, fui yo quien me hice cargo de su peculiar negocio.

HABÍAN PASADO ALGUNOS MESES...

Por las noches era muy frecuente que la gente se encerrara en casa para oír Radio Sevilla y seguir los comentarios que, sobre la marcha de la guerra, daba un general pintoresco que tenía un fuerte acento andaluz: era el general Queipo del Llano. Decían que era la emisión que se aproximaba más a la verdad sobre lo que iba sucediendo en el frente, ya que los partes de guerra oficiales que daban los dos bandos eran poco o nada creíbles.

Los vecinos de Madrid se refugiaban de los bombardeos donde podían, en los sótanos, en los andenes subterráneos del metro, cualquier cosa cubierta era aprovechada para protegerse...

Resulta curioso y merecería un análisis profundo encontrar un razonamiento que explicara el motivo por el cual las tropas franquistas, que habían llegado hasta las mismas puertas de Madrid cuatro meses más tarde de la sublevación, tardaron tres años en ocupar la ciudad...

¿Quiso Franco culminar su victoria dejando la entrada en la capital para lo último

de su hazaña guerrera? ¿Se había consolidado el ejército republicano lo suficiente para plantar cara al avance arrollador de las tropas sublevadas? ¿Fue el pueblo de Madrid que, unido, no se dejaba avasallar? ¿Las Brigadas Internacionales se habían posicionado en la Ciudad Universitaria, cerrando firmemente el paso hacia los barrios de Argüelles y Rosales, o es que la llegada de los Ratas, aviones que mandó Rusia en ayuda de la República, frustraron el avance?

Pasaban los días, mientras los emboscados de la llamada «quinta columna» trabajaban en la sombra a favor de los sublevados, el fragor de las bombas y de los cañones no cesó durante el cerco de la capital.

Hasta la caída de Madrid, que tendría lugar en marzo del 39, la gente andaba y se movía por la ciudad intentando simular que nada pasaba. Los espectáculos y la vida tenían lugar bajo el sordo rumor de la guerra, de aquellas luchas que se desarrollaban a la vuelta de la esquina, bajo el continuo ronroneo de los aviones. Los niños jugaban en la calle, aventurándose a ir cerca de las trincheras, junto a la línea de fuego; era para ellos como una diversión.

Muchos historiadores han atribuido la victoria de Franco, más que a sus virtudes castrenses y a la ayuda internacional que recibió durante la contienda, a la desorganización generalizada en el campo contrario, y a la patente incapacidad de sus adversarios para mantener una mínima eficacia en los niveles que requerían en aquellas circunstancias, la parte civil y bélica del mando republicano, la industrial y la alimentaria.

Si la República perdió la contienda fue porque una confusa amalgama política intentaba dirigir sin orden y concierto la marcha de la guerra.

EL FRENTE QUEDABA LEJOS, AQUÍ SEGUÍA TODO IGUAL...

A mamá le desapareció el reloj de oro. Era una reliquia que guardaba de su difunta madre, mi abuela. Emilia, persona amiga, pasaba grandes temporadas en casa. Un día, como muchos otros, se marchó para regresar a Banyoles, una localidad de la provincia de Gerona, donde vivía. Al ver que en su cajoncito, donde guardaba sus escasas reliquias, faltaba el reloj, mi madre tuvo un presentimiento. Se fue a la Estación de Francia a la hora de la salida del tren de Banyoles y se encontró con Emilia, que llevaba el reloj robado en la muñeca. Se lo quitó, retirándole la amistad que siempre le había profesado.

Emilia se acababa de separar de su marido y se encontraba bajo un duro tratamiento por una depresión profunda, en la que había caído desde entonces. Mi madre, paño de lágrimas, le abrió las puertas de casa y la ayudó a superar su crisis, presentándole a nuestro maravilloso médico Rumbau, que la tomó a su cargo como enferma. Por eso sus constantes visitas a Barcelona nos relacionaron mucho y prácticamente la considerábamos como si fuese de la familia.

En uno de esos viajes me fui con ella. Mamá salía en una *tournée* para hacer «bolos», y hasta la semana siguiente la compañía no tenía previsto regresar a Barcelona. Llegamos a Banyoles y lo primero que hice fue querer ver el lago. Era bastante grande, precioso, rodeado de frondosos árboles. La gente se paseaba en barcas de remos. Allí, decían que en plena guerra se había caído un avión del bando franquista en el mismo centro y nunca lo pudieron rescatar, porque era un lago con un fondo insondable.

Al caer la noche del primer día que pasé en casa de Emilia, tuve un miedo horroroso. Después de cenar, me fui a la habitación que me había preparado y al quedarme solo, ya metido en la cama, empecé a imaginar cosas horribles relacionadas con muertos y ataúdes. Sobrecogido por un pánico tremendo, me eché la sábana por la cabeza y empecé a gritar para que me sacaran de allí. Emilia apareció para tranquilizarme y me llevó a su habitación, ya que de ninguna manera me quería quedar solo en aquel cuarto.

El motivo de aquel desasosiego que me invadía fue la existencia de unos extraños baúles con forma de sarcófagos y ataúdes que había por los pasillos, en los que imaginé momias y muertos que saldrían de madrugada para venir a visitarme. Era una pesadilla en vivo. Acabé durmiendo con Emilia. De madrugada, cuando ya había conciliado el sueño, otra sensación extraña me puso los pelos de punta. No eran ni muertos ni momias; unos brazos me rodeaban y unos dedos resbalaban insistentes entre mis piernas y el calor de unas inmensas tetas me apretaba la espalda. Era Emilia la que me agarraba y me tocaba.

Al día siguiente había regresado a Barcelona, a casa de doña Encarna. Siempre guardé el secreto de lo ocurrido en este viaje a Banyoles.

¿El sexo? ¡Diablos con el sexo!

Capítulo VII

Los días se volvían grises

Lentamente, las tropas franquistas avanzaban por todo el territorio español.

Los aspectos más violentos del anarquismo y sus errores fueron patentes en la guerra dentro de la guerra que tuvo lugar en Barcelona.

Se seguía viviendo en el pecado original de la violencia, de las bombas y de las patrullas de control.

Estábamos aproximadamente en el ecuador de la guerra, cuando alguien avisó a mi madre, diciéndole que se avecinaban días complicados en Barcelona y que existía una confusión muy grande entre las distintas fuerzas políticas que mandaban en la parte republicana, pudiendo estallar de un momento a otro una fuerte lucha entre ellas, porque no se entendían.

A los pocos días de aquel aviso, la inquietud volvió a apoderarse de todo el barrio, porque era evidente que algo muy importante se estaba tramando en la ciudad. Las tiendas empezaron a cerrarse. La circulación de vehículos por las calles se hacía escasa, los tranvías dejaban de pasar por Las Ramblas y grupos de obreros enarbolando banderas de la CNT y de la FAI pasaban sin cesar por el Pla de la Boquería, gritando consignas de lucha armada.

Contemplábamos el espectáculo desde los balcones, cuando unos potentes altavoces que habían montado en un coche de grandes dimensiones interrumpieron la música revolucionaria, conminándonos a que nos metiéramos en nuestras casas y subiéramos todas las persianas que estuvieran echadas, mientras se nos amenazaba diciendo que se dispararía contra los balcones que no cumplieran esas ordenanzas.

De nuevo el pánico y la desesperación. Todos los vecinos nos reunimos en el piso del entresuelo para estudiar la nueva e inesperada situación que se presentaba. La potente UGT y las fuerzas de orden público, por un lado, y las del POUM, que engrosaban las citadas de la CNT y la FAI, se habían enzarzado en una tremenda e incomprensible disputa por el poder, que se iba a resolver a tiro limpio por todo el ámbito republicano.

El futuro inmediato que se nos presentaba no podía ser más dramático. Sin comida, sin electricidad, sin recursos, sin poder salir a la calle, pensando que en cualquier momento podíamos ser pasto de las bombas, con tiros por todas partes... Creo que sólo un milagro hizo que durante diez largos días y diez largas noches pudiéramos sobreponernos a tanta salvajada. Por si no tuviéramos poco con la guerra que se desarrollaba en los frentes de lucha, ahora se nos había metido otra dentro de

casa.

También se habían levantado todos los adoquines de la calle, para formar una nueva barricada desde donde se protegían y disparaban los grupos del POUM contra el campanario de la iglesia del Pino, que estaba ocupada por los componentes de una cercana comisaría de policía, individuos que estaban fuertemente armados y desde donde dominaban casi todo el Pla de la Boquería, en el centro de Las Ramblas.

Durante esos días los tiros no dejaban de sonar a todas horas. El fuego cruzado entre unos y otros era una constante en nuestra vecindad, en la que no parábamos de ir de un piso a otro para intentar ver desde los resquicios de los distintos balcones lo que estaba ocurriendo fuera. Nos reuníamos para hablar, para tranquilizarnos frente a la extraña pesadilla surgida. En medio de la tremenda escasez dominante, intercambiábamos cosas entre nosotros, comida, leña, prendas de abrigo, de todo salía en aquel improvisado cambalache. Todo el mundo hacía su esfuerzo personal intentando mitigar en lo posible aquella inexplicable situación.

Una mañana, al mirar a través de los cristales del balcón, me quedé fuertemente impresionado. En el centro del Pla de la Boquería había dos cuerpos inertes, caídos en el pavimento de Las Ramblas, que estaban rodeados de sendos charcos de sangre, y en la fuente situada junto a la calle de la Boquería, donde diariamente íbamos a buscar agua fresca con los botijos, un miliciano yacía muerto junto a su fusil.

¡LA HORRIBLE PESADILLA LLEGABA!

Aquella noche nos disponíamos a cenar. Debían de ser cerca de las nueve cuando mi madre ya tenía la mesa preparada. Había encendido la luz de lo que podríamos llamar «el comedor», aquel tétrico espacio de la parte de atrás del piso, junto al estrecho patio que compartíamos con la fachada posterior de la casa que daba a Las Ramblas. Yo ya estaba sentado a la mesa. Ella acababa de sacar la cacerola de la lumbre, repitiendo el milagro de cada noche; servir aquella sopa extraña de la que yo no sabía su composición, pero que fue, sin duda, uno de los pilares de mi tardío y fuerte desarrollo físico. Al cabo de un tiempo me enteré de que la base de aquel potente alimento que mi madre, aquel ser maravilloso, traía a casa de tapadillo para que yo no me enterara por temor a que pudiera rechazarlo, era una porción de carne de caballo prensada que le vendía una amiga del mercado de La Boquería, dueña de un importante puesto de carnicería caballar.

Debíamos de estar a media cena cuando, de pronto, una terrible explosión hizo temblar toda la casa. Con la violencia del inesperado estruendo, al levantarnos precipitadamente con el susto para refugiarnos en uno de los rincones del cuarto, volcamos por el suelo todo lo que había en la mesa, mientras todo se quedaba a oscuras y se producía una nueva y más grande deflagración. Abrazados en aquella esquina del piso, sin ver nada en absoluto, mi madre y yo permanecemos por un largo

espacio de tiempo sin saber qué hacer, pegados a la pared, aterrorizados, mientras las explosiones se iban sucediendo sin parar y todo temblaba a nuestro alrededor.

El terrible bombardeo debió de durar media hora, pero al terminar seguíamos en el piso sin atrevernos a salir de aquel rincón, hasta que, por fin, escuchamos voces y ruidos en la escalera. El desconcierto era general en el barrio y los vecinos bajaban atropelladamente hacia el portal, gritando, con velas en la mano, para reunirse en la calle y comentar lo sucedido. Había llegado el día. Barcelona era bombardeada por primera vez. La guerra alcanzaba a la retaguardia, a nuestras casas.

Por un parte transmitido al día siguiente, supimos que en aquel espantoso bombardeo no habían intervenido aviones. Parece que fue el crucero *Canarias*, que con sus potentes cañones intentó destrozar las instalaciones de la factoría Elizalde del paseo de San Juan, dedicada a la fabricación de material de guerra. Otros atribuyeron el ataque a barcos de guerra de la ayuda italiana. Nadie dijo si había habido víctimas, pero se sospechaba que aquellos proyectiles habían matado a muchos obreros de la factoría y a ciudadanos de su entorno.

El bombardeo de la factoría Elizalde puso en guardia a toda Barcelona. Al factor hambre se unía ahora el miedo a las bombas. Salir de casa se convertía en una aventura peligrosa, de insospechadas consecuencias. A toda prisa se empezaron a construir refugios antiaéreos y se acrecentaban los consejos oficiales, en espera de la aparición de los aviones de Franco.

Y los aviones llegaron, los bombardeos se sucedieron y el terror se apoderó de todos.

Los cazas rusos, los Polikarpov I-15, los famosos «Chatos», eran unos de los artífices de la aviación republicana, y aunque tuvieron gran influencia en la confrontación aérea con los FIAT italianos C-R 32, sucumbieron al aparecer los flamantes Messerschmitt B-F 109 y los Junkers que llegaban de Alemania.

Al sombrío panorama que vivíamos se sumaba el espanto de las noches, el temor a que sonaran las sirenas de madrugada y a quedar a merced de las bombas en la más absoluta oscuridad. Al principio, en el bar La Flor, debajo de casa, se reunieron los vecinos, intentando buscar la forma de protegerse del peligro que suponía seguir en los pisos, esperando a que cualquier edificio del barrio se desplomara por el efecto del lanzamiento de alguna bomba. Había quien decía que la estación del metro de Liceo, en el Pla de La Boquería, se podía utilizar como refugio; estaba cerca y en sus andenes era posible pasar la noche bastante resguardados. Otros opinaban que era un sitio que no ofrecía mucha seguridad, ya que estaba casi a nivel de calle y era fácil que pudiera penetrar una bomba que explotara justo encima.

«Antonio, hijo, la gente está muy asustada. Muchos de los del barrio han decidido ir a dormir al túnel de Vallvidrera, junto al Tibidabo. Es el sitio más seguro de Barcelona y hasta allí es imposible que lleguen las bombas... iremos con ellos».

Nos reuníamos al atardecer, llevábamos mantas y ropa de abrigo para pasar la noche. El metro nos llevaba hasta la Plaza de Cataluña y allí nos subíamos al tren de

Tarrasa y Sabadell, para bajarnos en la estación del túnel. En los bancos del andén y en el mismo suelo dormíamos cuando el tráfico de trenes se interrumpía durante las horas nocturnas, después de haber cenado lo que mi madre había podido meter en la fiambarrera aquel día.

Recuerdo el primer viaje que hicimos hasta allí, y la impresión que me produjo ver la gran cantidad de gente que había escogido la misma opción para protegerse. Los andenes estaban repletos.

Eran muchos aquellos a los que, como a nosotros, les embargaba el pánico. Las noches en aquella estación eran caóticas. El bullicio, el frío, la falta de espacio, la corriente de aire que circulaba por el túnel y la humedad reinante convertían el lugar en una especie de infierno, en el que era imposible disfrutar de un mínimo descanso.

Se sucedían los días y cada vez acudía más y más gente a ese refugio improvisado. Los últimos trenes llegaban repletos de hombres, mujeres y niños cargados de todo cuanto pudiera hacerles más llevaderas aquellas tristes horas de la noche. Incluso por los rincones se encendían pequeños fuegos para calentar la comida, y con los que paliar, además, la molesta temperatura reinante.

«Antonio —dijo mi madre—, a partir de mañana no volveremos. Si nos tiene que matar una bomba, será en nuestra casa. Esto no hay quien lo soporte más».

Empezamos a acostumbrarnos a las sirenas, al ruido de los aviones, a las bombas y a los cañonazos de la precaria defensa antiaérea. Pasaban los días, los meses, y convivíamos con el desorden, el miedo y la zozobra constantes. Cualquiera de esos elementos podía desatar en un momento dado horas de angustia en la ciudad. Salíamos de casa con la incertidumbre de no saber en qué momento empezaría el macabro espectáculo y si tendrías la fortuna de regresar indemnes al punto de partida.

No se estaba seguro en ningún lado. Lo que en un primer momento fue bombardear las fábricas de armas, las comunicaciones, los depósitos de combustible, las concentraciones militares, los transportes y todo lo que se pudiera considerar como objetivo de guerra, se transformó poco a poco en el deseo de minar cuanto más mejor la moral de todos los barceloneses, para obligarles a pedir el final de la guerra. Cualquier barrio, cualquier calle, cualquier sitio era un blanco válido para provocar muerte y desolación.

A medida que las tropas franquistas avanzaban sobre la mayoría de los frentes, los bombardeos se hacían más intensos y crueles. Al principio fueron los hidroaviones de la base de Pollensa, desde Mallorca, los que llegaban hasta la Ciudad Condal con su macabra carga. Sabíamos que uno de los comandantes de aquellas funestas escuadrillas tenía un apellido notable: Franco. Se llamaba Ramón Franco, hermano del gran dictador.

Luego fueron los aviones Heinkel y Dornier, de la Luftwaffe alemana, los mismos que arrasaron Guernica, los que continuaron con la «Gloriosa Cruzada», a base de bombardear nuestras cabezas.

Esa mañana las bombas habían caído en pleno centro de la ciudad, en la calle de

Duque de la Victoria, la zona residencial donde vivían Ernesto y Anita, parientes lejanos de mi madre y dueños de la tienda de juguetes El Nilo, donde pasado algún tiempo yo iría a trabajar alguna temporada como meritorio, término que quería decir «chico para todo», condición a la cual parecía estar predestinado en mi adolescencia.

Por lo oído en la calle, parecía que el desastre era importante. La gente decía que se habían caído varios de los edificios nobles de aquel sector y que había muchas víctimas. Alarmados por la noticia y por lo que les hubiera podido pasar a ellos dos, en cuanto sonaron las sirenas que anunciaban la gran ironía de que había pasado el peligro, salí a todo correr Ramblas arriba para ver la dimensión de lo ocurrido. Al llegar a la calle de la Puertaferriosa me encontré con que la circulación estaba cortada, que no dejaban pasar a nadie y que el polvo y el olor a azufre lo invadían todo. La confusión era enorme. La gente gritaba y corría hacia todas partes y el trasiego de las ambulancias y de los coches de bomberos, haciendo sonar sus estridentes sirenas, añadían más inquietud a la tétrica escena.

Aprovechando un momento de confusión logré colarme por entre la barrera de policías y seguir como pude hasta llegar a la calle del desastre. Las montañas de escombros, aún humeantes, me impedían continuar, pero desde donde estaba pude ver que aunque las bombas habían derribado varios edificios de la calle la casa de Ernesto y Anita seguía en pie, lo que en principio no era una mala noticia para nosotros.

Volvía sobre mis pasos, cuando, al llegar a La Rambla, sobre la tremenda inquietud que reinaba en la zona volvieron a sonar precipitadamente, con toda su intensidad, las señales de alarma anunciando la presencia de un nuevo bombardeo. Aún estaban ululando las sirenas cuando empezaron a oírse los secos estampidos de los cañonazos de las fuerzas antiaéreas, las cuales disparaban sobre unos aviones que ya estaban volando encima de nosotros con su runrún estremecedor.

Empecé a correr como un loco para llegar a casa. Ya había alcanzado la Rambla de las Flores cuando, de pronto, un ruido ensordecedor lo llenó todo, al mismo tiempo que el instinto de conservación me echaba al suelo boca abajo y hacía que me llevara las manos a la nuca. Al cabo de un momento de estar quieto, que me pareció eterno, llegó la terrible explosión. Y luego otra, y otra. Me di cuenta de que me había refugiado bajo uno de los puestos que tienen las floristas en ese tramo de Las Ramblas. Eché la vista alrededor, viendo que mucha gente estaba tumbada también en el suelo. Nos mirábamos unos a otros, aterrorizados, mientras el tremendo bombardeo continuaba y los proyectiles seguían cayendo cerca de nosotros.

Recuerdo que de pronto me levanté y seguí corriendo Rambla abajo. Muchos eran los que me gritaban para que me refugiara de nuevo. Busqué otra vez protección en otro de aquellos mostradores floridos y allí, acurrucado, permanecí sin moverme, muerto de miedo, hasta que cayó la última bomba y hasta que los aviones se quedaron mudos, el ronquido de sus motores desapareció y todo fue sustituido por un extraño e inquietante silencio, silencio latente, raro, que se prolongó un largo tiempo

hasta que las sirenas volvieron a anunciar que todo —¿todo?— había pasado.

Cuando llegué al portal de casa, mi madre estaba llorando. Sabía que el nuevo bombardeo había sido sobre el mismo sector que el de la mañana y estaba inquieta por mi prolongada ausencia.

De aquella brutal experiencia siempre me ha quedado presente la extraña sensación que producen las bombas al caer. Es un sonido que no se parece a nada. Se habla de un silbido. No, no es un silbido, es como un campaneo ensordecedor que entra por los oídos y que recibe todo el cuerpo, estremecido, a través de la piel. Repique de mil sordas campanas que se quedarán grabadas en el cerebro, y que, como tantos otros sonidos, se reproducirán mil veces en tu interior cuando los recuerdos de fuertes emociones pasadas te invadan. Así fue. Así es.

EL TEDIO...

Los días se hacían largos, larguísimos. Para mi madre las noches también eran eternas, no dormía bien, padecía fuertes insomnios que la tenían siempre inquieta. Sin embargo era una mujer inagotable, que sacaba constantemente fuerzas de flaqueza. Allí, en un rincón de la cocina, siempre que había ocasión, después de cenar —¿cenar?—, bajo la sombría luz de aquella bombilla de filamentos largos que apenas alumbraba, me enseñaba lo que podía. ¡Con ella aprendí tantas cosas! A mirar, a ver, a oír, a escuchar, a pensar...

«Mira y observa, Antonio, todo lo que puedas, y saca conclusiones de lo que te rodea, de las gentes, de las palabras, de las cosas... Así te harás un hombre».

Atrás había quedado el tiempo en que me enseñó a escribir y a leer y ahora sus lecciones eran otra cosa. Eran lecciones necesarias para crecer, para vivir, me decía. Lentamente, paso a paso, me iba transmitiendo toda su experiencia, sus estimables consejos, que tanto me tendrían que ayudar a lo largo de mi vida. Mi madre, en aquellas vigiliias nocturnas, vaciaba todo su saber en mí.

EL PALOMAR...

Llevábamos bastantes meses viviendo ya en el palomar. Desde la muerte de mi padre, ante la tremenda precariedad por la que pasábamos, tuvimos que abandonar el piso primero y subirnos a la última planta de la casa, por la que solamente pagaríamos treinta pesetas al mes. Era, como he dicho, una buhardilla de unos veinticinco metros cuadrados, con una pequeña habitación que acogería a mi madre y otro diminuto espacio, separado por un tabique, donde apenas cabía, una mesita, un par de sillas y un sofá —en el que yo dormiría largo tiempo—, un fogón y una pila. Como en los otros pisos, pero a menor escala, la galería interior y la «comuna» complementaban

todo lo que daba de sí aquel ínfimo refugio, cuyo acceso desde la escalera se tenía que hacer al aire libre, atravesando una parte importante de la azotea.

Allí nos instalamos mi madre y yo, y allí pasaríamos muchos años afrontando todas las vicisitudes que el destino nos tenía reservadas y que sin pausa se nos irían presentando.

Capítulo VIII

Se iban a cumplir dos años de guerra

Ciudades como Málaga, Bilbao y Santander ya habían caído en manos de las tropas de Franco, que seguían su imparable avance.

Con el tiempo, el hambre nos iba cercando con su manto cruel y despiadado. Todo escaseaba. No teníamos dinero. Los que lo tenían se habían marchado de España, yéndose a Italia, Francia, México, etcétera. Los trueques se habían generalizado. Se cambiaba ropa por alimentos y por cualquier otra cosa que se pudiera necesitar. Seguíamos viviendo entre colas para todo y por todo. Las familias se troceaban. Se llamaba a las quintas de reserva para reclutar a más y más soldados. Se formaban nuevas columnas que se mandaban a los distintos frentes. Los bombardeos se habían convertido en algo cotidiano y en el momento más insospechado podían sonar las sirenas anunciando el peligro que se cernía sobre Barcelona. Entonces, como he contado, todo se paralizaba durante ese tiempo y se formaba la terrible amalgama y ensordecedora composición de sonidos que se nos echaba encima y que se iniciaba con los disparos de las baterías antiaéreas, el roncar de los aviones, las bombas al caer sobre la ciudad, los silbidos y las explosiones, los coches y los camiones circulando hacia todas partes y las gentes despavoridas, corriendo y gritando de un lado para otro.

Después de aquella especie de infierno, se producía un largo *impasse*, y llegaba el silencio, un inquietante silencio que se prolongaba durante un tiempo que parecía eterno, hasta que el nuevo ulular de las sirenas nos anunciaba que todo el peligro había pasado, que ya se podía volver a la normalidad. Era aquella una normalidad circunstancial, que nos habíamos construido nosotros mismos, soportando minuto a minuto el cataclismo que nos rodeaba. Y en ese mundo vivíamos, acostumbrándonos a todo, hasta que en otro instante, en cualquier momento, un nuevo sonar de las señales de alarma nos diera verdaderamente la dimensión real del tiempo que nos había tocado vivir.

César Martín Luna era el coronel jefe de la Sección Aérea de Cataluña y había estudiado en la Academia Militar junto a mi padre. En aquella época, los dos fueron amigos entrañables. Cuando mi madre se enteró de que lo habían destinado a Barcelona, y que tenía su despacho oficial en un edificio de la parte residencial del paseo de la Bonanova, una mañana, haciendo uso de ese valor natural que ella siempre tuvo y luciendo lo que quedaba de sus mejores galas, fue a verlo para pedirle ayuda. Le dijo quién era y que su amigo Antonio había muerto hacía poco, que tenía

un hijo con ella, que era yo, y que pasábamos hambre.

A las pocas horas de haberse celebrado esa entrevista llegaba frente a casa un coche del Ejército del Aire y dos soldados nos subían al piso unas cajas llenas de alimentos y provisiones procedentes del Economato Militar. Fue providencial ese envío, ya que con parte de ese regalo mi madre pudo pagar importantes deudas que tenía contraídas con alguno de nuestros vecinos.

Según me contó mi madre, la visita a Martín Luna no pudo ser más cordial y afectiva. Emocionado, recordaba a mi padre y el tiempo pasado a su lado en la Academia Militar, y desde luego, según manifestó, no podía consentir que en el futuro pasáramos cualquier tipo de necesidad. Siempre podíamos recurrir a él para lo que fuese preciso. En la larga conversación que sostuvieron demostró un gran interés por mí y le hizo prometer a mi madre que yo iría a visitarle.

La noche anterior me había bañado como solía hacerlo cuando se terciaba y, para no faltar a la verdad, hay que decir que no era con la frecuencia necesaria. La gran incomodidad que representaba montar aquel improvisado tinglado necesitaba encontrar una justificación adecuada, como la que se presentaba ahora.

Aquello era como una especie de ceremonia de purificación integral. Un gran barreño, situado en el centro de la cocina, esperaba a que mi madre vertiera la olla de agua caliente que salía del ardiente fogón y que mezclaba con el agua fría del grifo de la pila, hasta conseguir la temperatura aceptable para realizar la faena. Allí, en pura pelota, con la ayuda de un estropajo y del famoso jabón Lagarto, mi madre se esforzaba para quitarme la mugre que mi delgado cuerpo llevaba acumulada desde mi lejano anterior baño.

Encima de la camiseta me puse el mono azul, que estaba recién planchado, y me calcé con unas alpargatas blancas que no estaban de mal ver y que mejoré bastante repasándolas con Blanco de España. Me ajusté un cinturón de cuero y después de besar a mi madre en el portal, me encaminé hacia la parada del tranvía que me trasladaría al paseo de la Bonanova.

Me costó mucho convencer al centinela de la Comandancia General del Aire de que me esperaba el gran jefe, y que acudía a una cita concertada. Todos me miraban incrédulos. No se podían tomar en serio que un mocoso como yo, vestido de aquella guisa, quisiera ver al coronel. Allí, en la garita, me tuvieron un buen rato, hasta que por fin apareció el oficial de guardia, quien después de hacerse cargo de mí me acompañó solícito por todas las dependencias de aquel organismo, hasta la misma puerta del despacho de Martín Luna, que ya me estaba esperando.

«Tú eres el hijo de Antonio... de mi amigo Antonio», dijo abrazándome.

Nos citó de nuevo. Quiso que fuéramos a verle otra vez. Estaba preocupado por lo que pudiera ser de mi futuro. Después de la larga conversación que había tenido la primera vez con mi madre, siguió haciéndome mil preguntas sobre lo que nos rodeaba y la forma en que vivíamos, y estaba seguro de haber encontrado una buena solución para mí. Yo no podía dejar pasar el tiempo como hasta ahora. Tenía que

hacerme un hombre, me dijo.

Sentados en su despacho, mi madre y él volvieron a hablar mucho del presente y de un pretérito ya muy lejano.

El Gobierno de la República fletaba unos barcos que trasladaban a muchos niños del régimen a Rusia, para evitarles seguir viviendo el duro trauma que estaban pasando en nuestra guerra. Allí, en Rusia, tendrían de todo, alimentos, educación, bienestar y un gran porvenir para los que quisieran quedarse.

Mi madre se negó a separarse de mí. Con esa actitud, yo no llegué a convertirme en uno de esos «niños de la guerra» que con el tiempo anduvieron perdidos por el vasto imperio de la URSS.

Infinidad de niños republicanos, unos cuarenta mil, hallaron refugio en la Rusia de Stalin. Esa llegada resultó para ellos mucho menos acogedora de lo esperado y con el tiempo se fue enrareciendo el ambiente en el que se desenvolvían, prolongándose para muchos su estancia en la URSS indefinidamente. Otros marcharon desde allí a La Habana, cuando fueron evacuados desde las mismas orillas del Volga, al producirse el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando esto escribo, me viene a la memoria uno de los viajes profesionales que tuve que hacer por Rusia no hace muchos años. Concretamente, cuando visité el estado de Georgia, en Tbilisi, su capital, donde celebramos una «Semana de Expansión» de nuestro cine. A lo largo de esos días, entre los muchos actos y recepciones a los que fuimos invitados, recuerdo con verdadera emoción la visita que hicimos a la Casa de España. Allí me encontré con un grupo de «niños de la guerra», tipos todos que ya habían cumplido los 60 años y que habían llegado a Rusia en aquellos contingentes que mandó la República en plena contienda, y que allí se quedaron para siempre, echando raíces indisolubles en aquel país. La mayoría, casados con mujeres rusas, con hijos nacidos por aquellas latitudes, ignorantes de nuestro mundo. Abrazados a nosotros, con lágrimas en los ojos y con la nostalgia a flor de piel, recordaban su origen y el momento en que abandonaron España y que debido a la gran guerra siguiente, en la que Rusia tuvo un importante papel, ya no pudieron regresar, quedándose allí por los días de los días...

«Hay otra magnífica alternativa para Antonio».

Martín Luna hablaba de una colonia en Premià de Dalt, localidad cercana a Barcelona, montada en un palacete requisado por la Generalitat de Catalunya a una familia muy conocida, que en los primeros días de la guerra había huido a Italia. Allí convivían solamente veintisiete chicos, procedentes de Madrid, todos ellos relacionados con gentes importantes muy vinculadas al Gobierno. Siempre hubo clases.

Mientras, muchos otros de aquellos niños se trasladaron a Rusia y se fueron con la idea de que no pasarían allí más de tres meses, ya que, según los que montaron

aquellas emigraciones, era el tiempo que habían calculado para el término de la guerra. Pero el destino quiso que la mayoría de ellos se quedara allí toda la vida, como he contado. Luego el régimen comunista de Stalin no les permitió volver a la España de Franco, formaron familias y allí estuvieron el resto de sus días. Más tarde se desató la guerra europea, donde murieron muchos de ellos luchando contra la Alemania nazi. A otros fue el hambre que invadía media Europa lo que los mató.

Los niños de la guerra, en las ciudades beligerantes, crecimos sin estudios, sin buenos alimentos, entre incendios, asaltos, saqueos, gritos, ejecuciones, uniformes, discursos, movimientos de tropas, banderas, convoyes militares, aviones en el cielo, bombas...

Sólo los del campo, lejos del frente, los de las montañas y los pueblos pudieron tener una niñez tranquila. Cuidando ganado, huertos, disfrutando de la placidez remota, a donde apenas llegaba el eco de las crueles batallas.

Ése fue el primer tiempo pasado en el pueblo de Premià de Dalt, donde estaba la colonia, destino aquel que cambió sustancialmente mi vida.

Capítulo IX

El cambio

En el Cantábrico ya no quedaba ningún reducto republicano. Las tropas de Franco seguían su avance imparable.

A través de la ventanilla trasera de un pequeño coche Fiat Balilla veía pasar el paisaje que me trasladaba a la colonia. Mi madre, con lágrimas en los ojos, me había dejado en las oficinas de la Asociación de la Protección de Menores para que me llevaran a Premià de Dalt. Una llamada del amigo de mi padre lo resolvió todo. Ingresaba en aquella especie de residencia en la que pasaría el último año de la guerra.

Recuerdo mi llegada a la explanada del jardín, que fue en un cálido anochecer, y el recibimiento del que fui objeto por parte de todos los chicos que la habitaban. Junto a ellos estaba Charito, la directora del centro, de la que iré hablando a lo largo de esta historia.

Durante un tiempo yo fui la novedad de la colonia. Me sentía como un bicho raro en medio de aquel mundo nuevo que aparecía a mi alrededor.

«¡Viene de Barcelona!», decían.

Efectivamente, yo era el único chico que llegaba de Cataluña, todos los otros, como ya nos dijo Martín Luna, eran de Madrid y procedían de familias destacadas del régimen que, como en mi caso concreto, habían utilizado sin ningún pudor las prebendas que, en todo tiempo y latitud, brinda la influencia de los que más pueden. Referencia que viene al caso por cuanto, cerca, muy cerca de nuestro palacete, en un lugar situado en el kilómetro 5 de la carretera que unía, y une, los dos Premià, el de Mar y el de Dalt, había una residencia con más pinta de asilo que de otra cosa, que acogía a unos doscientos muchachos residuales de toda España, quienes, apiñados en unas naves improvisadas en aquel centro, sobrevivían como podían a los desastres que la guerra les había deparado.

Me llevaron a los dormitorios, que estaban en el tercer piso del edificio. Eran unas habitaciones espaciosas, limpias, en las que no había más de tres camas y que tenían unos armarios grandes, empotrados, donde guardar las pertenencias. En una de las esquinas del piso, junto a la escalera principal, estaban los aseos, ¡aseos con bañera y váter! El uso continuado de aquella letrina de la vieja casa de la calle del Hospital me había hecho olvidar la existencia de otras alternativas de diferente nivel estético.

Fue difícil dormir la primera noche, y la segunda, y las siguientes. La perspectiva del tiempo incierto que debía pasar allí, alejado de mi madre, me hizo caer en una

tremenda depresión, cuya única salida a mi alcance era la de escaparme y regresar a casa, huir rápidamente de aquel lugar y volver a Barcelona. Pero tenía que esperar el momento para poder hacerlo.

Durante días y días viví con la obsesión de aquella marcha, hasta que una mañana, después de varias semanas de estar allí, cuando ya no me podía contener más y estaba a punto de abandonar, Gregorio, el mayor de todos nosotros, vino a buscarme al jardín para decirme que en la puerta del garaje estaba mi madre, que había venido a verme. Como una exhalación salí a su encuentro. Así era. Junto a la puerta del garaje dos personas esperaban de pie. Me detuve un momento, incrédulo. Mi madre me miraba y extendía los brazos hacia mí. Junto a ella, Encarnita, que la había acompañado en el viaje. Volví a correr, al llegar nos fundimos en un largo y emocionado abrazo que pareció eterno. Lágrimas, cariño, amor, ternura, de todo hubo en aquel encuentro.

LAS LARGAS HORAS...

Me costó mucho adaptarme a la vida de la colonia. Prácticamente yo no me había separado más de una semana seguida de mi madre y la estancia en Premià se me hacía insoportable y, como contaba antes, en aquel primer tiempo sólo pensaba en escaparme y volver a Barcelona con ella. Empezaban a correr los días y no sabía qué hacer. No terminaba de integrarme entre los veintisiete chicos que componían la comunidad y andaba siempre triste y taciturno por el inmenso jardín de la finca, esperando el momento de largarme de allí. Pero no pude hacerlo, o no me atreví. Me faltaron los medios esenciales para marcharme.

Muy lentamente, el tiempo, esa medicina que lo cura todo, empezó a hacer su trabajo hasta conseguir que yo me sintiera uno más y tomara parte activa en la cotidianidad diaria del centro. A eso ayudaron mucho las esporádicas visitas que me hacía mi madre, que nunca estuvo más de dos semanas sin venir a verme, y la aparición de los tres hermanos Román, llegados de Madrid, con los que me relacioné mucho. Sobre todo con Pepe, que tenía más o menos la misma edad que yo. Los Román eran hijos de un comandante que estaba preso en la capital, y gracias a la ayuda de uno de sus compañeros de carrera consiguieron que los trajeran hasta Premià.

Todo era monótono en aquel lugar. Poco antes de que yo apareciera por la colonia, se había largado furtivamente una pareja de profesores que por las mañanas daban clase de educación elemental a todos los chicos, y los sustitutos que había designado el Departamento de Cultura de la Generalitat y que debían ocupar aquellos puestos vacantes no llegaron a hacerlo nunca. Siempre nos quedamos a la espera del cambio. Fue una triste asignatura cuya solución quedó pendiente durante el tiempo de mi larga estancia allí.

En las parcelas del jardín los muchachos habían plantado pequeños huertos y casi cada uno tenía el suyo: verduras y hortalizas que, cuando la camioneta de la intendencia se retrasaba en abastecernos, en más de una ocasión nos habían resuelto el problema de qué comer.

Pasaban los días y todo seguía igual. Me estremecía cuando desde lo alto de la colina cercana veía a lo lejos a la aviación franquista bombardeando Barcelona, y pensaba en lo que estaría pasando mi madre en aquellos momentos. Eran días en los que se renovaban mis deseos de escaparme de nuevo...

Estuve alrededor de quince meses en aquel centro. El tiempo parecía no pasar. Por las mañanas practicábamos algo de gimnasia, siempre teníamos libros para leer — había una biblioteca bien nutrida— y de cuando en cuando, muy de tarde en tarde, a modo de clase, la directora Charito nos daba charlas sobre alguna de aquellas obras literarias. Desde la desaparición de los maestros, ésa era la única parte pedagógica que dábamos y a la que no era obligatorio asistir, por lo que la mayoría de nosotros pasábamos de ese tipo de clase y nos dedicábamos a otras cosas.

Dormíamos largas siestas y cuando llegaba la noche, después de cenar, solíamos jugar en plena oscuridad a guardias y ladrones. Formábamos dos bandos y nos escondíamos por el jardín y el quid del juego consistía en descubrir en su escondite a todos los contrarios, y el que quedaba el último, ganaba.

En ese pueril juego debí empezar a formar mi carácter, ya que cuando se terciaba, subido a las ramas de un árbol, podía quedarme quieto, sin moverme, como si fuese un tronco más, tiempo y tiempo, hasta la rendición por cansancio de todos los que me buscaban.

Esperábamos con ansiedad a que llegara el domingo. Era el día en que nos quitábamos el mono azul de mecánico que solíamos llevar casi siempre, para ponernos el uniforme de lujo, que consistía en una camisa blanca, limpia, y un distinguido pantalón corto de color *beige*. Con esa indumentaria nos íbamos al cine de Vilassar de Dalt, un pueblo que estaba a unos 6 kilómetros del nuestro. Era un desahogo poder disfrutar de aquellas sesiones cinematográficas y de las excursiones que hacíamos por el camino de la Virgen de la Sisa en aquellas tardes... Aunque siempre el sonido de lejanos cañones se repitiera, con su eco, de montaña a montaña.

En la época de calor nos bañábamos en unas balsas que acumulaban agua para el regadío, baño al que yo me sentía reticente, renovando los malos ratos pasados en el Campo de la Bota con mis tíos. Hasta pasados muchos años no me reconciliaría con el agua que no proviniera de un grifo.

Como en teoría en la colonia teníamos de todo y en Barcelona no había de nada, con mi cómplice Pepe Román, siempre que se podía, arramblábamos con el jabón de los baños y lo guardábamos, a la espera de que viniera mi madre a visitarme para dárselo. Lo mismo hacíamos cuando Gregorio, que era el encargado de la despensa, se distraía y podíamos agarrar de los sacos algunos puñados de judías o garbanzos, que metíamos en la bolsa que siempre acompañaba a mi madre.

LAS HORAS, LOS DÍAS, LOS MINUTOS...

Me cuesta creer que ninguno de nosotros, en la nueva aventura, tuviera un grave accidente con el invento.

El pueblo de Premià de Dalt, donde estábamos, distaba del de Premià de Mar unos 5 kilómetros de una moderada cuesta, llena de suaves vueltas y revueltas que conducían hasta la costa.

Un día apareció Guillermo, que regresaba de un rápido viaje a Madrid, trayendo consigo unas ruedas metálicas pequeñas, llenas de bolitas de acero. Eran, según dijo, cojinetes de los que se montaban en los motores. Esas ruedas aportaron una gran novedad a nuestra tradicional rutina diaria. Con ellas colocadas en una especie de plataforma de madera que nos pusimos a construir, tendríamos un cachivache con el que podríamos bajar por la carretera hasta el mismo mar. Para frenar, inventamos una especie de cruz giratoria de la misma madera. La instalaríamos en la parte delantera y en sus extremos clavaríamos unas suelas de goma, de las de las viejas alpargatas, que se colocarían detrás de las mismas ruedas: al apretarlas con los pies, conseguiríamos dominar la velocidad del cacharro a nuestro gusto, además de poder girar fácilmente en las curvas.

Al poco, diez o doce plataformas de aquellas circulaban carretera abajo a toda velocidad ante el asombro de toda la comarca. En cada una cabíamos uno o dos de nosotros, pero lo ideal era cuando uno solo se tumbaba encima, bien estirado, y hacía suya la sensación de velocidad que se alcanzaba al deslizarse por la cuesta. La experiencia de la bajada compensaba de sobra el esfuerzo de tener que arrastrarla luego cuesta arriba tantos kilómetros. Nunca se supo luego cómo, después de las de Guillermo, aparecieron entre nosotros las otras mágicas ruedas que tanto juego y diversión nos dieron a los demás con aquel descubrimiento.

Como todo se acaba, la aparición del alcalde de Premià de Dalt por la colonia y su reunión con nuestra Charito del alma zanjaron el asunto definitivamente. Quedaba absolutamente prohibida la circulación de las carretillas por todos los caminos. De nuevo el aburrimiento... A lo lejos seguía el rumor de las bombas que rompía de cuando en cuando el silencio del campo.

LOS CACAHUETES...

Nos habían castigado duro por la historia de los cacahuetes. Aunque el verdadero terror de la comarca y de los campesinos de aquella zona eran los doscientos chicos de Can Llull, que diezmaban los huertos y los árboles frutales en sus correrías diurnas, nosotros, los de la colonia de Can Balet, aunque éramos solamente veintinueve, no les andábamos a la zaga.

Un día apareció «el Perla» y nos dijo que, pasada la torrentera que lindaba con la parte este de la residencia, había un gran huerto de cacahuets, y que si nos interesaba el asunto, era el momento de «recogerlos». Dicho y hecho: allí nos fuimos unos cuantos. Después de una gran caminata, llegamos al sitio. Saltamos la valla y al descubrir el huerto nos quedamos defraudados al no ver por ninguna parte los cacahuets plantados.

«No seáis burros. Los cacahuets están debajo de la tierra, son las raíces de esas matas plantadas y hay que arrancarlas para poder hacerse con ellos».

Yo no sabía aquello de las raíces, pero enseguida lo aprendí. Sacudiendo la tierra, nos íbamos llenando las pecheras de los monos que vestíamos con los cacahuets arrancados, para después volver a plantar la mata en el mismo sitio que había estado. Cuando ya no pudimos cargar encima más cacahuets, regresamos a la colonia, dejando el huerto aparentemente igual que a nuestra llegada, sin que de momento se notara demasiado el estropicio producido.

Fue a los pocos días cuando Charito, la directora, nos reunió a todos para decirnos que se había presentado en su despacho el dueño del huerto de los cacahuets, para contarle lo que había pasado. Las matas, sin sus raíces, se habían muerto todas, y sabía que un grupo de nosotros éramos los culpables de aquel desastre.

Nunca nos enteramos de quién fue el chivato que nos delató. Pero el castigo que tuvimos que purgar todos los que participamos en la descubierta fue tremendo, desproporcionado. La entrada principal al parque de la colonia estaba situada al final del espléndido jardín y daba a una rambla por la que solía bajar en los días de lluvia un verdadero torrente de agua proveniente de las montañas que circundan esa parte del Maresme. Allí, a lo largo del tiempo, se había acumulado un grandioso montón de tierra y porquería, en el que convivían bichos de todas clases. Se trataba de limpiar aquella entrada, trasladando el tremendo estercolero a la parte de atrás del edificio. Para ello podíamos utilizar dos viejas carretillas, unas cuantas palas y, si fuera necesario, según ordenó Charito, limpiaríamos con nuestras propias manos lo que hiciese falta. Ése era el castigo. Recuerdo que, al primer golpe de pala, removiendo aquel estercolero, empezaron a salir gusanos de todos los colores, formas y longitudes, y ratas asquerosas, grandes como conejos. Vómitos, náuseas y dolores por todo el cuerpo constituyeron el estreno generalizado de cuantos nos vimos envueltos en la primera jornada de aquella inusitada penitencia. Mientras pasábamos aquel calvario, eran frecuentes las visitas del dueño del huerto, que pasaba ratos divirtiéndose con nuestros sudores.

Trabajando sin demasiado descanso, al cabo de una semana habíamos dejado la entrada limpia como una patena, pero durante el resto del tiempo que estuvimos en el pueblo de Premià, como venganza, en aquel huerto nadie pudo plantar ni una sola col más. Los de la colonia, confabulados, lo íbamos arrancando todo.

UN DÍA NOS LEVANTAMOS Y...

Se habían marchado todos: Charito, el padre, la madre, las hermanas y Alejandro, el hermano menor de nuestra directora. Esa parte de la familia se afincó en la residencia desde su inauguración, cuando el Patronato de Menores de la Generalitat de Catalunya nombró a Charito directora del centro, circunstancia que aprovecharon sus parientes más cercanos, que vivían en Barcelona, para instalarse en nuestro palacete, huyendo de esa forma de las calamidades que ofrecía la larga guerra. Se habían distribuido por toda la primera planta de nuestro bonito edificio, en donde se pasaban los días y las horas entregados al más perfecto ocio.

Ese día lo debían tener planeado a la perfección. Por lo visto, a media noche, cuando todos dormíamos en nuestras habitaciones del tercer piso, aparecieron unos coches que vinieron a buscarlos. Cargaron en ellos todas las pertenencias estrictamente personales, abandonando todo lo que no les cabía en los vehículos. Y nadie sabía cuál era su destino. Nunca más los vimos. Supimos algunos detalles de esa huida furtiva por los colonos de los propietarios de la finca, que vivían en una nave situada en la parte baja del parque. Por lo oído luego, parece ser que la posición política de Charito y su compromiso con el régimen republicano propiciaron aquella escapada ante la amenaza que suponía para ella y su familia la proximidad de las tropas de Franco, con su inexorable avance hacia Barcelona, y las posibles represalias de que pudieran ser objeto.

Era una familia que no tomaba partido en nada de lo concerniente a la vida cotidiana que desarrollábamos en la colonia. Se pasaban la mayor parte del tiempo viajando, metidos en sus habitaciones, paseando por los jardines o leyendo libros de la espléndida biblioteca que estaba instalada en una de las alas del edificio, cuyo acceso estaba vedado para nosotros y que pertenecía a la familia Balet, propietaria de todo aquello, y era Charito, la joven y guapa Charito, la que se encargaba de todos nosotros y la que nos mantenía a raya. Recuerdo que tenía mucho carácter. A mí me gustaba Charito, y de alguna forma notaba que conmigo tenía un trato algo distinto al que dispensaba a la mayoría. Su sonrisa me tenía cautivado y era la única persona a la que me gustaba tratar de todos ellos. Por las noches me la imaginaba durmiendo desnuda en su cama...

Nos habíamos quedado huérfanos. Aquella marcha inesperada nos dejaba solos. No nos dábamos cuenta de lo que se nos venía encima. Tuvieron que pasar dos días de verdadero desconcierto hasta que reaccionamos. Necesitábamos que alguien se erigiera en jefe, que siguiera organizando nuestra vida como hasta entonces. Tenía que cuidar de que no cundiera el pánico entre nosotros, de que se hiciera la comida, de que se limpiaran las instalaciones, de que respetáramos los horarios, de que se racionaran las existencias de comestibles... Recuerdo cómo, entre otras cosas,

terminamos el saco de garbanzos de Negrín —nombre del presidente del Gobierno—, llamados así porque la mayoría de ellos tenían incluido un asqueroso bichito negro dentro.

Gregorio, con sus 16 años, era el mayor, y a él nos confiamos el resto. Pero ¿hasta cuándo? Abandonados a nuestra suerte, esperaríamos. ¿A qué esperábamos? Así pasaron como tres semanas...

UNA MAÑANA...

Todo estaba en silencio y parecía como si el tiempo se hubiera detenido. Era una situación extraña. Caminábamos por el patio mirándonos unos a otros, desconcertados, sin saber bien lo que pasaba. Desde hacía días ya no se oía el cañoneo aquel que siempre retumbaba en las montañas del Maresme, como un eco repetido que empezó a percibirse desde el inicio de la cruel batalla del río Ebro, cuando las tropas de Franco querían cruzarlo y las fuerzas republicanas se lo impedían.

La batalla del Ebro fue un enfrentamiento cruel, en el que prácticamente se determinó el resultado de la guerra. En ella luchó lo mejor de la juventud catalana, obreros, campesinos, individuos de toda condición que querían salvar al país del impetuoso fascismo que nos invadía, una juventud que tuvo que ir a las trincheras a matar y a que la mataran, gentes que soñaban con una vida digna y próspera.

Fue el episodio más sangriento de la Guerra Civil, duró cerca de cuatro meses. Más abajo, cerca de Tarragona, en la sierra de Pándols, hubo un enfrentamiento feroz, convirtiéndose aquel campo de lucha en un cementerio al aire libre, porque muchos de los soldados que se dejaron la piel en aquel camposanto se quedarían allí para siempre, sin enterrar, deshaciéndose a la intemperie, bajo el implacable sol y la caprichosa lluvia.

Desde hacía dos o tres días había cesado el paso de los que huían hacia Francia, ese paso que parecía interminable en el último mes, a causa de los que escapaban del frente abandonándolo todo: fusiles, munición, machetes, bombas de mano, uniformes y todo cuanto pudiera aligerar el peso de aquella fatigosa marcha, que terminaría para muchos en la misma frontera de La Junquera, abandonados a su suerte.

Era un espectáculo insólito ver cómo aquella gente atravesaba campos y caminos, fatigada, casi sin fuerzas, andando como sonámbula hacia un exilio forzoso que, sin saberlo entonces, la tendría atenazada durante varios años en los tremendos campos de concentración de nuestra vecina Francia. Muchos fueron los reclutas que, antes de terminar el servicio militar obligatorio, se tuvieron que incorporar a filas para intervenir en la contienda y que al final de la guerra permanecieron varios años más recluidos en los inhóspitos campos franceses, esperando la hora de volver a casa, perdiendo de una u otra forma, bajo la tutela de las armas, cerca de ocho años de su

mejor tiempo de vida.

Íbamos por los campos recogiendo el material abandonado y nos lo llevábamos al campo de tenis de la colonia, donde se clasificaba por materias. Los fusiles se colocaban a un lado junto a las armas cortas, en otro montón las municiones, y en una de las esquinas depositábamos lo más peligroso, las terribles bombas de mano llamadas «piña», nombre que adquirían por su forma semejante al fruto de los pinos. Los uniformes, los correaes y el resto de elementos abandonados los almacenábamos en la nave que estaba junto a la alberca, mientras nos divertíamos montando hogueras con las cajas de las mechas abandonadas que eran utilizadas por la artillería para la ignición de sus cañones.

Nunca pude imaginar cómo no llegó a ocurrir una tremenda desgracia en aquel campo de tenis lleno de material explosivo, mil veces manipulado por nuestras inconscientes manos y por nuestros poco desarrollados cerebros adolescentes. Pero, afortunadamente para todos nosotros, nunca pasó nada.

La masa humana, alrededor de medio millón de republicanos, que salió desesperadamente entre el 27 de enero y el 12 de febrero desde España hacia Francia y que fue a parar a los campos de internamiento habilitados cerca de la frontera, produjo en el sur de nuestro país vecino una hecatombe de proporciones considerables. Ese aluvión de seres humanos cansados, desnutridos, enfermos, desarraigados, tuvo que convivir durante mucho tiempo en condiciones extremas... Soportaron toda clase de inclemencias, frío, epidemias, necesidades...

Se dieron casos de verdadero heroísmo, como el de Elisabeth Eidenbenz, una maestra suiza que fundó una maternidad en la población de Eina, desde la que atendía a las parturientas de los campos de concentración. Su inigualable ayuda fue el «triunfo de la vida sobre la muerte». Bajo su manto protector nacieron en los años que duró el tremendo exilio más de cuatrocientos niños.

Desde Premià se oyó el bombardeo. Había sido por la noche, doscientos y pico muertos y más de seiscientos heridos fue el resultado de una incursión aérea de unos cuantos aviones italianos Savoia S-79 sobre la población de Granollers, próxima a Barcelona. Fue aquel un ataque sobre una población civil absolutamente desprevenida e indefensa.

Capítulo X

¡Ahí estaban ya!

Había caído Barcelona. Los nacionales seguían su avance hacia la frontera. Entraban en Madrid. Se acercaba el final de la guerra.

Un zumbido sordo empezó a oírse. Un zumbido grave que rompía el silencio de aquella mañana expectante, distinta. Sabíamos que las tropas de Franco habían ocupado la ciudad de Barcelona desde hacía tres o cuatro días y no teníamos ni idea de lo que iba a pasar por aquella zona. Andábamos perdidos sin saber qué hacer. Cerramos la cancela de la entrada y empezamos a matar el tiempo dando vueltas y vueltas por los jardines de nuestra residencia, esperando a que pasara algo. El día anterior los aviones habían bombardeado Premià de Mar, destrozando la estación de tren y la vía férrea, seguramente para dificultar la retirada de los que escapaban hacia el norte. En ese terrible bombardeo murió gente inocente, que no pudo salvar su vida por unas pocas horas, ya que al día siguiente, de no haberse producido la injusta masacre, para ellos la guerra habría quedado atrás.

El zumbido fue cobrando mayor intensidad y se iba quebrando, dividiéndose en muchos otros ruidos distintos, producidos por una desconocida masa que se acercaba, arrolladora, hacia nosotros. Motores, gritos, músicas, canciones guerreras salidas de potentes altavoces desafinados empezaron a invadirlo todo. Por todas partes aquel aparato guerrero se esparcía ocupando caminos, carreteras, ramblas de lo que hasta entonces había sido nuestro pequeño y tranquilo mundo de esparcimiento.

Nos subimos a la tapia lindante con la rambla que pasaba por delante de la entrada principal para poder ver. El miedo se había apoderado de todos nosotros y apenas nos movíamos, a la espera de que llegara el monstruo ensordecedor. Nada se movía en todo el perímetro que abarcaba nuestra visión, hasta que de pronto, en un momento, por el recodo que llevaba a la carretera apareció una motocicleta con sidecar en la que iban tres soldados y en cuya barca tenía instalada una ametralladora a punto de ser utilizada. Iban bien uniformados y en sus cascos exhibían unas largas plumas negras y enarbolaban una extraña bandera dominada por un verde raro, que era desconocida para nosotros. Detrás de esa moto apareció otra, y otra, y muchas más, con y sin sidecar. Todos iban bien armados. Mezcladas con las motos aparecían alguna tanqueta ligera, con sus ocupantes asomados sobre la torreta que presidía el cañón, y unas camionetas provistas de tremendos altavoces, que se mezclaban en la caravana, no dejaban de proyectar el sonido de unas músicas marciales entre las que destacaba la que seguiríamos oyendo durante mucho tiempo en toda la posguerra. Era

Giovinezza, la canción de las juventudes fascistas, la preferida de Benito Mussolini. Supimos luego que la bandera preponderante era la de Italia, y los soldados de las plumas, los famosos *bersaglieri*, los camisas negras del *fascio* más radical, que vinieron a España a luchar al lado de los ejércitos «nacionales».

Al día siguiente, todas las radios de la Barcelona ocupada anunciaban a bombo y platillo que las tropas de Franco habían «liberado de la horda roja» el Maresme sin disparar un solo tiro.

Aquella invasión que se esparcía por todas partes significaba para nosotros el final de una época cruel, que terminaría definitivamente al cabo de unas semanas, con la ocupación de los últimos reductos republicanos que aún resistían en Levante.

Cataluña acogió a muchos niños de Madrid que escapaban de las bombas y del acoso de las tropas de Franco en la Casa de Campo, con su constante cañoneo.

El fin de la guerra nos dejaba huérfanos y nos enfrentaba a un tiempo incierto que marcaría el desconcertante destino que se cernía sobre nosotros.

EL EXILIO...

La huida por caminos, campos y carreteras había acrecentado, en términos generales, la tragedia vivida en los tres años de contienda. Era una combinación extraña de gentes desorganizadas: mujeres, niños, mezclados con los soldados que habían huido e iban dejando atrás su país en ese catastrófico momento. Alrededor de medio millón de españoles, de todas las clases y profesiones, abandonaron España ante el avance de Franco. Se abría una herida de tremendas dimensiones que tardaría mucho tiempo en curarse. Era la culminación dramática para quienes lo habían perdido todo en la guerra.

Se repetía el mismo drama por todas las fronteras con Francia. Caravanas de hombres y mujeres, cargando con sus objetos personales más queridos, se marchaban por todos los medios a su alcance, huyendo agotados por los tres años de pavorosa realidad, quebrantados, enfermos y pobres.

Muchos miles de historias desgarradoras se desarrollarían en el porvenir inmediato como consecuencia de ese éxodo, que llevaba a tierras para la mayoría desconocidas. Rusia, México y Francia eran sus destinos. Los que se quedaron en Francia fueron confinados en condiciones increíbles, en unos centros de retención que rayaban lo inhumano, sin medios sanitarios, soportando hambre y enfermedades y sin protección del tremendo frío de aquel invierno helado... Los exiliados fueron considerados en Francia como gentes poco deseables, hasta que con el tiempo muchos de ellos pudieron integrarse en la sociedad francesa como ciudadanos. Sin embargo, la memoria del exilio español al final de la contienda dejó huellas profundas en nuestro país vecino.

La llaga seguía aún abierta. El purgatorio para los que se fueron no había hecho

más que empezar.

A estas alturas de la narración veo que mi perro Pepo se ha relajado y me mira indiferente... Tiene las orejas gachas y me da la impresión de que no le interesa mucho el relato. Aprovecha mi pausa para acercarse al mar y meter de nuevo los pies en la orilla para refrescarse. Lo hace lentamente.

Cuando vuelve cerca y se sienta a mi lado, lo noto escéptico. Pero a pesar de todo, yo sigo perseverante con mi historia...

Pepo me mira de nuevo. Veo que aún parece soportarme.

Saco ánimos para seguir adelante.

Pepo, escucha...

Capítulo XI

¿Era eso la paz?

*... Las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado...
(parte oficial del fin de la contienda).*

La metamorfosis que se desarrolla con el paso del tiempo, en que todo va cambiando, y la presión experimentada con el transcurso de la guerra, presentaban ante mis ojos de ahora una Barcelona de nuevo diferente. La pesadilla parecía que se había terminado y aunque aparentemente todo era alegría por el fin de la larga conmoción vivida, un leve poso de nostalgia y melancolía parecía invadir las calles y a las gentes.

Era la vuelta a casa, ya no habría más tiros ni bombardeos.

¿Qué pasaría?

Atrás quedaba la gran tragedia, los seres desaparecidos, el exilio de muchos, el hambre, el miedo.

La entrada de las tropas franquistas era celebrada por todo lo alto, con tedeums, los obispos bendecían las armas y todo lo que se les ponía por delante, levantaban el brazo, animando a ese «ejército liberador» que los rescataba del yugo republicano y ateo.

Empezaba a haber comida. Las chicas de Auxilio Social y las de la Sección Femenina repartían alimentos por las calles. Cuando pasaba con mi madre por Las Ramblas —Las Ramblas, ese torrente tan ligado a mi vida— e íbamos de regreso a casa, en la ciudad dominaba el jolgorio, un jolgorio extraño, diría que agrisulce y contradictorio. Todo era distinto, pero parecía igual. Otra vez, de nuevo como al principio, por todas partes cantos, banderas al viento, bocinas, himnos, gente agitada moviéndose sin parar... Curas portando grandes crucifijos hacían la señal de la cruz ante la gente que se arrodillaba a su paso. Monjas rezando, legionarios exhibiéndose brazo en alto, gesto que se haría obligatorio para todo el mundo. Los gritos de rigor, que oiríamos ya sin parar durante tiempo y tiempo: «¡Franco, Franco, Franco!», «¡arriba España!», «¡caídos por Dios y por España, presentes!».

Los moros, los temibles moros de Franco, que habían sido la gran pesadilla de la guerra, vistiendo sus chilabas y turbantes clásicos, daban una estampa rara al entorno. Estaban instalados desde hacía días en la Rambla de las Flores. En un sinfín de puestos improvisados, ofrecían a la gente hambrienta leche, chocolate, pan, mantequilla, conservas de todas clases, alimentos que hacía mucho tiempo que no se veían ya en ninguna parte. Se vendía todo a cambio de que se pagara exclusivamente

en monedas de plata.

En los primeros días de la revolución aún circulaban los duros de plata, entre los que se encontraban los codiciados «Amadeos», y las pesetas acuñadas de uso corriente y que fueron desapareciendo del mercado con una rapidez inusitada. La mayoría de la gente, ante la incertidumbre que se presentaba en aquellos aciagos días, optó por guardarlas como pequeños tesoros, en espera de que nuevos acontecimientos les ofrecieran la oportunidad de utilizarlas en su verdadera estima. Mientras, el pago con papel, con billetes de todas clases —la Casa de la Moneda no paraba de lanzar nuevas series de billetes sin ningún respaldo—, estaba a la orden del día.

Tampoco mamá pudo librarse de sacar a la luz las ocho monedas de plata que había guardado celosamente, como si fueran diamantes en bruto, con las que el Sindicato del Espectáculo, en las primeras semanas de guerra, le pagó una actuación teatral que se había organizado para despedir a los primeros milicianos que se marchaban al frente. Las sacó para comprar comida. El moro de turno nos miraba con sorna, mientras se guardaba encantado el dinero que le habíamos dado.

Así fue como el avispado Franco arrambló con toda la plata que quedaba en Barcelona.

Terminaba la primavera de 1940. Aquí, en España, el gran acontecimiento del final de nuestra guerra no nos dejaba ver los grandes nubarrones que se cernían sobre Centroeuropa. Alemania y la URSS, mediante un tratado incomprensible, que apenas duraría un año, invadieron Polonia, país que había quedado fuertemente herido desde la Primera Guerra Mundial, la de 1914.

En el que luego se haría tristemente famoso bosque de Katyn, cerca de la población de Smoliensk, una fuerza represora soviética, que más tarde tomaría el nombre de la temible KGB, exterminó a infinidad de militares polacos que no estuvieron de acuerdo con aquella ocupación.

Y AQUÍ...

El fracaso de la Guerra Civil fue debido primordialmente a la intervención de Alemania e Italia a favor de las tropas de Franco, sin que las potencias democráticas intervinieran al lado de las fuerzas republicanas.

Si la lucha duró tanto tiempo fue por el concurso de las Brigadas Internacionales y la ayuda soviética, que sin embargo no fueron suficientes para frenar la fuerza y el poderío de las potencias fascistas que ayudaron a los rebeldes.

Por otra parte, la intervención de los brigadistas que llegaron desde el extranjero para unirse al pueblo republicano, tenía como contrapartida la sensación de que, al pertenecer a una legión extranjera, parecía que eran seres que venían a ser sacrificados.

Ningún grupo político, ningún grupo social, ningún individuo, en aquel estado

multisegregado, deja inmaculado a nadie y a nada... En el futuro, recordar la Guerra Civil requerirá un gran sentido de la justicia y de la prudencia.

Sin embargo, la tan deseada finalización de la guerra parecía que traía tiempos de esperanza. La gente empezaba ya a sonreír, la zozobra de las bombas había desaparecido y el futuro inmediato se presentaba ciertamente optimista. Los camiones de la Comisaría de Abastos llegaban a Barcelona repletos de comida.

¿Comida? ¿Para cuánto tiempo?

La Plaza de Cataluña, símbolo del pueblo catalán, fue rebautizada como «Plaza del Ejército Nacional». Duró poco el nuevo nombre. El descontento general hizo que pronto recuperara su denominación original.

La conmoción y el desbarajuste originado desde hacía tres años en todos los órdenes se iban alejando, para dar paso a una nueva perspectiva llena de incógnitas. Se miraba hacia delante con voluntad de olvido y de regeneración.

Lentamente, la ciudad iba recobrando una inquietante tranquilidad, y aunque la gente se enfrentaba a un ambiente completamente distinto al vivido en el horrible sueño anterior, en el fondo, por dentro, todo era lo mismo. Habían cambiado radicalmente las apariencias, las banderas, las canciones, los himnos, los uniformes, las consignas, las promesas para todo y para todos, pero...

Como siempre, cuando los que mandan son otros, uno aprende que en la vida las cosas cambian poco. Empezaba otra etapa distinta, sin bombardeos y con menos hambre, pero parecida. También tristemente, por otro lado, volvía el tiempo de las venganzas. De la venganza de la venganza. De que pagaran los malos que antes habían sido buenos, buenos que habían castigado a otros que antes también habían sido malos.

Como de tapadillo, sin mayor trascendencia, detrás de las bambalinas que lo ocultaban casi todo, las desapariciones y los fusilamientos estaban a la orden del día y los juicios sumarísimos llevaban a infinidad de seres contra el frío paredón.

Capítulo XII

¡¡¡Otra guerra!!!

Los alemanes rompen con Rusia, se anexionan Austria y ocupan toda Polonia. Había estallado la guerra mundial, España se declararía neutral...

La conmoción del estallido de la guerra europea en España fue tremenda, prolongando en gran medida la difícil recuperación de nuestro atropellado mundo. La larga contienda pasada dejaba a nuestro país en unas condiciones lamentables. La reconstrucción de todo lo destrozado, la ordenación social y humana por toda nuestra geografía tropezaba con las dificultades que imponía un régimen político que en Europa afortunadamente empezaba a desaparecer, el «fascismo». La economía estaba por los suelos y todos los atisbos de normalización fracasaban por la escasez de recursos de todo orden y por las directrices emanadas de los sucesivos gobiernos autoritarios impuestos por Franco, que no eran aceptados por ninguna de las democracias europeas. Tardaríamos bastantes años en conseguir un mínimo bienestar, que llegaría a costa de los grandes sacrificios a que nos vimos abocados cuantos formábamos parte de nuestra maltrecha comunidad ciudadana.

Así, nos llegaba en su día la noticia de que habían pasado por las armas frente a los muros del Fossar de Santa Eulalia, en el castillo de Montjuich, al que fuera presidente de la Generalitat de Catalunya, Lluís Companys, y que en los amaneceres de sus fosos y en el lejano Campo de la Bota, donde yo me bañaba de pequeño, las purgas diarias no cesaban de ensangrentar los muros respectivos.

MÁS Y MÁS GUERRA

En la primera fase de esa tremenda conflagración el mar estaba dominado por los submarinos alemanes, que torpedeaban y hundían en cualquier latitud cuantos barcos aliados se ponían a su alcance. Durante un tiempo, esa parte importante de la flota alemana se había hecho prácticamente la dueña de casi todas las aguas internacionales.

A nosotros, ese desconcierto mundial nos pillaba cansados. Pasados el optimismo y las promesas del nuevo tiempo feliz, volvía la sensación de una apatía general que lo enmarcaba todo. Barcelona se había convertido, una vez más, en una ciudad triste, parada. Habían pasado los primeros meses de nuestra paz y la esperanza y la euforia del primer momento quedaban de nuevo atrás. Otra vez parecía, en el interior de las gentes de la ciudad, como si nada se pusiera en marcha, como si realmente hubiera

poca voluntad de olvidar el duro tiempo pasado. Eran días esos de silencio, de un silencio extraño, anodino.

¿Adónde nos dirigíamos?

Volvía a escasear todo y los pequeños signos de recuperación iban desvaneciéndose ante la general desgana que se veía alrededor. Una España sombría, como en «blanco y negro».

Mientras la maquinaria política de Franco se abría paso a todos los niveles y con toda su fuerza, prometiendo un paraíso para la mayoría de la gente, la alegría y el optimismo con que se había acogido el final de nuestra guerra daba paso a una desconocida situación, presagiando un futuro desconcertante. La nueva revolución en el trabajo apenas se movía, y las iniciativas económicas privadas con que apoyar el despertar de la nueva situación se veían poco claras. Era como si se hubiese dado un paso atrás en el interior de las casas, dentro de las familias, en continuo contraste con la apisonadora del nuevo régimen, que invadía calles y plazas con los conocidos «¡Franco, Franco, Franco! ¡Arriba España!», y los otros gritos de rigor instaurados por el nuevo régimen.

En aquellos días nos llegaba la noticia desde el extranjero de que Walter Benjamin había muerto en Port Bou el 26 de septiembre de 1940, en una pensión. Fue detenido y falleció en ese puerto, población que tuvo que soportar al final de nuestra contienda la salida masiva de los republicanos que se exiliaban. Port Bou había quedado semidestruido con la guerra y esos días vivía su última batalla. El famoso escritor llevaba muchos años en el exilio, había huido escapando del asedio alemán, pasando clandestinamente a España.

XIII

Un niño uniformado

El mundo se había incendiado con la brutal guerra. Los alemanes invadían toda Europa. Rusia entraba en el conflicto.

Todo estaba previsto desde el punto de vista político.

¿Qué hacía yo desfilando por Las Ramblas con aquel uniforme, llevando una careta antigás colgada del cuello?

Los niños de nuestra edad tuvimos que espabilarnos en medio de aquel caos generalizado que nos invadía. Mucha gente se compraba la camisa azul con el haz de las cinco flechas, y se hacía falangista porque eso facilitaba a todos los niveles un mínimo desarrollo sobre las inmensas penurias que todos llevábamos encima.

El aparato publicitario franquista había estallado con gran fuerza, penetrando en todas partes. Emulando a las Juventudes Hitlerianas de la Alemania nazi, se crearon aquí la Organización Juvenil Española y la Sección Femenina, captando a niños y niñas de todos los colectivos con el acicate de ofrecerles una nueva vida llena de diversiones, viajes, campamentos, folclore, y la posibilidad de practicar los más diversos deportes, sin que por todo ello hubiese que pagar nada. El lema preponderante era «España, una, grande y libre».

No pasó mucho tiempo sin que la mayor parte de la juventud, tan castigada y aburrida en la guerra, ingresara en aquellas filas, y cambiara fundamentalmente su visión de futuro. Se montaron centurias, albergues, casas de recreo, academias de mando. En los sitios más privilegiados se levantaban los campamentos. Se organizaban turnos de asistencia, y así, lentamente, el sutil veneno político imperante iba entrando con una suavidad apenas perceptible en las venas de sus jóvenes seguidores. Era el «todo por la patria».

«Pelayos» era el nombre con el que se conocía a los niños de los requetés. Al principio de la guerra los hijos de los falangistas se llamaron «balillas», para más tarde cambiar el nombre por el de «flechas».

Yo no pude sustraerme a ese movimiento que me daba oportunidades que no había conocido hasta entonces, y terminé, como la mayor parte de todos los niños de España, yendo a los campamentos, cantando canciones con aire castrense, vistiendo aquellos estafalarios uniformes y haciendo el ridículo con esos desfiles de pacotilla.

La Organización Juvenil llegaba hasta el mar. Durante un tiempo fui flecha naval, no sé bien por qué. Con el miedo que siempre le tuve al agua, no encuentro hoy una explicación clara que justifique el verme por un tiempo vestido de marinero.

Desde lo alto de un palo del velero escuela, en la misma Puerta de la Paz, en el muelle de Barcelona, presencié acontecimientos que conmovieron a toda la ciudad, como el de la espectacular llegada en un barco de guerra de un personaje famoso en la época, Serrano Suñer, que aparte de ser de los más influyentes personajes del entorno de Franco, era su cuñado. O la del conde Ciano, mano derecha del mismo Mussolini, que llegaba de Italia y al que Franco puso la ciudad a sus pies... Poco tiempo después, Mussolini le mandaría fusilar.

Mientras, el poderío alemán en el cielo europeo era absoluto. El invento de las V-1 y las V-2, propiciado por el ingeniero Von Braum, tenía a toda la población inglesa atemorizada. En cualquier momento y en cualquier lugar podían hacer explosión aquellos artefactos teledirigidos desde la Francia ocupada. Por otra parte, el vuelo en picado de los aviones Stukas destruía cuantos objetivos se ponían a su alcance.

ATERRIZANDO...

Después de mi aventura marina, volví a pisar tierra. Conseguí meterme de lleno en el Departamento de Intendencia de la organización que se había montado en la sede central de la Rambla de Santa Mónica. Allí no faltaba de nada, parecía mentira ver aquella abundancia de comida: sacos de legumbres de todas clases, cajas de las más diversas conservas, galletas, cajones de leche en polvo... De todo había en aquel almacén desde donde se abastecían los distintos campamentos y albergues de Cataluña.

Tampoco, a partir de entonces, faltó de nada en casa, ni en la de Piñol, el encargado, un tipo bastante mayor que yo, pero con el que hice siempre muy buenas migas y con quien sacábamos furtivamente del almacén todo lo que nos hacía falta en nuestras respectivas cocinas.

Ese departamento tenía un jefe curioso. Se llamaba Aurelio, era un tipo rudo, autoritario, lucía unos bigotes largos, tremendos, con la punta afilada, todos le temían, era el Jefe con mayúscula y allí no se hacía nada sin su autorización. Tan sólo Piñol y yo nos movíamos por la casa como queríamos. Presumía de tener una moto Ariel, que le habían mandado desde la central de Madrid, y provocaba la envidia general. Con ella ejercía el control de los movimientos de todos los campamentos instalados en la comarca.

La ayudante de Aurelio se llamaba Luisa, era una mujer muy guapa, con gran atractivo, que debía rayar los 30 años y era la persona que prácticamente mandaba en todo aquello de los campamentos. Tenía carácter. Le sentaba muy bien el uniforme y su cara era muy bonita. Sus labios carnosos me llamaban mucho la atención y cuando me miraba, o la miraba, se repetía la sensación cálida y suave que había percibido otras veces, sensación que iba penetrando dulcemente por todo mi cuerpo y que no

dejaba de ser rara, extraña... Siempre pensé cómo podrían ser sus besos. ¿Como en las películas? De alguna forma me recordaba a Charito, la directora «fugada» de la colonia de Premià.

Luisa era una persona estupenda y siempre hacía la vista gorda en los manejos que nos llevábamos mi amigo Piñol y yo en el Departamento de Intendencia. Una vez nos sorprendió metiéndole mano a unos sacos de legumbres. Cuando ya teníamos casi llenas las bolsas que nos íbamos a llevar a nuestras respectivas casas, nos las hizo vaciar en los mismos sacos de donde las habíamos sacado. La sangre no llegó al río.

«Otra vez procurad que yo no me entere», nos dijo con un enfado que no era tal.

Al día siguiente repetíamos la operación cuando ella conscientemente miraba para otro lado.

La presencia de Luisa, como he dicho, ejercía sobre mí un efecto muy especial que no sabría definir. ¿Era lo de siempre? Algo me hacía pensar en ello continuamente.

Era una desazón tremenda que me asaltaba a todas horas. ¿Se estaría levantando de la cama? ¿Estaría entrando en la oficina? ¿Se estaría yendo? ¿Estaría durmiendo? ¿Despierta? ¿Pensaría alguna vez en mí? ¿Esperaría a que yo me hiciera hombre?

Empezaba a ser una obsesión ir a los campamentos para estar cerca de ella... Su boca, sus labios, su culo, sí, su culo... ¿Qué era aquello que me pasaba al verla? ¿Qué sentía? Sin darme cuenta, la espiral erótica iba creciendo en mi interior sin yo saber bien lo que era.

Todo terminó de golpe, como un mazazo que, con mis parámetros de chico imberbe, no llegaba a comprender del todo, no entendía bien. Piñol, que se había dado cuenta de mi obcecación por Luisa, me aclaró el tema una mañana mientras desayunábamos.

«Quítatelo de la cabeza».

A Luisa le gustaban las mujeres, era lesbiana... ¿Qué? ¿Lesbiana?, pero qué era aquello de que a una mujer le gustaran otras mujeres, ¿cómo era eso?

Mi ceguera se perdía en las disquisiciones de mi mente, tardaría mucho tiempo en conocer esa tercera vía. Sin embargo seguí viendo a Luisa siempre que se presentó la ocasión. ¿Qué razón había para que aquella sutil fuerza que me acercó a ella se fuera enfriando lentamente? ¿Qué estupidez! Siempre que la veía se volvía a encender una pequeña llama dentro de mi alma púber.

EL TEMA «TABÚ»

La desinformación que teníamos todos los chicos de mi época sobre el sexo y sus funciones era incomprensible. Nadie explicaba nada.

Era como un misterio latente. Padres y madres huidizos que no se atrevían a hablar de un asunto tan importante en el desarrollo vital... Hijos temerosos, incapaces

de preguntar... Amigos suspicaces que sonreían ante las mil incógnitas que rodeaban el tema, que por lo general nos dejaban en Babia, y que debíamos aclarar nosotros mismos, sin tener base alguna, los mil caminos del primer misterio que nos rodea. Datos, apuntes, gráficos, frases agarradas al vuelo que no hacían más que aumentar la confusión, y el interés que andaba por dentro de las tripas adolescentes de los niños como yo.

La guerra se complicó más tarde, con el bombardeo de los japoneses sobre la flota americana en Pearl Harbour, convirtiéndolo después en otra tremenda contienda que se trasladaba a todos los frentes con la entrada de Estados Unidos.

UNA VEZ...

En lo alto de la montaña del Montseny, en el bello lugar conocido por Santa Fe, junto al lago, se había instalado uno de los mejores campamentos de la Organización Juvenil, y allí me fui durante un verano entero como delegado de intendencia. Recordaré siempre el primer día, ante la inminente llegada de los componentes del primer turno, cuando nos disponíamos a montar las tiendas de campaña en la planicie que había junto al albergue existente, cómo tuvimos que eliminar del entorno, quemándolos en unas hogueras improvisadas, una tremenda plaga de enormes sapos de dimensiones que yo no conocía y que tenían invadido todo aquel campo. ¡Qué cosa tan tremenda, cómo olía aquello!

UNA DE CAL Y UNA DE ARENA

¿Arena, cal? María era una enfermera que tenía nuestro afectuoso benefactor, el doctor Rumbau, y con ella habíamos hecho muy buena amistad. Creo haber contado cómo pasaba ratos y ratos en su consulta, abriendo la puerta a los enfermos que iban llegando. También me encantaba ver a María en el pequeño laboratorio que tenían, haciendo análisis de todas clases. Lo de las cubetas, los líquidos de colores, los cristalitos, el uso del microscopio, el hornillo y todo lo que manejaban por allí me llamaba mucho la atención. Cuando alguna vez me quedaba solo, intentaba mirar a través del microscopio, sin llegar a ver nunca otra cosa que aquel enjambre de manchitas extrañas que reflejaba el espejo del sugestivo aparato.

María era muy devota, y ejercía. Tuvo un novio mucho más joven que ella, que se fue a Guinea a hacer fortuna y, al poco de llegar murió de unas terribles fiebres. María no faltaba ni un solo día a misa y se había hecho muy amiga de su confesor, un cura de la iglesia de San Sebastián, al que llamaba don Pablo. Una vez le dijo a mi madre que yo, como buen cristiano, debía hacer la comunión, como habían hecho la mayoría de los niños que durante el tiempo de la revolución no habían podido

celebrarla.

Durante una semana, por las mañanas, yo subía y bajaba por la cuesta de San Sebastián, el lugar por el que hace más de mil años, unos desalmados habían echado a rodar cuesta abajo, dentro de un barril lleno de pinchos, a un ser desgraciado que la Iglesia elevaría más tarde hasta la misma Gloria, santificándolo. Don Pablo me iba preparando para el acontecimiento fuera de horas, ya que, como yo era muy mayor para tomar la comunión y me daba una vergüenza tremenda verme entre los niños que iban a la clase de religión, había decidido explicarme en solitario el catecismo en la misma sacristía.

Lleno de rubor y sonrojo, una mañana, muy pronto y sin que nadie lo supiera, tomaba la comunión, solo, en una misa ordinaria. Nunca entendí bien la razón que me había llevado hasta allí, ni por qué mi madre accedió a la testarudez de María, de verme sometido a vivir aquel trance extemporáneo que tanto me costó pasar.

La comunión, gesto casi de obligado cumplimiento en la España oscura de la inmediata posguerra, era, entonces, un particular rito con el que se obtenía el reconocimiento de la comunidad civil y religiosa. Se nos aseguraba una vida nueva, se nos prometía entrar en el paraíso. Con la comunión, uno ya se podía considerar persona. ¿Serían esas las premisas por las que mi madre accedió a que yo pasara por aquel brete?

En esa adolescencia tonta, los que teníamos pocos años nos entreteníamos cambiando tebeos, chapas y cromos, mientras los mayores se pasaban novelas del Coyote y Zane Grey entre otras, todo ello envuelto en el celofán de un chalaneo eclesiástico muy particular...

LAS MASAS ENFERVORIZADAS

Por otra parte, no cabía duda de que el Gobierno, con ese afán de normalizar la vida en nuestra España querida, se precipitaba en promulgar a los cuatro vientos una apertura política que aún tardaría mucho en llegar.

El enfervorizado momento político por el que estábamos pasando dio vida a la formación de una incomprensible fuerza militar voluntaria llamada «División Azul», que mandaría el general Muñoz Grandes. Su misión era la de incorporarse al ejército alemán para luchar contra los bolcheviques. Imágenes de noticiarios cinematográficos proyectaban en aquellos días en «Can Pistolas» —el cine Capitol— el gran acontecimiento que tuvo lugar en la Estación del Norte de Madrid, cuando una tremenda multitud entusiasmada despedía a los ingenuos combatientes que se iban a luchar a Rusia. Allí, durante meses, tuvieron que confraternizar con el frío, el hambre y la muerte.

Hoy pienso que siempre hubo gente para todo...

¿Cuál es el germen misterioso que mueve a las masas y que las hipnotiza con arengas y discursos altisonantes promoviendo movimientos sociales y políticos que llegan a tener en vilo al mundo?

Eran visiones como aquellas de las Olimpiadas Nacional-Socialistas del año 1936 celebradas en Berlín cuando las multitudes descomunales, portando miles de esvásticas, se entregaban a las enardecidas soflamas de Adolf Hitler, el Führer...

O la muchedumbre enloquecida siguiendo a Mussolini cuando, asomado en aquel balcón en la Piazza Venezia de Roma, implantaba, triunfal, el inquietante fascismo en Italia...

Como las masas agolpadas frente al palacio de Oriente de Madrid, que oían entusiasmadas la atiplada voz del «Generalísimo de todos los ejércitos» ensalzando los valores de la patria...

Sin olvidar la imagen de Stalin en la monumental Plaza Roja de Moscú, atiborrada de gente que presenciaba encandilada el desfile tradicional de cada año, conmemorando el día de la revolución...

Multitudes, muchedumbres, masas dóciles y aborregadas detrás del ídolo de turno, que a pesar de su magnitud y del poder circunstancial del que disfrutaban, fueron siempre y en todas las latitudes minorías que condicionaron incomprensiblemente la tan perseguida libertad de los pueblos.

Capítulo XIV

Los «bolos»

Las tropas alemanas llegaban a las puertas de Moscú y de Leningrado. Los rusos se hacían fuertes en Estalingrado.

La apertura del Café del Liceo fue un acontecimiento en nuestro barrio. Era un signo evidente de que las cosas se empezaban a normalizar. Como casi todo, había estado cerrado durante los largos últimos meses de la guerra. Desde hacía poco, por todas partes de la ciudad se podían ver tímidos síntomas de recuperación. Los comercios levantaban sus puertas, los tranvías funcionaban, los pocos vehículos que después de la debacle quedaban sanos circulaban por las calles movidos por unos gasógenos tremendos que sustituían la gasolina que faltaba, la gente paseaba por todas partes como si tal cosa y las cartillas de racionamiento, muy lentamente, proporcionaban un mínimo de comida con que apañarse.

En ese café empezaron las tertulias más diversas. Se hablaba de todo. En uno de sus rincones los cómicos se reunían por las tardes para discutir sobre las posibilidades de trabajo, de un trabajo que prácticamente había desaparecido últimamente con las bombas y la guerra. Se empezaban a formar compañías, a buscar obras, teatros, locales para ensayar, se organizaban «bolos». El entusiasmo que se ponía en las conversaciones, a la vista de ese futuro esperanzador, se solía truncar a la hora de tener que pagar cada uno el café que había consumido.

De esas largas tardes de charla, a mi madre le salieron raquíticas oportunidades que no podía despreciar. Con sus amigos del piso tercero, Manrique Gil y los Sillero, que habían formado una de aquellas improvisadas compañías, empezó a salir de nuevo por los más diversos pueblos de la comarca para volver a recuperar el teatro perdido.

En los periplos en los que acompañaba a mi madre, recuerdo los madrugones y los largos viajes en unos desvencijados autocares que nos llevaban a los lugares de trabajo. Después de aquellas funciones, los interminables regresos a casa. El cansancio. La carga y descarga de las cajas de los decorados, del vestuario y de todo el atrezo...

Con Paquito, hijo de una pareja de actores de la compañía, salía por las calles de los pueblos, vestidos ambos de paje, maquillados y con grandes pelucas, calzando babuchas y enarbolando unos improvisados estandartes anunciando el melodrama *Genoveva de Brabante*, que se representaba por la noche en el teatro de la localidad respectiva.

Y recuerdo las escapadas furtivas de las fondas, cuando, por la poca asistencia de espectadores, nos teníamos que largar del pueblo por no poder pagar el hospedaje.

De esas aventuras teatrales recordaré siempre lo ocurrido en la población de Aiguafreda, que está situada en las cercanías de Vich. Once fueron los espectadores que asistieron aquella noche a la función. Como siempre, los cuatro gatos que formaban la compañía, incluida mi pobre madre, se habían pasado el día trabajando duro, montando los decorados en un escenario improvisado en el Casino del pueblo, y aquella función fue un verdadero fracaso... Al terminar la sesión, nos tuvimos que quedar trabajando para dejar libre el local y recoger todos los bultos de la función, ya que al día siguiente se celebraba allí una reunión de los campesinos de la comarca.

Esa noche llegábamos a la pensión pasadas las tres de la madrugada, cargados con las cajas de los decorados y los hatillos del vestuario, cuando nos reunimos en el más estricto silencio en la habitación de Manrique... ¡No había dinero para liquidar la cuenta de nuestra estancia allí! Aún no debían de haber dado las siete de la mañana cuando, aprovechando que todo el mundo dormía y cargando con nuestros enseres, recogidos en medio de un absoluto silencio, saltábamos sigilosamente por las ventanas traseras de la pensión y, muertos de miedo, huíamos campo a través como si nos estuviese persiguiendo el mismo diablo...

Media hora más tarde encontrábamos la vía del tren, y por ella, esquivando deliberadamente la carretera, emprendíamos, siempre a pie, un incierto regreso, intentando evitar de esa forma que nos pudieran agarrar en la huida los escrupulosos «civiles».

También me quedó grabada para siempre la sensación de ridículo que sentía en aquellas funciones al ver a mi madre, con todos sus años, hacer de «dama joven» en muchas de sus representaciones.

Y TANTAS OTRAS COSAS...

De esa época del café, más tarde, surgió la oportunidad de que mamá fuese profesora del Conservatorio del Liceo, de una academia teatral que allí, en uno de los pisos del mismo edificio, se organizaba. Se lo propuso su amiga Marta Grau, que había recuperado su título de subdirectora del famoso Instituto del Teatro de Barcelona, que ya ostentaba antes de la guerra.

Como profesora de esa institución, aunque el trabajo aquel era de dos horas diarias, mi madre recobraba lo que podríamos llamar su dignidad profesional, duramente lesionada en los últimos años, teniendo luego la satisfacción de ver pasar por su aula a buena parte de las actrices que con el tiempo se convertirían en famosas figuras de la escena española, entre ellas... ¿Nuria Espert? ¿Aurora Bautista?

Había vuelto la ópera. El famoso Liceo abría por fin sus puertas, y de cuando en cuando las veladas de *bel canto* conmocionaban a la aburrida burguesía barcelonesa,

que intentaba resurgir a duras penas de las cenizas de la guerra. El Pla de la Boquería se convertía en esas noches de gala en una fiesta inconmensurable. Una competición de cuantos restos del esplendor de la gran época habían quedado postergados durante años —en forma de viejos automóviles, coches de caballos, ostentosos trajes de noche, viejos esmóquines— rivalizaban por hacerse notar en medio del tumulto.

Era un espectáculo importante el que se armaba frente a la entrada del teatro, en Las Ramblas, bajo los frondosos plátanos del paseo. Cientos de personas esperaban aquel pintoresco movimiento de gentes, hasta que llegaba la madrugada, cuando todo terminaba y la oscuridad inundaba las calles otra vez.

Mi curiosidad me llevaba a no perderme esas noches y me pasaba largo tiempo viendo aquella exhibición llamativa. Lo hacía en los mismos sitios en que, por la mañana, compartía ratos y charlas con los limpiabotas que empezaban su trabajo junto a las escaleras de la estación del metro del Liceo... Mis amigos...

¿Tendría yo porvenir limpiando botas y zapatos en aquella esquina?

La época de «los bolos» fue larga y dura. Ensayos y funciones, kilómetros y más kilómetros, noches, madrugadas, teatros, camerinos, gentes y poco dinero, muy poco dinero... Así pasaban las semanas, los meses.

Los días eran espesos, largos. Cuando no salíamos de función, consumíamos las horas recorriendo las pintorescas calles de mi barrio; miraba a la gente, lo miraba todo. Conocía prácticamente todos los escaparates de las tiendas cercanas. En esos inútiles paseos tenía una auténtica fijación por un reloj de pulsera que me gustaba mucho y que estaba expuesto en una de las joyerías de la calle del Hospital, cerca de casa. Siempre que llegaba frente a esa tienda me pasaba el rato mirándolo, sin comprender bien la razón por la cual yo no podía tener acceso a comprarlo, ni entendía cómo se podía llegar a conseguir suficiente dinero para afrontar su coste. Santa inocencia... Tardaría muchos años en poder colocarme uno parecido en la muñeca.

Capítulo XV

Las ratas y los otros Reyes Magos

El irresistible avance alemán por todos los frentes iba perdiendo fuerza ante la gran potencia de los ejércitos aliados.

El recuerdo de Ernesto y Anita, los parientes lejanos de mi madre, me hace relacionar dos elementos tan dispares como los del enunciado. Ellos, Anita y Ernesto, eran una pareja muy mayor y pertenecían a la clase alta de la mejor burguesía barcelonesa, estaban cargados de dinero y, además de ser coleccionistas de objetos de gran valor, poseían muchas propiedades en las cercanías de Barcelona.

Hacía bastantes años que administraban un negocio de juguetes en una de las calles más céntricas de la ciudad, la de la Puertaferri, concretamente una tienda llamada El Nilo, ese lugar que cité anteriormente y que fue motivo de aquella escaramuza tremenda en la que corrí bajo las bombas, en la misma Rambla de las Flores, aquel día aciago de la guerra.

El Nilo era la juguetería de más prestigio de Barcelona y, en las semanas que se acercaban a la celebración de los Reyes Magos, la afluencia de clientes de lujo era enorme, y como las ventas aumentaban considerablemente, siempre necesitaban ayuda para el despacho de las mercancías.

Aquel año, mi madre y yo fuimos a colaborar con ellos. A pesar de ser enormemente tacaños, siempre celebraban las fiestas por todo lo alto, haciéndonos participar, a todos los que colaborábamos en la tienda, en las suculentas comidas que organizaban para Navidad y Año Nuevo en su propia casa de la calle Duque de la Victoria. Eran para no olvidar la escudella y carn d'olla —una especie de cocido madrileño— que cocinaba Ramona, su criada, manjar que nos parecía de reyes a quienes, como nosotros, no tenían ni un duro, ni la más mínima oportunidad de llegar a esos niveles culinarios.

Pasadas las fiestas, Ernesto le pidió a mi madre que yo me quedara un tiempo para ayudarle, y le dijo que, como paga, me daría quince pesetas cada semana. Mi trabajo consistiría en echarle una mano a Rosita, la dependienta fija que tenían, para limpiar la tienda e ir de cuando en cuando hasta el pueblo de Montgat, a recoger las muñecas que fabricaba un portugués para ellos y que eran un sucedáneo de las que guardaba él en el siniestro almacén de la trastienda, de la marca «Tortuga», que eran de celuloide auténtico y se las traía directamente de Alemania un estraperlista de primera línea, muñecas que vendía a precio de oro a sus mejores clientes.

Nunca olvidaré cuánto llegaban a pesar los enormes bultos que contenían aquellas

malditas muñecas, que yo cargaba a peso desde la fábrica del portugués hasta la estación del tren que me trasladaría a Barcelona. Por el camino hacía mil paradas, me sentaba encima de las cajas, las cuerdas de los paquetes me producían heridas en las manos, no podía con mi alma.

Aquellos viajes eran una verdadera pesadilla que aún hoy recuerdo con espanto.

La trastienda de El Nilo era como una pequeña cámara de los horrores. Abundaba en ello la poca luz que entraba en el recinto. Era un sitio estrecho, con una pequeña ventana con rejas. Ernesto se había hecho famoso por reparar todo tipo de muñecas, y por todas partes había piernas medio rotas, brazos, cuerpos y cabezas de las más variadas medidas y modelos, y allí se pasaba las horas como si estuviera en una sala de operaciones de un tétrico hospital de ficción.

De cuando en cuando merodeaban ratas, ratas enormes que se colaban desde las sórdidas cloacas, y la caza de aquellos horribles bichos se convertía en una ceremonia ancestral entre Ernesto, Rosita y yo. El cisco que se organizaba era tremendo. Ernesto preparaba por la noche una ratonera con un succulento manjar que, indefectiblemente, cada vez que lo ponía daba su fruto. Por la mañana, cuando llegábamos a la tienda, encontrábamos al «animalito», que ya había caído en la trampa, y yo, siguiendo las instrucciones que me daba Ernesto —que se acercaba, como siempre, hecho un dandi, con guantes, corbata y sombrero impecables—, acarreando un gran barreño lleno de agua que había ido a buscar Rosita, yo, digo, era el encargado de meter la ratonera con la fiera dentro hasta que se moría ahogada. El problema surgía cuando había que sacar la rata muerta de la jaula y llevarla hasta la basura y decidir a quién le correspondería hacerlo. Ni que decir tiene que casi siempre me tocaba a mí. ¡Qué asco!

Un día Ernesto decidió cerrar la tienda. Me tuve que dedicar a otra cosa.

En nuestro pequeño mundo, en el de mi madre y en el mío, existen unos meses de un coma profundo, en los que no sé bien cómo sobrevivimos en nuestra pequeña buhardilla; es un tiempo lleno de fatigas en el que no sabemos qué hacer ni por dónde ir y en el que nuestra subsistencia sólo es atribuible a la maravillosa capacidad de mi madre para ir reproduciendo día a día, con el escaso sueldo que recibía del Conservatorio, el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, en los momentos en que más lo necesitábamos.

UN PARÉNTESIS

Todo iba cambiando desde la entrada de los norteamericanos en la guerra. Su potente fuerza aérea empezaba a producir sus efectos devastadores sobre las poblaciones alemanas. Colonia, Fráncfort, Dresde sufrieron terribles bombardeos. La primacía de las fuerzas aliadas se iba imponiendo lentamente.

Sin embargo, en el Pacífico, los kamikazes japoneses tenían en vilo a la escuadra

americana, cuando, sacrificando la vida, estrellaban sus aviones contra los potentes barcos de la flota estadounidense.

OTRO INVIERNO

Aquel encargo me daba miedo. Hacía meses, desde el final del último verano, que ya se habían desmontado todos los campamentos de la provincia. Esa mañana, cuando llegamos Piñol y yo al almacén nos esperaba desde hacía rato el mismísimo Aurelio, para decirnos que teníamos que subir cuanto antes a la montaña del Montseny para ver cómo estaba el albergue. Se contaba que hasta aquellos macizos montañosos había llegado el maquis y estaba preocupado por lo que les hubiera podido pasar a las instalaciones fijas que tenía montadas en el llano de Santa Fe.

Era de todos conocido que por casi todas las montañas y sierras de la geografía española se movía el maquis. El maquis era una fuerza de resistencia que seguía combatiendo a Franco mucho después de haberse terminado la guerra, esperando una insurrección que no llegaba nunca y que coincidía con la general desaparición de los fascismos europeos y los caminos que se abrían hacia la implantación de la democracia después de la contienda mundial. Eran partidas de combatientes que aparecían por todas partes inesperadamente, saboteaban todo lo que encontraban y que pudiera menoscabar cualquier atisbo representativo del nuevo régimen. El maquis fue perseguido por millares de guardias civiles que se habían movilizad para exterminarlo y aplicar a sus miembros la «ley de fugas», consistente en el fusilamiento inmediato, allí donde los encontraran, sin ningún juicio previo.

El maquis desapareció lentamente pasados unos cuantos años.

Durante el tiempo que duró nuestra subida a la montaña y a medida que nos acercábamos al albergue de Santa Fe, el temor a encontrarnos en una situación comprometida con algún elemento del maquis nos iba invadiendo. Ascendíamos por un largo sendero. Piñol, muy conocedor del terreno, iba delante, y aunque yo le seguía a poca distancia, mi preocupación y el miedo que sentía por todo el cuerpo en aquel trance, imaginando que alguien pudiera aparecer pisándonos los talones, me llenaba de inquietud.

¿De qué serviría el revólver que llevaba Piñol en un bolsillo con seis únicas balas si aparecía el maquis? ¿Qué hacía yo allí metido en aquella extraña aventura?

Después de comprobar que el albergue estaba como lo habíamos dejado, sin perder un solo minuto, a escape, iniciamos el regreso montaña abajo, celebrando que todo hubiese sido afortunadamente una falsa alarma... ¡Qué locura!

Capítulo XVI

La bolsa de panecillos

En el norte de África, vencido el Afrika Korps del general Rommel, las fuerzas norteamericanas, desde Túnez, atravesaban el estrecho de Messina y empezaban su avance imparable por el sur de Italia hacia Montecassino.

Se trataba de ir a recoger de cuando en cuando una bolsa de papel con unos panecillos de Viena recién hechos, crujientes y buenísimos, que hacían unos panaderos por las noches para el consumo exclusivo del famoso bar Canaletas de La Rambla, junto a la misma Plaza de Cataluña. Esa bolsa con los panecillos había que llevársela a Anita Renó, una actriz joven y muy bella, que era hija de una conocida de mi madre, doña Lorenza, vecina del Paralelo.

¿Por qué fui yo el encargado de hacer ese recado?

Era un problema de sexo. Me explicaré: no sé bien cómo debió empezar la relación de mi madre con la extravagante y misteriosa madre de Anita, pero me parece que todo arranca en el momento en que, un año, coincidiendo con la celebración de la festividad de Todos los Santos, en noviembre, cuando se suele representar por todas partes la obra *Don Juan Tenorio*, mi madre, como profesora de declamación del Conservatorio del Liceo, tuvo que darle lecciones a Anita y pasarle intensamente durante días y días el papel de Doña Inés, ya que ella tenía la oportunidad de entrar en la compañía del famoso actor Enrique Borrás y actuar en uno de los principales teatros de Barcelona con dicha obra.

Cuando vi por primera vez a Anita me quedé fascinado. ¡Qué cara! ¡Qué belleza! De nuevo me embargaban las raras sensaciones interiores cuando la tenía delante. Qué conmoción me producía su presencia... Se repetían los espasmos de frío y calor dentro de mí. Eran difíciles de definir esos efectos a mis pobres y tímidos 13 años. Pero día a día notaba que en mi interior se renovaba y se iba acrecentando la imperiosa necesidad de verla. Cuando empezó a actuar en la obra, siempre que podía buscaba una excusa para ir al teatro, sentarme en una de las butacas vacías de las de platea, y allí, embobado, me pasaba horas y horas esperando que saliera a escena.

El colmo de mi silenciosa felicidad se producía cuando llegaba mi madre y entrábamos en su camerino, y entre función y función podía tenerla cerca y descubrir poco a poco y a trozos su desnudez, cuando se quitaba, detrás del biombo, las piezas de aquellos farragosos trajes de novicia de Doña Inés.

En aquellos momentos, Enrique Borrás —una de las glorias de la escena española de todos los tiempos— interpretaba sin rubor, con muchos años, a Don Juan Tenorio, y se decía que estaba enamorado perdidamente de Anita, que era su furtivo protector

y que ése era el motivo por el que la había escogido para representar a su Doña Inés del alma.

Con relación a ese rumor, recuerdo vagamente haber ido alguna vez al valle de Vallcarca, a un lujoso chalet donde vivía el actor, para hacerle entrega de alguna carta o paquete, y una vez allí, andando por el extenso jardín de la casa, haber descubierto la esbelta figura de Anita moviéndose detrás de los cristales de la gran tribuna que presidía la fachada... No entendía nada. ¿Qué podía hacer ese resquicio humano de actor con los pocos años de aquella preciosidad?

Pero luego me enteré de que Anita tenía un novio formal que se llamaba Paco y que era el cajero del mencionado bar Canaletas. Un tipo relativamente joven, con una calvicie rara, y feo, muy feo a mis ojos, y la simpatía no era su mejor cualidad. Pero yo le estaba agradecido porque había sido el inventor de aquellos paseos en busca del pan de Viena. Cuando se terciaba, pienso que debía ser un par de veces por semana, salía de casa y subía por las Ramblas hasta el bar. Una vez allí me dirigía hasta la caja para recoger la bolsa. Paco me la entregaba y salía disparado andando por las Rondas, hacia el Paralelo, donde vivía Anita, sin importarme nada el largo camino a recorrer.

Cuando llamaba al timbre, desde la calle, rezaba para que no estuviera la madre. Cuando eso ocurría todo era maravilloso. Anita me abría la puerta y me besaba y me abrazaba y me volvía a besar, mientras la perra *Fa* nos miraba impasible desde el pasillo. Me llevaba hasta la cocina y allí me volvía a besar mil veces. Eran besos como aquellos que se veían en las películas. Tremendos, de tornillo. Yo me caía; nos revolcábamos por el suelo... Me decía que me quería, mientras me abría el pantalón para tocarme y retocarme. Se levantaba la falda y bajándose las bragas se restregaba contra mí una y mil veces, mientras yo perdía el mundo de vista, elevándome hasta la sexta dimensión, en una serie de sensaciones desconocidas que aún hoy serían difíciles de explicar. Cada vez que eso ocurría, más y más ganas tenía de verla y de que me tocara y de tocarla, de que me besara y de besarla... Me volvía loco Anita, convirtiéndose en una verdadera obsesión la necesidad imperiosa de repetir cuanto antes la historia de ir a buscar aquel pan de Viena que me entregaba su novio.

Hasta que llegaba la madre.

Casi siempre la escena se interrumpía con la llegada de la madre. Oíamos abrir la cerradura de la calle, y los veinte escalones que había que subir hasta llegar al piso nos daban un tiempo más bien escaso para reponernos del acaloramiento sufrido en aquel inexplicable huracán erótico, pero la gordura de doña Lorenza, su incipiente sordera y el peso de sus tremendas posaderas, que le hacían emplear más tiempo del normal en la ascensión, nos permitían siempre recomponer el escenario sin que a primera vista se notara que hubiésemos dejado huellas de la locura pasada. Pero teníamos que darnos prisa para dejarlo todo en su sitio.

Doña Lorenza era un ser extraño. De buena mañana salía de casa vestida con su hábito morado del Cristo de Lepanto y los cordones amarillos complementarios bien ajustados a su cintura. Vista de espaldas llamaba profundamente la atención por su

desproporcionado tipo y la prominencia exagerada de su enorme culo.

Verdaderamente, nunca entendí cómo de una madre como aquélla había podido salir un bello y atractivo ser como su hija. Muchas veces, a mediodía, era fácil verla postrada frente al altar de aquel Cristo famoso que está levantado en uno de los lugares preferentes de la Catedral de Barcelona. Allí se pasaba el tiempo, ensimismada, casi en éxtasis, rezando sin parar hasta que volvía a casa habiendo comprado cirios y velones de todos los colores y escapularios varios con los que adornar su gran pechera.

Una noche en la que Anita me había dado la llave de la casa para que fuera a sacar a la perra, me encontré con un espectáculo insólito, terrorífico viéndolo desde la perspectiva de mis pocos años. Cuando entré en el piso, me quedé sobrecogido al ver que el largo pasillo estaba iluminado solamente con unos grandes cirios que estaban colocados a los dos lados del suelo. Aquella luz amarillenta, proyectada desde abajo, daba a la estancia una luz irreal, tenebrosa, mientras al propio tiempo desde el fondo del salón se oía una rara voz recitando una especie de letanías o salmos extraños, sobre un bronco fondo musical. De pronto la voz desaparecía, al tiempo que unos ruidos sincopados, sin definir, cortaban radicalmente el sonido, para dejar oír unos lastimeros gemidos.

Muerto de miedo, recuerdo haberme metido en una de las habitaciones de la casa y ver por el resquicio de la puerta entreabierta cómo doña Lorenza avanzaba entre los velones del pasillo, de rodillas, con las medias bajadas, pecho y espalda descubiertos, azotándose con algo parecido a un látigo, mientras invocaba extraños exorcismos. No sé bien cómo alcancé la calle sin que hubiese notado mi presencia, pero lo que sí sé es que nunca más volví a aquella casa solo.

La historia con Anita dio un giro radical con la aparición en escena de nuestro médico, Miguel Rumbau, que tenía la consulta en nuestra misma calle, enfrente de casa. Rumbau era aquella maravillosa persona a la que siempre podíamos recurrir cuando nos era necesario. Sentía por mi madre y por mí mismo una gran simpatía y nos atendía y nos daba las medicinas siempre gratis, en cuantas ocasiones hizo falta. Éramos muy amigos.

Un día me quedé sorprendido al ver que Anita se subía al coche del médico y se marchaban juntos. Durante un tiempo pude ver que esa relación se iba consolidando, pero me costaba entender de qué forma se habían conocido, ya que eran dos personas de ambientes completamente distintos y que se ignoraban mutuamente.

Luego lo supe. Había oído varias veces algo que no entendía bien, pero que me intrigaba mucho, algo como que se había tenido que hacer un «raspado en la matriz». Yo no tenía ni idea de lo que significaba hacer un raspado y mucho menos lo que podía ser una matriz. Anita ocultó un embarazo de su novio justificándolo con una enfermedad pasajera; quería abortar y no sabía cómo hacerlo. Fue mi madre la artífice de aquel encuentro entre el médico y la actriz, y fue Rumbau, sin que nadie se enterara, quien corrió con el tremendo riesgo de aquella operación doblemente

peligrosa, por lo avanzado de la gestación y por el alcance punible que suponía en aquel tiempo realizar una cosa como aquélla.

De ese aborto nació la relación entre ellos dos. Desaparecieron Enrique Borrás y el novio, y con él se terminaron definitivamente mis paseos para recoger los panecillos de Viena. Con los panecillos desaparecieron también aquellos ratos de prematura e intensa voluptuosidad en la cocina de Anita, ratos de revolcones y tocamientos, pero el poso de todo aquello me hizo descubrir más tarde emociones que ya no me abandonarían nunca y que he necesitado para seguir gozando de los regalos que la vida me ha ido ofreciendo.

Definitivamente, esa historia empezó a despertar en mí una obsesión desmedida por el sexo.

¿HE DICHO SEXO?

Lo que más me atraía de la perra *Fa* era eso, que era perra y su sexo era de perra.

Para la mayoría de los chicos de mi edad, con poca o ninguna formación, como la que tenía yo, esa condición femenina entrañaba un misterio difícil de descifrar. Siempre, cuando jugaba con *Fa*, un bonito ejemplar de raza Labrador, mi memoria incipiente me trasladaba al pueblo de San Antonio, de Ibiza, a cuando estuve allí viviendo con mis padres. Fue la primera vez desde que tuve uso de razón que vi a una pareja de perros que, montado uno encima del otro, hacían una cosa que me pareció muy rara y que luego, más tarde, por unos amigos que estaban mejor enterados que yo de aquel tipo de asuntos, supe que era copular, acción imprescindible para procrear perritos; algo, me dijeron, que también los humanos practicábamos para poder llegar a tener niños. Aún tardaría mucho en enterarme de que la buena utilización del sexo podía dar más de sí.

Fa era la perra de la casa, y con ella pasaba ratos agradables mientras Anita estaba ausente, andando por los escenarios teatrales. Era la primera vez en mi vida que llevaba a un perro de paseo, lo que me hacía sentir estúpidamente importante. Siempre me pareció que tener un perro y pasear con él era un privilegio exclusivo de gente de otra alcurnia que la nuestra.

Subía a la montaña de Montjuich, que quedaba cerca de donde vivían sus dueñas. Hacíamos excursiones; frecuentemente le daba de comer y también, de cuando en cuando, se había quedado a dormir en nuestro «palomar» de la calle del Hospital, haciéndonos compañía a mi madre y a mí, mientras Anita y su extraña progenitora salían de Barcelona, haciendo «bolos» por los pueblos.

Mi interés por el misterio del sexo culminó aquellos días, cuando una noche en que *Fa* estaba subida en mi camastro, no me pude contener más y después de entreabrirle con cuidado la vagina y observar aquel enjambre de carnes rosadas, le metí el dedo pulgar hasta el fondo, emulando durante un rato la acción de aquellos

lejanos perros ibicencos. Mi frustración fue grande cuando vi que *Fa* no se inmutaba y me miraba incrédula sin entender nada... En aquella ocasión seguí como *Fa*, sin llegar, como ella, a entender nada de nada...

Capítulo XVII

La constante zozobra... Aquí la vida seguía igual

Había llegado el Día D y la Hora H. Se producía el gran desembarco de las fuerzas aliadas en Normandía. Rompían la línea de defensa alemana y empezaban su impetuoso avance por Francia.

Se avecinaba una tormenta... Aquella noche lluviosa, en pleno puerto de Tarna, linde entre las provincias de León y Oviedo, habían sonado disparos, y muy cercanos. Por un viejo altavoz se nos daba la orden de no asomarnos ni salir de las tiendas de campaña. Ni que decir tiene el pánico que pasamos hasta que se hizo de día y pudimos comprobar lo sucedido.

Esa sentida mezcla de deseo de aventuras y a la vez inquietud por lo que pudiera pasar en ellas, ejercía sobre la mayoría de los chicos de mi edad efectos perniciosos. Sobre todo aquellos a quienes la guerra no nos había dejado crecer en plena libertad, veíamos en las oportunidades y perspectivas que nos ofrecía la Organización Juvenil, en aquel tiempo, un atractivo demasiado grande para desaprovecharlas.

Era verano, me había inscrito para ir hasta Riaño, en la provincia de León. Desde Cistierna nos trasladaríamos a pie hasta la población citada. Allí nos reuniríamos cerca de ochocientos muchachos de todas las provincias de España y levantaríamos un gran campamento en el que durante veinticinco días, con las bases del «Espíritu Nacional», nos formaríamos en una educación física que nos haría «fuertes» y «sanos». Bajo esas premisas fue pasando el tiempo junto a los montes de aquel hermoso valle leonés.

La estancia y el regreso estaban programados por el jefe nacional de las Juventudes, un «camarada» llamado Elola. Todo estaba premeditado, se sabía que los últimos reductos del maquis aún andaban por aquellos montes asturianos, y la marcha caminando por toda la cuenca minera hasta Sama de Langreo, con el paso de las ocho centurias que formábamos, tenía como objetivo producir efectos intimidatorios sobre los grupos disidentes revolucionarios que estaban refugiados por las alturas. La marcha duró diez días, por la noche montábamos las tiendas para pernoctar y, por si en algún momento pudiéramos ser atacados por aquellos residuos de anarcosindicalistas montaraces, se quedaba una sección de la «Vieja Guardia Falangista», que iba armada con unas obsoletas carabinas, para vigilar el campamento.

No fue un ataque de los anarcos lo que provocó los disparos de aquella noche. Después del pánico pasado, por la mañana, cuando pudimos salir de las tiendas, tres

grandes vacas yacían muertas junto a nosotros. La «Vieja Guardia» había confundido las sombras de una manada de ganado, que se había acercado pastando por el campo, con una descubierta de aquellos amenazadores maquis.

¿LA SEMILLA?

Cuando la escasa economía de que disponíamos lo permitía —creo que eran alrededor de treinta céntimos lo que costaba la entrada de general, la más barata y que era la del primer piso—, iba a «Can Pistolas» los domingos por la mañana. Procuraba llegar pronto para conseguir una butaca de primera fila. Asistía a las sesiones matinales, que empezaban sobre las once y que me tenían entretenido hasta cerca de las dos de la tarde. «Can Pistolas» era como solíamos llamar la gente del barrio al cine Capitol, que estaba situado —y lo sigue estando a pesar de los años pasados— al principio de Las Ramblas, y en él se solían programar entonces, casi siempre, las películas del oeste más representativas que venían de Hollywood y que a mí me gustaban tanto. Creo que en ese cine empezó a crecer microscópicamente dentro de mí el gusanillo profesional que ya me tendría atenazado toda la vida y que se iría desarrollando con los años hasta conseguir realizar producciones de ámbito internacional, y la titulada *Tierra de todos*, una de las películas más representativas de nuestra Guerra Civil, méritos que generosamente me concedió la Academia de las Artes y de las Ciencias Cinematográficas, al otorgarme el Goya de Honor del año 2000 por mi «aportación al cine».

Recordando aquellas sesiones del Capitol, me veo de pie saludando brazo en alto, como todo el mundo en la sala, mientras en la pantalla se proyectaba la fotografía del «Caudillo» y por los altavoces, a todo trapo, se oían los himnos oficiales del momento, que sonaban abreviados: primero el de los requetés, que empezaba con aquello de «Por Dios, por la patria y el rey», le seguía, entrelazado, el *Cara al sol* de la Falange, y para terminar, había que tragarse todo el *Himno nacional*, seguidos de los «gritos de rigor», todo ello antes de que nos pudiésemos volver a sentar en las butacas y empezara la proyección del obligado Noticiero, NO-DO —de reciente creación del régimen— que competía con el Fox Movietone americano, el Ufa alemán y el Luce que venía de Italia.

Además, ese rito de levantarse y todo lo que seguía era de obligado cumplimiento en cualquier manifestación pública que pudiera organizarse.

UN DÍA, OTRO DÍA, Y ASÍ...

«¡Al rico bombón helado!». La heladera pesaba lo suyo. Ante la incertidumbre que presentaban los «bolos» por los pueblos, Paquito, mi acompañante en las

escaramuzas teatrales, había encontrado un trabajo fijo. Unos conocidos le propusieron vender caramelos y bombones en el Teatro Barcelona de la Rambla de Cataluña, y a los pocos días ya estaba con su cesto al brazo y la chaquetilla blanca, voceando en los entreactos la sarta de golosinas que llevaba a cuestas. Aunque no se trataba de mucho dinero, las comisiones que ganaba ayudaban a los gastos diarios de la familia, lo que me producía cierta sana envidia. Era el momento en el que yo también debía empezar a trabajar en algo serio, y aunque aún no había cumplido los 14 años preceptivos para poder hacerlo, mi aspecto y mi estatura justificaban de sobra el poder emplearme en cualquier cosa.

Una de las tardes en que yo había ido a ver a Paquito, uno de los tipos que manejaban aquel pequeñito cotarro me ofreció la posibilidad de enrolarme en el mismo negocio, pero con una variante: yo me dedicaría a vender bombones helados en el Cine Savoy del Paseo de Gracia, cine que estaba junto a la famosa Pedrera de Gaudí. Mi trabajo consistiría en pasar por el Teatro Barcelona, donde tenían la gran nevera, y cargar en una pequeña heladera los bombones de la venta diaria, subir hasta el cine por la tarde y por la noche, y entre cada pase de la película —era un cine de sesión continua— ofrecer a la clientela mi delicia helada... ¡Putita heladera!

Lo que no sabía cuando acepté el trabajo, era que al ir a buscar los helados al teatro, antes de sacarlos de la gran nevera tenía que machacar hielo de una gran barra y mezclarlo con sal gruesa, rellenando el depósito circular de la dichosa heladera, para que los bombones se mantuvieran en condiciones de poderlos vender antes de que llegaran a deshacerse. Recuerdo que se me quedaban las manos heladas cada vez que me metía en aquel lío, y lo que jamás podré olvidar era lo del sube y baja continuo por el Paseo de Gracia, con la heladera a cuestas. Nunca me pareció tan largo el camino. ¡Cómo pesaba la ladrona! Suerte tuve de aquellos bancos de la *belle époque* que soportaban las bonitas farolas del Paseo, bancos en los que restauraba mi frecuente agotamiento dejando descansar, cuando ya no podía más, mis maltrechas posaderas en ellos. Era como una pesadilla.

Durante los meses en que me dediqué al rico bombón helado, en el cine, cada dos horas se proyectó la misma película. Se titulaba *Trece sillas*, era alemana y su protagonista, Heinz Rhuman, estaba casi siempre en la pantalla. No creo haber visto nunca tantas veces en mi vida a un personaje como ése, repitiendo siempre y siempre lo mismo.

Agotado, cuando pude dejé ese trabajo. Con la experiencia adquirida subí un escalón en el mismo gremio, pero ya sin la heladera de marras.

Esas vivencias eran excitantes a mi edad. Me daban la oportunidad de conocer cosas, de tener amigos, de moverme, de ver que servía para algo.

¡Y DALE!

«Bombones, caramelos, chocolate»... Había desechado, afortunadamente, lo de los bombones helados y la repelente heladera que me tenía frito. Sentía como si ahora hubiese subido de categoría.

Emulando a Paquito en el Teatro Barcelona, esta vez llevaba un cesto lleno de golosinas secas entre los brazos y, como él, en los entreactos de las funciones recorría los pasillos del Teatro Cómico del Paralelo, promocionando la venta de mis nuevos artículos, en los que el hielo y la sal no tenían lugar. Era como una liberación haber podido entrar en la empresa del señor Manén, que tenía una especie de exclusiva para la venta de chucherías en los principales locales de la ciudad. El señor Manén era un tacaño judío que explotaba a una veintena de chicos que, como yo, estaban escasos de los más elementales recursos económicos. Nos reuníamos por las tardes en su casa de la Ronda de San Antonio, y allí, antes de salir a nuestros respectivos negocios, y como hacían los de los bombones helados, nos repartía a cada uno en unas bolsas los artículos para la venta diaria.

De madrugada, volvíamos todos a su almacén para hacer la liquidación, y siempre eran más de las dos cuando regresábamos a casa con las pobres comisiones ganadas. Nunca la calle de San Pablo me pareció tan larga como en aquellos recorridos nocturnos de regreso a nuestro «palomar», donde casi siempre encontraba a mi madre esperándome antes de irse a dormir.

En aquel trayecto, en el que forzosamente cruzaba buena parte del Barrio Chino, y donde la vida no terminaba nunca, empalmando el día con la noche, había tenido que correr muchas veces huyendo de mil rifirrafes que se organizaban por sus calles; eran frecuentes las broncas, promovidas por chulos y mujeres de mala vida, como se las llamaba entonces. Había persecuciones, peleas, redadas de la policía... Todo eso era una constante diaria.

«Corre, no mires atrás... Disimula como si fueras mi novio», me decía una chica de aquellas que andaban por la calle, agarrándome fuertemente del brazo ante el temor de ser detenida por la policía en la redada de turno.

«Si se me llevan me cortarán el pelo... sigue andando, por favor».

Muerto de miedo, la acompañé unas manzanas abajo, hasta que, separándose de mí, me dio las gracias y me besó en la cara, desapareciendo.

Unos minutos más tarde, Pepe, nuestro sereno, me abrió el portal de casa.

Sólo me quedaban por subir aquellos ciento trece escalones que llevaban a nuestra pequeña buhardilla.

Siempre le rechazaba a Pepe, el vigilante de la calle, la velita que me daba para que me alumbrara por el camino. Recuerdo que casi siempre cerraba los ojos y echaba a correr escaleras arriba a toda velocidad, saltando los escalones de tres en tres, hasta que llegaba a la puerta de la azotea que lindaba con nuestro pequeño refugio.

En aquellas vertiginosas subidas nunca pude evitar que pasaran por mi cerebro, como una exhalación, reflejos de las historias de cada piso. Especial relevancia

cobraba el paso por la planta en que murió mi padre, que me producía una fuerte sensación difícil de describir... Terrible fue aquel día de madrugada en que, al atravesar el rellano en la más completa oscuridad, tropecé de golpe con un indigente que dormía en el suelo, y que, buscando refugio en la escalera para pasar la noche, había subido hasta allí. El susto fue morrocotudo, quedándome poco más o menos sin poder respirar.

Capítulo XVIII

De salto en salto

El ejército aliado entraba en París y los rusos lo hacían en Berlín. Los alemanes se retiraban en todos los frentes.

Ya he hablado de lo curioso que resulta el encadenamiento de las cosas en la vida. De algo tan sutil como que, en un momento dado, te presenten a una persona y esa circunstancia pueda significar algo fundamental y decisivo en el futuro, y que, además, te haga entrar en un mundo nuevo, completamente desconocido hasta entonces. Ése sería mi caso. Con el tiempo, ya nunca me podría separar de la profesión maravillosa que se me vino encima casi sin enterarme.

Hacía poco que se había estrenado una película nacional, que tenía un gran éxito en todas partes con el título de *La tonta del bote*, interpretada por dos actores muy conocidos en aquellos días, Rafael Durán y Josita Hernán. La dirigía un experto en doblaje de filmes americanos llamado Gonzalo Delgrás. Los pasos que me conducen hasta él, y a estas alturas de los años pasados, me estremecen por lo sencillo, recordándome de nuevo que todo está montado como en la estupenda comedia *La vida en un hilo*, de mi admirado Edgar Neville. Hechos cotidianos sin la menor importancia aparente que, de haberse desarrollado de otra forma, ¿adónde me hubieran llevado? ¿A limpiar botas?

PERO VAYAMOS AL GRANO

Aquellas tertulias del Café del Liceo, como creo haber contado antes, fueron decisivas en nuestro devenir. Si primero significaron para mi madre poder hacer «bolos» por los teatros de Cataluña y más tarde llegar a conseguir un puesto entre el profesorado de declamación en el Conservatorio, lo que nos dio la oportunidad de que empezaran a cambiar a mejor nuestras vidas, también le dio la ocasión de que pudiera contactar con el doblaje de películas en el estudio de La voz de España, de la avenida del Tibidabo. Con ese trabajo se nos abría un nuevo y esperanzador horizonte. De cuando en cuando la llamaban para realizar una convocatoria, y eso representaba cada vez que trabajaba tener un ingreso de treinta pesetas, que en sus maravillosas manos se multiplicaban sin fin.

En aquella sala en penumbra, cuando acompañaba a mi madre, tuve la oportunidad de doblar a niños que aparecían ocasionalmente por las pantallas. Recordaré siempre el primer día que me puse delante de un atril para doblar a un

jovencito vendedor de periódicos en *El pequeño lord*, película que protagonizaba Fredy Bartolomew. También me veo en el departamento de montaje del estudio, pasándome horas y horas mirando cómo los expertos manejaban montones de celuloide en el complicado proceso de sustituir la banda sonora original por la española doblada.

«Llégate hasta el bar y que te den el bocadillo de jamón que les he pedido».

«Tráeme un café».

«Por favor, cómprame el periódico en el quiosco de la esquina».

Al cabo de un tiempo de andar por allí, me había convertido nuevamente en aquel «chico para todo», circunstancia que, siguiendo el consejo de mi madre de «mirar, ver, oír y aprender de cuanto te rodee», me fue introduciendo paulatinamente en ese campo profesional que ya no abandonaría nunca.

Más adelante, la llegada del director Gonzalo Delgrás a ese estudio para sonorizar alguna de las escenas de su última película fue el hilo que tejería definitivamente mi futuro en el cine. Los eslabones de esa cadena invisible que surge espontáneamente y que va creando eso que llamamos nuestro destino, empezaron a dar su fruto. Aquel saludo cortés de mi madre al director sería el primer paso de una relación que me llevaría con el tiempo a introducirme para siempre en ese mundo del celuloide, y que me convertiría, a mis 18 años, en un avezado técnico del montaje de películas y a los 24 en un precoz director. Todo eso llegaría más tarde, ahora... sólo tenía 15 años...

MÁS DE LO MISMO, PERO DISTINTO

Adela

Luego aparecerán Heriberto, Tomás y José, un trío de maravillosos homosexuales... ¿Cómo se les llamaba? ¿Qué quería decir entonces esa palabra tan rara? ¿Maricones, tal vez? No; eran invertidos o afeminados...

Adela Carbone era una actriz consagrada, muy amiga de mi madre. Antes de la guerra, juntas, habían hecho teatro en las mejores compañías. Con Irene López Heredia y con María Fernanda Ladrón de Guevara pasaron largas temporadas representando repertorios dramáticos de primer orden. Con la aparición de mi padre, mamá dejó de hacer teatro, y aunque esa separación de su gran amiga y compañera fue larga, la amistad que siempre las unió hizo que con el tiempo se volvieran a relacionar intensamente siempre que aparecía por Barcelona para trabajar.

Cenar entre función y función, como solíamos hacer en el camerino junto a Adela, con lo que ella traía del hotel, era para mi madre una gran descarga, ya que hasta entonces nuestras penurias por conseguir comida aún no se habían resuelto del todo.

Heriberto.

Cierro los ojos, voy muy hacia atrás, y me parece que le estoy viendo entrar en el camerino de Adela. Era un tipo alto, debía medir un metro noventa y muchos centímetros, muy delgado y bastante guapo. Trabajaba en la central del Banco Alemán Transatlántico y era jefe de una de sus secciones importantes. Iba siempre impecablemente vestido y usaba un perfume suave, pero muy personal. Era y ejercía de alemán, un alemán de bruscos gestos, quien, a pesar de tener aquellos tics que le hacían algo adusto, era una persona entrañable. Nunca llegaba de vacío al teatro, apuntándose infinidad de veces a nuestra cena con lo que él también aportaba.

Supe que en muchas ocasiones le había dado dinero a mi madre para que pudiéramos comer, y alguna que otra vez para que me comprara ropa que vestir.

Al poco de estallar la guerra europea, como buen alemán, le llamaron a filas para que se incorporara al ejército que estaba luchando en el frente de Rusia. Recordaré siempre la despedida. Nos reunimos los cinco, en el chaflán del Paseo de Gracia con la calle de Aragón, en las pequeñas oficinas que tenía instaladas una compañía de aviación que entonces empezaba a emerger, la Lufthansa, que cada semana volaba a Fráncfort...

Allí, esperando el coche que se lo llevaría hasta el aeropuerto, hablamos, lloramos, nos abrazamos.

¿Le volveríamos a ver? ¡Otra vez la dichosa guerra!

Regresó. Habían pasado casi dos años desde su marcha. Coincidiendo con otra presencia de Adela en Barcelona, celebramos por todo lo alto su regreso. En esa fiesta aparecieron sus viejos amigos José y Tomás, a quienes hasta entonces Heriberto había tenido ocultos para nosotros, pero...

Yo me llevé una gran sorpresa al ver a José allí. José era uno de los camareros del hotel Moderno, el hotel que estaba enfrente de casa. Era un tipo joven, muy apuesto, al que me encontraba muchas veces por la calle y que, en mis frecuentes visitas a la consulta del médico Rumbau, cuya entrada estaba en el mismo rellano que la del hotel, aparecía a menudo, como si me estuviera esperando. Me miraba mucho y alguna vez había tenido la sensación de que me seguía por la calle, algo que, sin saber bien por qué, me producía cierta intranquilidad. Actitud que, desde aquel mismo día, cuando conoció a mi madre, nunca fue a mayores.

Sin embargo, desde ese momento se relacionó mucho con nosotros, hasta el punto de hacernos beneficiarios de cuanto tenía la Cooperativa Militar, donde su padre era uno de los jefes. A partir de entonces, con su inestimable ayuda, poco nos faltó en casa, siempre que tuviéramos dinero para comprarlo.

Tomás era inspector de Abastos, y por todas partes la asignatura de la comida, con su escasez general, seguía teniendo un suspenso. Al día siguiente de ese grato encuentro, Tomás nos regalaba tres cartillas de racionamiento extra, y le proporcionaba a mi madre la del tabaco, que ya me correspondía, al tener cumplidos los 15 años requeridos para tenerla.

Atrás se empezaba a quedar la terrible pesadilla de la falta de víveres que

habíamos pasado durante tantos años y lentamente, muy lentamente, iba desapareciendo el estraperlo generalizado, nacido del caos alimentario sufrido un día tras otro, que incidía directamente en el tan resentido puchero de las familias, y que había enriquecido, como siempre pasa, a los más pudientes.

Por fin, después de mucho tiempo se suprimían las nefastas cartillas de racionamiento, por las que tenías derecho, entre otras cosas, a un poco de pan... Aquel pan que en las largas noches de frío invernal, en la cola, junto a las hogueras improvisadas en la calle de las Cabras, teníamos que esperar hasta que llegara la mañana y la señora Marga, dueña de aquel horno, levantara la puerta metálica y, siguiendo el riguroso turno de la cola, nos hiciera entrega de la parte que nos correspondía a cada uno...

Lejos, muy lejos también, quedaba el recuerdo del primer pan oficial que se había repartido al instaurarse el racionamiento, pan que consistía en unas estrafalarias barritas de color amarillento, de raro sabor, que ante la falta de trigo se amasaban solamente con maíz y agua.

El lento desarrollo y lo que parecía una conquista motivada por la previsión del nuevo régimen, y así nos lo vendían, no era sino la lenta desaparición del tremendo aislamiento a que nos tenía sometida la comunidad internacional, y veíamos cómo después, paulatinamente, el régimen franquista iba siendo aceptado por las distintas naciones que hasta entonces nos habían tenido condenados al ostracismo más absoluto.

Así, nuestra vida iba cambiando día a día, y con la eficaz administración de esos pocos recursos llegados del cielo, y el inestimable tesón que la caracterizaba, mi madre, comprando y vendiendo, consiguió hacer que saliéramos adelante en ese complicado y duro tiempo de posguerra.

DONDE ESTÉN

El padre de José apareció una mañana por casa. Venía a ver a mi madre para contarle el drama de su vida y quería que yo estuviera presente. Su hijo era «de la acera de enfrente». Le contó que sus amigos Heriberto y Tomás también lo eran y que ellos dos tenían la culpa de esa tremenda desviación afectiva que había convertido a su José en algo que nunca pudo imaginar: ¡un hombre al que le gustaban los hombres! Se lo advertía para que tuviera cuidado conmigo, ya que yo era aún un niño y su relación con ellos podía ser peligrosa para mí.

Aunque no entendía muy bien todo aquello de «a hombre le gusta hombre», nunca más los quise ver. Me acordaba de los ratos pasados en el mercado de la Boquería, en plena guerra, cuando por las tardes íbamos a cazar ratas y Miguel, el niño aquel, sin venir a cuento me hacía exhibiciones de su pilila e intentaba manosear la mía cuando teníamos necesidad de ir a mear y lo hacíamos entre los puestos

vacíos, en algún rincón apartado del mercado.

Heriberto, José, Tomás... Hoy, como muchas otras veces, he pensado en ellos. Donde estén, seguro que nos encontraremos, intentaré reparar la injusticia...

Capítulo XIX

Qué aburrimiento

En el Pacífico los americanos se iban imponiendo al fuerte ejército japonés... Importante fue la ocupación de la isla de Iwo Jima por los marines estadounidenses, tras una cruenta batalla.

Si deprimente se nos antojaba cuanto nos rodeaba, en esa constante lucha que tenía entablada la sociedad por salir adelante, después de haber sido tan vapuleada durante los largos años de la Guerra Civil, ahora, en este tiempo que vivíamos aquí, en nuestra España querida, cuando nos asomábamos a la ventana del exterior y se echaba la vista hacia el horizonte que se vislumbraba por todas partes, el paisaje no podía ser más desolador. Prácticamente el mundo entero estaba ardiendo a lo largo y ancho de todos sus puntos cardinales. Parecía como si los pobladores de nuestro universo se hubiesen vuelto todos locos, desquiciados.

Frentes de lucha abiertos en Europa, en África, en Asia, en el aire, en todos los mares, donde se libraban sin la menor tregua duras batallas que ocasionaban día a día infinidad de muertes, muertes que se llegarían a contar al final por millones... Ese monumental disparate tenía hipotecada a la humanidad; y su corsé restrictivo y despiadado llegaba a todos los niveles y a todas las latitudes, repercutiendo ostensiblemente, de una forma u otra, en los seres que luchábamos por la supervivencia y por conseguir un mínimo desarrollo vital. Yo, un pigmeo, estaba entre ellos.

Y DE NUEVO EL SEXO

¿Por qué eso que todos los mortales teníamos entre las piernas me producía ya desde niño aquel desasosiego? Me estallaba el cuerpo. Aquel cúmulo de sensaciones voluptuosas llegaba a mi vida en un momento crucial de mi tímido desarrollo. La tremenda atracción que sentía por Maleni Rossi, la bella vicetiple del Teatro Cómico, que conocí cuando vendía bombones allí, y el hecho de haberla visto completamente desnuda en su camerino, cuando le llevaba una bolsa de bombones que le había comprado un viejo admirador, y el «¿te gusto?» que me dedicó dándome un largo y dulce beso en la boca, trastornaron absolutamente aquella noche mi laberinto emocional y propiciaron la decisión de masturbarme por primera vez, en su honor, en los urinarios que estaban junto al escenario. Recuerdo la experiencia, el hito... Fue como una extraña explosión, como una ascensión repentina a las alturas, como si subiera a la estratosfera en un extraño globo...

Me había acostumbrado a salir con aquel grupo que conocí en los días de esquí, en Rasos de Peguera; me agarraba a ellos siempre que podía. Aunque mucho más joven que los demás, como yo era alto pasaba inadvertido entre todos y me podía colar en los sitios prohibidos. Los días de fiesta, después de las sesiones del Tiro Nacional, seguíamos casi siempre el mismo rito, ir al Barrio Chino a visitar las casas de perdición de las calles de Robador, de las Tapias, San Olegario, para terminar al final de la tarde en la famosa casa Emilia, en la calle Conde del Asalto, donde vi por primera vez a Mónica.

Pasaban las semanas, los meses. Aquellos prostíbulos eran tremendos, desprendían un olor especial, pegajoso. Todos se parecían. Las chicas, también. Entre las escasas jóvenes, proliferaban las feas, gordas, viejas y otras que estaban como preñadas. Medio desnudas, con trapos de mil colores deambulaban por los locales exhibiéndose por una especie de estrados montados a cierta altura, desde donde camelaban a la parroquia de turno. Reían, gritaban, bailaban sobre una aguda música que proporcionaban unos viejos altavoces instalados por las paredes. Cuando una de ellas era la escogida, había que pasar por taquilla antes de seguir avanzando por el pasillo o la escalera que conducía a la habitación asignada.

Me gustaba Mónica. Empecé a desear que llegara el domingo para volver a verla.

LA OBSESIÓN IMPARABLE

Perros que follaban, el niño que pretendía tocarme la cola, Matilde y la cama, Charito, Emilia, Luisa, su boca y su culo, Anita y los revolcones, la perra *Fa*, Malenni Rossi... ¿Malenni?

Mi Malenni.

De nuevo las palabras: joder, masturbarse, lesbianas, violación, invertidos, abortos, putas, menstruación, ¿mestrua... qué?, feto, culo, polla, coño. ¡Qué mundo! ... ¿Qué era todo aquello?

Me movía en un círculo en el que todas esas cosas eran tabú para un chico de mi edad. Nadie me explicaba nada y, es más, cuando salía alguno de esos temas en cualquier conversación en la que estuviera yo delante, se cuchicheaba, y casi siempre por lo bajo, los mayores se reían a mi costa y a los más jóvenes les hacía gracia mi desconocimiento del tema y me solían tomar el pelo. Cuanto más se reían, más renovaban mi afán interno por desentrañar aquellos misterios.

«Primero tienes que hacerte un hombre, luego sabrás».

Y yo me preguntaba, ¿es que acaso no lo soy?, ¿cuándo y quién me lo diría?

Me tenían obsesionado los locales aquellos que estaban medio escondidos por los rincones del barrio, tiendas misteriosas que anunciaban cosas extrañas: «Gomas», «Enfermedades venéreas», «Lavajes», «Suspensorios», «Especialistas en blenorragias» —¿eran eso las purgaciones?—, en cuyos escaparates mal disimulados

yo no acertaba a descubrir lo que allí se vendía. Sentía como si todo eso perteneciera a un mundo en el que yo no tenía nada que ver y que, sin embargo, ejercía sobre mí una enorme atracción.

Cerca de casa, en la calle de Cardenal Casañas, entre dos grandes almacenes de tejidos —uno de ellos era «La Saldadora» y del otro no recuerdo bien su nombre— había, en un pequeño recodo, una ventana de no más de un metro de anchura, adornada por una especie de raído y viejo damasco granate con los raros anuncios del gremio, junto a una puerta cegada por un cristal esmerilado. Esa puerta se abría pocas veces y parecía estar vetada para el género femenino, ya que a lo largo de mucho tiempo de pasar por delante —mi curiosidad por ese mercadeo se acrecentaba día a día— sólo vi entrar a hombres, como ocurría en aquel piso principal de mi vieja casa...

Pasaron muchos meses antes de que me atreviera a meterme allí. Lo hice a la sombra de Miguel, del que hablaré más tarde. Era un diminuto local en el que apenas cabíamos los dos delante de un ridículo mostrador de cristal, atendido por un viejo. Detrás, un armario lleno de cajoncitos de colores tenía distribuidas las distintas clases del principal producto que se vendía en la casa: las gomas. En una esquina, un viejo lavabo, una toalla y un sin fin de frascos y frasquitos revelaban toda la actividad del lugar.

La enorme vergüenza que sentía en esa aventura no me impidió vivir completamente mudo la complicada transacción de la compraventa del simple condón requerido por mi acompañante. Escogidos el grosor y el lubricante idóneo, el dependiente lo sacó del cajoncito respectivo y, quitándole el sobrecito de protección, lo deslizó estirándolo hasta el fondo sobre una especie de falo de madera que presidía enhiesto el mostrador. Una vez cubierto todo el falso pene con la goma, el viejo experto en esas lides pisó un pedal que estaba situado a un lado del armario y que insuflaba aire al falo. Ese aire hinchaba el preservativo como un globo, a fin de poder comprobar la falta de pérdidas peligrosas que pudieran acarrear consecuencias imprevistas.

Deshinchado el globo, lo recogía cuidadosamente sobre el descrito pene y después de meterlo en el sobrecito correspondiente, lo entregaba al demandante, previo pago de su importe: dos pesetas.

Aquellas sensaciones primerizas sobre el sexo que había sentido a lo largo del tiempo se desarrollaban definitivamente, imparables, dentro de mí...

Los caprichos, las oportunidades, el momento aprovechado que me brindaba aquel año con mis nuevas experiencias, me dieron la ocasión de salir al cabo de unas semanas en la expedición que se iba a esquiar al albergue de Rasos de Peguera, en el Pirineo leridano. Durante las semanas que permanecí allí, conocí a los sujetos que influirían decisivamente en el desarrollo del tiempo que se acercaba.

LUEGO

Aquél era un grupo de fanfarrones. Catapultados del Frente de Juventudes, les habían entregado unas credenciales de algo así como «subagentes» de la autoridad, un invento del que entonces era gobernador de Barcelona, llamado Correa Veglison, falangista de la «Vieja Guardia», que iba formando por todos los distritos de la ciudad una especie de ejército en la sombra, que fuera afianzando entre la gente el nuevo desarrollo político de los vencedores.

Sin darme cuenta, yo había caído en sus redes y esperaba con impaciencia llegar a cumplir los 16 años para gozar de los mismos privilegios que tenían ellos. Poseer aquel mágico carnet con el que se podía viajar gratis por metros y tranvías y entrar en todos los espectáculos sin tener que hacer colas ni sacar entradas... Y poder sentirme más hombre...

¿Más hombre?

Sabía que algunas noches se iban a los barrios extremos, para dar «batidas» entre la gente que de madrugada entraba a trabajar en las fábricas. Esas «batidas» consistían en amedrentar a cuantos desgraciados encontraban por la calle, creando un clima de verdadero terror por toda la ciudad, con el que consolidar la aparición del nuevo «maravilloso» régimen.

Una noche, Miguel, el que solía mandar, me vino a buscar a casa para que les acompañara a la «descubierta» que tenían preparada. Fue horrible. Juré que no volvería más, que aquello no era lo mío. Pasé miedo, terror y vergüenza, mucha vergüenza, con aquel pobre hombre al que detuvieron en una esquina y, después de pedirle la documentación, le colocaron contra la pared sometiéndole a un registro ignominioso. Con ganas de vomitar, me volví a casa. ¡Qué asco! ¿Sería ese el futuro que nos esperaba?

Sin embargo, durante las semanas que me faltaban para tener la edad reglamentaria y poder ir solo, les seguía acompañando los domingos por la tarde a las sesiones del Tiro Nacional, unas instalaciones que estaban situadas en la falda de la montaña de Montjuich, donde Miguel y los suyos colmaban su fogosidad disparando tiros a diestro y siniestro, mientras yo les contemplaba impaciente, esperando la hora de continuar la ruta por el Barrio Chino que me llevaría a ver a Mónica de nuevo.

Alguna vez, coincidiendo con nuestra visita al burdel, Mónica no estaba en el escaparate. Me la imaginaba haciendo su peculiar trabajo en la cama con el cliente de turno. Recuerdo cómo empezó mi enfermiza obsesión por ella y el camino que debía recorrer hasta atreverme a contratar sus servicios.

Me costaba pensar que podíamos estar juntos en una habitación, solos y desnudos...

¿Quién se desnudaría antes? Ella, porque llevaba menos ropa, pero... ¿Qué

pasaría después? ¿Qué sensación sentiría con aquella puta que me gustaba, teniéndola entre mis brazos? ¿Cómo era de verdad lo de joder?

Desconcertado, me hacía mil preguntas sobre el misterio del sexo. Me masturbaba, no dormía, andaba todo el tiempo con la obsesión de ir junto a Mónica y consumir de una vez aquel interrogante: ¿Se reiría de mí?

Había tomado la decisión. Agarré la pistola y me la metí en el bolsillo. Tiritando, salí de casa, y Ramblas abajo llegué frente al portal del burdel. Ya tenía 16 años. La semana anterior los había cumplido y los siete días pasados fueron de verdadera angustia, de una obcecación desmedida, enfermiza.

Durante ese tiempo no conseguí vencer la estúpida timidez que me carcomía y todos los intentos de follar con Mónica se frustraban ante la gran cobardía que inundaba mi cuerpo. Había llegado hasta ella varias veces, la había visto y me había visto, sabía que me gustaba y todas las tentativas que hacía para que la acompañara escaleras arriba quedaban frustradas ante mi infantil estupidez.

Ahora era distinto, obcecado y sin pensar en otra cosa le había pedido a Miguel la pistola que siempre llevaba encima, y el hecho de llevarla en el bolsillo me daba fuerzas para seguir adelante. ¿Me tomaría en serio Mónica cuando viera el arma?

Pasé por la taquilla pagando las veinticinco pesetas reglamentarias que celosamente había ido guardando desde hacía tiempo. Subimos las escaleras, y sin apenas darme cuenta me encontré frente a Mónica en aquella sórdida habitación de cama, lavabo, espejo y palangana... Me temblaban las piernas, y el miedo y el terror me invadían todo el cuerpo mientras ella se quitaba los pingajos que apenas la cubrían. Con las pocas fuerzas que me quedaban me eché sobre el camastro dejando la pistola en el suelo.

«¿Y tú por qué llevas eso encima?», me preguntó Mónica.

«Porque ya soy un hombre», le contesté, tiritando, sin que me saliera apenas voz.

«Tú qué vas a ser un hombre, tú eres un niño».

Y Mónica, con un preservativo en la mano, empezó a desnudarme. Algo en mí empezaba a cambiar.

En el mundo, también. Aquel día, los americanos arrojaban sobre Hiroshima la primera bomba atómica. Murieron más de trescientas mil personas... La guerra tocaba a su fin...

Cuando termino de repasar los días grises de mi vida, veo que Pepo, mi perro, ha desaparecido, se ha ido de mi lado...

Al llegar a casa lo busco por todas partes. Al final lo encuentro metido en su caseta. Estaba durmiendo.

Después de un tiempo

Hoy ha amanecido un día ventoso. Camino hacia La Changa junto a Illa, mi perrita nueva. Hace un par de meses me la trajo un amigo desde Formentera metidita en un cesto, tenía tres semanas. Pepo ya no está entre nosotros. En esa renovación incuestionable que nos afecta a todos, Pepo desapareció hace ya algún tiempo y hoy es Illa mi confidente. El ambiente está algo fresco junto al mar y me he tenido que abrigar un poco en mi paseo cotidiano, ese que suelo hacer entre los pinares que circundan mi casa ibicenca.

Me refugio en el muro de La Salinera, desde donde veo las olas chocar contra un arrecife que está en la bocana de la cala, mientras Illa también viene a resguardarse del frío acurrucándose a mi lado. El ruido de las olas, con su monótono batir, y la soledad de ese bello rincón me trasladan por un momento al extraño y mágico mundo de los sueños. A uno concreto que he tenido esta noche...

El sueño de hoy, sueño largo y profundo, me ha dado la oportunidad de viajar sobre espesas nubes oscuras. Ha sido un viaje curioso como volando sobre años, meses y días que ya están perdidos... ¿Dónde?

Entre esa infinidad de sombras de la noche ha aparecido un personaje curioso, que se parecía mucho a mí y que en algún momento debí conocer. Como yo, había vivido aquella guerra absurda e incomprensible donde se tiraban bombas y se mataba la gente... Había pasado mil calamidades y era huérfano de padre. Su madre había sido actriz. Era un personaje que de niño deambulaba por la vida sin saber cómo iba a ser su futuro. Nunca fue al colegio, no pudo. Viajó con sus padres en los mejores coches deportivos del momento y aquella estúpida contienda le había llevado a vender periódicos en las calles y caramelos en los cines de posguerra. Había nacido en Madrid el mismo día que yo y en el mismo lugar. Tuvo una madre maravillosa que le enseñó a vivir... En un tiempo también tuvo un perro que se llamaba Pepo, su gran amigo, al que intentó un día contarle en vano la historia de su niñez.

Pienso en Rimbaud cuando dijo aquello de «yo es otro».

Ibiza, abril de 2008